

DARIA BIGNARDI
Historia de mi ansia



«Daria Bignardi consigue
atrapar la vida en esta emotiva
y preciosa historia.»

La Stampa



Lectulandia

Imaginemos una mujer que ha decidido no seguir avergonzándose de su lado oscuro. Lea vive a la sombra de un ansia antigua y femenina, heredada de su madre, con el murmullo constante de unos pensamientos obsesivos que son, a la vez, su motor creativo. Siempre ha odiado ese ansia, pero con la madurez ha entendido que no puede huir de ese destino que, hasta ahora, la ha guiado en sus errores y aciertos. Porque las cosas, en definitiva, le van bastante bien. Es una brillante escritora de cuarenta y nueve años, casada y todavía enamorada, con tres hijos al cargo. Y de repente, un giro inesperado sacude su vida: un diagnóstico que abre una ranura para encuentros insólitos y para revelar la feroz vitalidad que hay en su interior.

Lectulandia

Daria Bignardi

Historia de mi ansia

ePub r1.0

Titivillus 03.03.2019

Título original: *Storia della mia ansia*
Daria Bignardi, 2012
Traducción: Montse Triviño

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A mi Luca.

Lo que me interesa no es solo la realidad que nos rodea, sino la que está dentro de nosotros. No es el acontecimiento en sí, sino lo que induce en los sentimientos. Dicho de otra manera: el alma de los sucesos. Para mí los sentimientos también son realidad.

Svetlana Alexiévich,
La guerra no tiene rostro de mujer

1

Shlomo sostiene que enamorarnos fue una desgracia. La primera vez que lo dijo me dolió, pero luego comprendí que tenía razón: juntos somos infelices.

Creo que yo soy quien más sufre por este amor desgraciado, pero ¿cómo saber qué sienten de verdad los demás?, ¿cómo saber qué siente tu propio marido?

Shlomo no habla de sus penas: cree que hacerlo es indecoroso o a lo mejor es que ha aprendido a fingir que no existen. Es su forma de defenderse de ellas y de mí.

Puede que Shlomo en realidad no sufra, salvo por mí, aunque solo lo admite cuando le digo que me hace sufrir. Entonces me mira crispado, un relámpago oscurece sus ojos amarillos y dice, entre dientes:

—¿Y te crees que yo no lo paso mal?

No me explica por qué. Shlomo no se queja. Shlomo no pregunta.

Juntos no estamos bien, pero tampoco podemos separarnos.

Dice que no me dejará nunca, no sé si por su sentido de la responsabilidad, por pereza o porque me quiere más de lo que está dispuesto a admitir.

Yo no lo dejaré nunca porque estoy enamorada de él, de su atractivo escondido como un mineral, de su olor, de su forma de hablar con los niños.

No lo soporto, pero lo amo. Shlomo es mi cruz.

Me habrá tocado como castigo por algo que hice en una vida anterior, o de joven, cuando rompía corazones sin ni siquiera darme cuenta. Fui una hija querida —aunque malquerida—, pero nunca he visto a la madre de Shlomo abrazarlo: las pocas veces que se veían, ella le acercaba la mejilla para que él le diera un beso fugaz. Shlomo sostiene que haber tenido una madre poco afectiva es una ventaja. Desprecia todo sentimentalismo, los sentimientos lo aburren.

A veces creo que es porque está inmunizado tras una infancia de niño gordo, de la cual nunca me ha hablado. A los trece años descubrió el gimnasio y se transformó en el hombre macizo que es hoy, pero de niño era gordo, tenía

una madre rígida y un padre ausente, y se crio en una comunidad reducida y rural: quién sabe si sufrió mucho, si se reían de él, si tuvo que pelear y aprender a defenderse. Lo que se aprende de niño no se olvida jamás.

En las pocas fotos de su niñez que me ha enseñado aparece siempre con una expresión sombría. O, más que una expresión sombría, con la misma mirada concentrada, atenta y seria de hoy. La mirada vigilante de quien no está dispuesto a dejarse someter.

Shlomo no habla de los problemas de Israel, ni de las guerras, ni de los atentados ni del genocidio que vivieron sus abuelos. A veces creo que se siente culpable por haberse marchado. Y otras, que se casó conmigo para dejarlo todo atrás.

Shlomo no soporta mi ansiedad. La considera una falta de confianza en mí misma y en él. La ve como una debilidad. Sé muy bien cómo funciona: yo tampoco soportaba la ansiedad de mi madre, pero comprendía que era una enfermedad. Odiaba su ansiedad, no a ella.

Shlomo no entiende las enfermedades porque nunca se ha puesto enfermo. Según él, la única desgracia que le ha ocurrido en esta vida es enamorarse de mí. Y por eso temo, a veces, que se parta en dos al primer golpe, como un árbol alcanzado por un rayo. Pero Shlomo sabe protegerse. Y yo, hasta ahora, nunca había sentido esa necesidad.

He vivido disfrutando hasta el final de todas las emociones. Me gustaba la sensación exultante e incluso embriagadora que despertaba en mí la vida. Shlomo, en cambio, es coherente, imperturbable. Lo ha sido siempre, pero en otros tiempos sabía que me quería. Ahora ya no estoy segura.

La última vez que se lo pregunté respondió: «Ni lo sé ni quiero saberlo». Me lo escribió en un mensaje: al leerlo, noté un agudo dolor en el pecho, como si me hubiera asestado una cuchillada.

La frialdad de Shlomo me provoca dolor en un punto concreto del cuerpo.

La primera vez que hicimos el amor, en su habitación blanca de Neve Tzedek, para mí fue precioso, no sé si para él también. Shlomo no habla de estas cosas. Shlomo no habla de sentimientos, de sexo ni de salud.

Durante nuestros primeros años juntos, algunas noches yo ponía un disco y bailábamos abrazados. Cuando hacíamos el amor, me decía que me amaba. Pero siempre hemos discutido, ya desde entonces: palabras dolorosas como puñetazos en la cabeza.

El silencio con el que me castigaba durante semanas, después de cada pelea, era aún más cruel: como un mordisco en el corazón, una asfixia, una tortura. Ahora discutimos menos, pero sus silencios duran meses. Y yo debo inventarme algo cada día para huir del dolor de su distancia: un viaje, un trabajo, una nueva amistad. Diez gotas de Xanax. Un gin-tonic.

Y, sin embargo, no puedo dejarlo.

2

La carta decía que debía acudir a un gran hospital en el cual no había estado jamás.

Era una de aquellas raras mañanas de junio en las que Milán resplandece con una luz azul, radiante y límpida como la de las montañas. Para combatir el intenso calor, había elegido una falda azul de lino y una blusa ligera de color blanco.

—Vestida así, pareces una colegiala africana —me dijo mi suegro.

Me lo había encontrado en la cocina, preparando el café con la cafetera. Vestía un pijama de seda azul. Aquella noche había dormido en casa, pues estaba de paso en Milán durante uno de sus viajes. Se llama Benjamin, pero lo llamamos Ben.

Shlomo estaba en Florencia por trabajo y habíamos cenado con los chicos. Ben los había cautivado con sus historias africanas mientras yo cocinaba *orecchiette* con tomate y abría una botella de brut. Quería celebrar la visita y olvidarme de la pelea de aquella mañana con Shlomo. No sé por qué motivo habíamos discutido, pero antes de irse me había gritado que era una egocéntrica y una consentida. No habíamos vuelto a hablar desde entonces.

Después de la cena con Ben y ya más relajada por el champán, le había escrito un mensaje en el que le decía que me daba cuenta de que ya no me quería, pero no se lo había enviado.

Cuando a la mañana siguiente la radióloga pidió con expresión preocupada otra prueba, lo llamé. Dijo que volvería enseguida y cumplió su palabra.

Lo último que me esperaba era tener un tumor, por dos motivos.

El primero, que no hay antecedentes de cáncer de mama en mi familia, no fumo, como mucha verdura y poca carne, no he tomado nunca la píldora y estoy delgada.

El segundo es que un mes antes, al notarme una especie de bulto en un pecho, llamé al ginecólogo.

—¿Es duro? —me preguntó.

—No, blando —le contesté.

—¿Duele?

—Sí.

—Entonces no es nada —concluyó él—. Ya sabes que los tumores no duelen, ¿verdad? Será una glándula que ha aumentado de tamaño.

Aun así, y por precaución, fui a su consulta para que me visitara. Después de palparme, confirmó el diagnóstico telefónico.

—No es nada. Será una glándula. ¿Cuándo dices que te toca la próxima mamografía? ¿Tres semanas? Bien, entonces te confirmarán que no es nada.

Se equivocó.

—¿Y si me muero? —le pregunté a Shlomo por teléfono.

—Si te mueres es lo de menos —me respondió él.

3

La segunda persona a la que llamé fue Teresa, la mujer de mi hermano, que me dijo:

—Pero un tumor no es propio de ti.

Yo pensaba lo mismo. Creía que el cáncer era algo que afectaba a las personas que no afrontan sus penas. Yo siempre he desentrañado las mías.

No reprimo mis impulsos, sino que los agoto. Siempre he trabajado demasiado. Lo que me impulsaba a excederme no era la ambición: era el ansia de hacerlo todo y hacerlo siempre lo mejor posible. Mi trabajo era la parte más fácil, pero sentía la obligación de no faltar a ningún ensayo ni a ninguna entrevista con los profesores, de llevar a los niños al pediatra, preocuparme por sus amistades, sus deportes, su alimentación... Quería ocuparme de todos los detalles de su vida. Shlomo, en cambio, tenía una actitud más relajada ante las cosas cotidianas, más sana, sobre todo para él.

Luego los niños crecieron y el trabajo también. En un momento determinado, algo ocurrió. Me sentía siempre cansada y resultó que había cogido una mononucleosis. Pero eso no me detuvo.

—¿Ha experimentado algún dolor intenso en los meses anteriores al descubrimiento del tumor? —me preguntó la oncóloga antroposófica a la que acudí tras el diagnóstico, como apoyo a la terapia tradicional.

—Llevo toda la vida sintiendo dolores intensos, doctora —le respondí con arrogancia.

«No tienes piel», me dijo una vez Shlomo, enfadado. Soy emotiva, impulsiva y, según él, irracional. Pero sin piel las emociones se sienten más intensamente y mi ansia era la gasolina para todo: escribir y vivir.

Cuando aparece un tumor, nos sentimos obligados a hacer un examen de conciencia. Aparece al azar, dicen los entendidos. No saben por qué. Lo único

que se puede hacer es tratar de prevenirlo, llevar una vida sana, aunque a lo mejor no sirva de nada.

Pero nadie dice: no sufras tanto, no te atormentes, no dejes que los nervios te dominen, no te agotes tanto. Nadie aparte de tu madre, si la tienes. Pero ¿quién escucha a su madre?... Nos avergüenza decir que estamos cansados, tenemos que seguir adelante sea como sea.

Yo necesitaba tenerlo todo controlado. Por las noches permanecía en vela con la mente absorta en los problemas que debía afrontar: un final que no me convencía, el pollo que tenía que descongelar, la ortodoncia de Marco, Shlomo que no me hablaba desde hacía tres días... Y por la mañana los resolvía todos, excepto los que tenían que ver con Shlomo.

Descubrir que tienes una enfermedad te catapulta hacia una dimensión de libertad. No puedes programar nada, excepto el tratamiento. De repente, dispones de más espacio en el disco duro del cerebro. No digo que enfermarse sea una suerte. Me irritan los místicos de la enfermedad: ponerse enfermo y curarse no tiene nada de heroico, se hace y ya está. En todo caso, existe cierta nobleza en la discreción. Al menos este año no tendré que afrontar el problema del teatro: mi agenda de los próximos meses incluye cuatro ciclos de quimioterapia.

Es un truco, y estoy haciendo trampas, porque no dejo de hacer las cosas que más me importan: sigo ocupándome de mis hijos y sigo escribiendo. Pero los monólogos pueden esperar, no forman parte de las necesidades básicas.

Lo bueno de una enfermedad es que entiendes las prioridades. Las percibes sin dudar y sales de la rueda del hámster. Por plena que sea una vida, tarde o temprano se convierte en una especie de burbuja en la que siempre hacemos las mismas cosas. Cuando nos ponemos enfermos, la burbuja estalla. Descubres experiencias nuevas, conoces a otras personas: médicos, enfermeras, otros enfermos. Otros mundos.

Me gustan las sorpresas, tanto que la noche de San Lorenzo del año pasado, mientras contemplaba la lluvia de estrellas, expresé mi deseo de recibir una sorpresa.

No se me ocurrió pedir que fuese bonita.

Gracias a la enfermedad he conocido a Aldo, el químico del departamento de medicina nuclear, que mientras esperábamos a que me hiciera efecto el líquido de la escintigrafía me contó su caótica vida sentimental. Luego, una vez terminada la prueba, le sacó el resultado al técnico de radiología con el

que iba a jugar al fútbol el sábado. A Simona, la cirujana plástica con tacones de aguja: cuando los dolores posoperatorios no me dejaban dormir, fue ella quien me hizo reír con los cotilleos del hospital y sus proyectos de utilizar una sierra eléctrica para serrar, a escondidas de su marido, los viejos muebles de la terraza. «Son demasiado grandes, no sé cómo sacarlos de ahí, así que mejor los corto a trocitos y los quemo en la chimenea». A Tagliavini, el oncólogo con un sentido del humor muy inglés, que enumeró con tanta precisión la lista de efectos secundarios de la quimioterapia que hasta pensé «mejor me pego un tiro ahora mismo». A los enfermeros malos, que me reventaron una vena la primera vez que me sacaron sangre, para demostrarme que tenía que ponerme el catéter fijo y dejarme de tonterías. A Azzurra, la doctora asistente de Tagliavini: es más inteligente y empática que él, pero durante las visitas se limitaba a escribir lo que dictaba el jefe de oncología. A la doctora Parenti, la oncóloga antroposófica que intentó enseñarme a no tomar decisiones en tiempos de guerra.

Y luego conocí a Luca, el chico más guapo al que haya besado jamás. Si no hubiéramos compartido terapia, jamás lo habría conocido.

4

«Eres una egocéntrica y una consentida, como todos los italianos», me gritó Shlomo durante nuestra última discusión antes de que me encontraran el tumor. Luego salió de casa silbando alegremente y yo me quedé llorando de rabia.

Shlomo y yo nos conocimos en Jerusalén.

Vito, el padre de mi hijo Giovanni, me había propuesto pasar allí el Año Nuevo del 2000. El 31 de diciembre era el último viernes de ramadán para los musulmanes y el inicio del reposo del sábado para los judíos, así que Vito pensaba que por lo menos allí nadie celebraría el fin del milenio. Yo acepté, pensando que en Israel haría más calor que en Milán. Pero no, nevaba y yo temblaba de frío con mi cazadora de cuero.

Dejamos a Giovanni con los padres de Vito y llegamos a Jerusalén la tarde del día 31. Habíamos reservado al azar un hotel de la Ciudad Vieja y terminamos cenando en casa de un contrabajista que había tocado con Vito en Francia y que por entonces vivía con su esposa en el Jerusalén Oeste.

Shlomo estaba sentado a mi derecha, y cuando me quedé perpleja al oír a un israelí hablar italiano a la perfección, él murmuró que había estudiado en Venecia. Luego no volvió a dirigirme la palabra.

Vito y yo ya sabíamos desde hacía tiempo que lo nuestro había terminado y yo me encontraba en la fase de preguntarme, cada vez que conocía a alguien, si sería el hombre de mi vida.

«Este no, desde luego —pensé mientras miraba a Shlomo—. Este ni hablar».

Ya a los treinta años, Shlomo tenía el mismo cuerpo macizo y musculoso que ahora: espalda de jabalí, muslos de rana, baricentro bajo... Llevaba el escaso pelo rapado y sus pequeños ojos amarillos de lobo eran lo único atractivo en su rostro rosado y compacto. Vestía unos pantalones verde militar y, por un momento, pensé que se trataba de un soldado que por algún extraño motivo había terminado en una cena de artistas. En la mesa habló sobre todo

con su vecina de enfrente, una arpista francesa que parecía fascinada por las historias sobre Israel que él contaba.

Por el sarcasmo que utilizaba al hablar del ejército comprendí que no era militar. Lo oí decir que no, no estaba casado, pero que tenía un hijo de tres años que vivía en Berlín con la madre.

Aquella noche, Shlomo comió y bebió copiosamente, con los musculosos codos apoyados sobre la mesa, sin servirme vino ni mirarme en ningún momento. Éramos doce sentados a la mesa, casi todos decididos a ignorar el fin del milenio, pero cuando a medianoche la arpista intentó descorchar el champán, todos levantamos la copa.

Shlomo se giró hacia mí y me besó en los labios. Y luego, en el momento de las despedidas, me pidió el teléfono.

Pensé que Shlomo había bebido mucho, como todos los demás, y que seguramente no volvería a verlo, pero a la mañana siguiente llamó para preguntar si queríamos visitar la basílica del Santo Sepulcro.

—Es Shlomo, el que ayer estaba sentado a mi lado. Dice que si queremos ir al Santo Sepulcro —le susurré a Vito, al tiempo que tapaba con la mano el auricular del teléfono.

—Ni muerto —masculló él, desde debajo de las mantas—. Ve tú.

Me dolía la cabeza, pero decidí que quería empezar el milenio haciendo algo especial.

—¿Pasas a recogerme por el hotel? —le pregunté a Shlomo—. Creo que estoy cerca: me alojo en la Ciudad Vieja, en el New Imperial, pero no sé si sabré llegar a la iglesia.

Luego me di una ducha caliente sin lavarme el pelo, porque no me habría dado tiempo a secármelo en vista de la respuesta de Shlomo.

—Está al lado. Paso dentro de veinte minutos —dijo, y colgó.

Me puse los calcetines más gruesos y el jersey de más abrigo que tenía, pero mi cazadora de piel no era adecuada para la gélida lluvia en que se había convertido la nieve del día anterior.

Shlomo me esperaba en el vestíbulo con las manos metidas en los bolsillos de un anorak acolchado. Calzaba botas de montaña y miró con cierto desprecio mis botas de piel con suela de cuero. Era más bajo que yo y en aquel momento me pareció menos macizo y con un aspecto menos saludable que la noche anterior, pero igual de indiferente, como si alguien le hubiera dado órdenes de escoltarme pero no tuviera ningún interés personal en mí. Iba sin paraguas y no me preguntó si me molestaba mojarme: se limitó a cogerme por el codo y a guiarme por las callecitas relucientes y abarrotadas de la

Ciudad Vieja hasta la iglesia del Santo Sepulcro, a la que entramos por una puertecita lateral.

Dentro estaba casi a oscuras, pero la energía de aquel lugar me invadió de inmediato. Lo había oído nombrar muchísimas veces, aunque en realidad no sabía nada.

Había sacerdotes de todas las edades, vestidos con hábitos talarés de todo tipo, que dirigían un caos de misas veloces y procesiones febriles. Los devotos hacían cola para entrar en una cripta, acariciar una piedra, subir y bajar una escalera: todos rezaban y cantaban a la luz de las velas con una certidumbre que me pareció embriagadora. A diferencia de ellos, yo no estaba segura de nada.

Al salir, Shlomo me condujo a un local húmedo de techos abovedados. El propietario, que tenía un papagayo de pico rojo posado en el respaldo de una silla, nos trajo una bandeja repleta de platillos de hummus y albóndigas de berenjena.

No me sentía cómoda con Shlomo, pero me fascinaba su forma de actuar. Se comportaba como el hombre más seguro del mundo, cosa que lo volvía atractivo aunque no lo fuera.

Hablamos de Italia mientras nos calentábamos las manos con los vasitos de té de menta y a las tres de la tarde, mientras caminábamos por las calles empedradas de adoquines gastados y relucientes, me di cuenta de que aún no había llamado a Vito y de que él tampoco lo había hecho.

—Tengo que llamar a mi novio. El primer día del año es perfecto para romper —le dije a Shlomo.

Precisamente porque parecía poco dado a las confidencias, me habían entrado ganas de soltar una burrada, pero no pareció especialmente sorprendido.

—Mis padres —respondió tras un largo silencio— se conocieron un 1 de enero, en el *moshav*. Nosotros no celebramos el Año Nuevo, pero a mi madre no se le olvida esa fecha.

—¿Qué es un *moshav*? —le pregunté.

—Una especie de comunidad agrícola, el lugar donde nací. Un kibutz, pero menos politizado.

—¿Dónde están tus padres?

—Mi padre es de origen alemán y mi madre nació en Marsella. Se conocieron aquí en 1960.

—¿Aquí en Jerusalén?

—No, aquí en Israel. El *moshav* está en el desierto del Néguev. Ella vivía allí, él había ido a visitar a un amigo. Se quedó el tiempo justo para tenernos a mí y a mi hermana.

—¿Y luego?

—Luego se fue.

—¿Adónde?

—Es fotógrafo, no tiene casa, solo una especie de estudio en Berlín en el que ahora vive mi hermana. A él le gusta trabajar en África. Mi madre, en cambio, nunca se ha movido del *moshav*: enseña, cultiva y reza.

—Yo no sé nada de judíos ni de religiones —le confesé finalmente—. Estoy aquí por casualidad.

—Y yo soy ateo, o sea que ya ves. Vengo lo menos posible a Jerusalén.

—¿Por qué?

—Porque es un sitio de beatos y poseídos, por si aún no te habías dado cuenta.

—Llevo aquí menos de un día, pero me parece un sitio con una energía preciosa.

Me miró en silencio y comprendí que, para él, lo que yo había dicho era una solemne chorrada. Siguió en silencio y fui yo quien retomó la conversación.

—Y entonces, ¿dónde vives?

—Ahora en Tel Aviv. Antes de Florencia y Venecia, vivía en Berlín. Soy arquitecto.

Estuve a punto de decir «Interesante», pero me contuve. Ya me había dado cuenta de que Shlomo no era persona de conversaciones banales. Hablaba poco, pero elegía con cuidado las palabras.

—¿No hiciste el servicio militar?

—No, a los trece años me fui a estudiar a Berlín: aquel año mi padre estaba allí y mi hermana y yo nos fuimos a vivir con él. No he vuelto más a Israel, solo en vacaciones. Ahora estoy en Tel Aviv por trabajo.

—¿Cómo es Tel Aviv? —le pregunté.

—Ven a verla —respondió, para mi sorpresa.

No parecía que yo le gustara y, sin embargo, seguía proponiéndome que hiciéramos cosas juntos.

—Iría, pero tengo un hijo de tres años que me espera pasado mañana.

—Tel Aviv solo está a una hora de aquí. Podemos pasar allí la noche y volver mañana por la mañana. Yo también tengo un hijo de tres años.

—Lo sé, te oí comentarlo ayer por la noche.

—¿Escuchabas mis conversaciones?

—Sí. Tú, en cambio, me ignorabas.

—Tienes demasiado pelo como para que se te pueda ignorar —dijo sin sonreír. Luego reiteró la invitación—: Yo me voy hoy. Si vienes conmigo, mañana te traigo de vuelta.

En aquel momento, tendría que haberme saltado alguna alarma. En lugar de decir «Eres demasiado guapa como para que se te pueda ignorar» o aunque solo fuera «Eres demasiado alta como para que se te pueda ignorar», o sea, lo que me dice todo el mundo porque mido un metro setenta y cinco y soy tan huesuda que parezco aún más alta, Shlomo había elegido como rasgo distintivo la mata de pelo encrespado que odio pero no sé dónde esconder porque tengo la nariz demasiado aquilina para llevar el pelo corto o recogido. Tendría que haber comprendido, a partir de ese detalle, que Shlomo nunca me haría cumplidos. Sin embargo, decidí ignorar el malestar que me había provocado su observación.

—¿Es peligroso? —le pregunté.

—No más que aquí. Ayer mataron a cuatro palestinos en los territorios. Puede suceder cualquier cosa, en cualquier lugar. Lo mejor es no pensarlo.

—He venido con mi novio, o sea, exnovio. El padre de mi hijo. Bueno, Vito, lo conociste ayer, el bajista. No sé si puedo dejarlo solo.

—Tú verás. Yo me voy dentro de tres horas.

Se mostraba tan poco amigable que, por un momento, pensé que solo estaba tratando de ser hospitalario.

Llamé a Vito, que a las cuatro de la tarde aún seguía en la cama.

—Ve tú —me dijo—, yo voy a ver a Itai. ¿Ese cascarrabias pelado te está tirando los tejos?

Shlomo estaba sentado delante de mí y, mientras lo observaba, sonreí y respondí.

—Lo dudo.

Empezaba a encontrarlo sexi, quizá precisamente porque no parecía que me estuviera tirando los tejos. Aquella noche, sin embargo, descubrí que en su apartamento de Neve Tzedek solo había una cama. No sé si me enamoré de su indiferencia cuando me abrazó o de su espalda de jabalí, pero lo cierto es que desde aquella noche no nos hemos separado.

Había algo en Shlomo, en la elegancia de sus movimientos, en sus silencios, que me atraía como una llamada misteriosa. Aunque ya ha pasado mucho tiempo, sigo sin entender por qué se casó conmigo; ni siquiera sé por

qué lo hice yo. Casarme con Shlomo fue la frivolidad más grande de mi vida y, al mismo tiempo, mi mayor fortuna.

5

En mi primer recuerdo, cojo a escondidas el despertador de plástico blanco que descansa sobre la alacena de la cocina. Retraso la hora diez minutos y lo vuelvo a dejar en su sitio. Es un despertador muy feo, ordinario, pero la hora se ve claramente incluso desde lejos.

El horario es la obsesión de mi madre. Si a las ocho de la tarde mi padre aún no ha llegado, Gemma se convence de que ha muerto. Empieza a retorcerse las manos a las ocho menos diez, pero de todos modos prepara la mesa. No pone a hervir el agua de la pasta, porque si enciende el gas antes de oír el ruido del ascensor, él muere.

Mamá pone el mantel, luego los platos, los cubiertos de izquierda a derecha, los vasos de derecha a izquierda, da siete vueltas en torno a la mesa y entre una y otra entra y sale del lavabo, donde va a lavarse las manos veinte veces. Si consigue secárselas las dos frotándose una única vez con la toalla, él no muere.

Mi hermano Piero juega en su habitación, pero yo no tengo sitios en los que esconderme del dolor de mi madre, porque lo percibo incluso a través de las paredes. Tengo cinco años y por mucho que me encierre en el comedor, ponga un disco en el tocadiscos y juegue a desnudar a mi muñeca, siento su dolor dentro de mí, un palmo por encima del ombligo, y me encuentro mal.

Para no encontrarme tan mal, me invento el truco del despertador. Retraso las agujas, así papá puede llegar diez minutos tarde en el caso de que no encuentre sitio para aparcar, de que el ascensor esté ocupado o de que el semáforo se ponga rojo. Mi padre puede tardar diez minutos y nosotros, salvarnos. Si consigo engañarla, mamá no nos ordenará a Piero y a mí, con voz ronca, que nos pongamos los zapatos y el abrigo para salir a buscarlo en la niebla, como sin duda hará si a las ocho y diez no se oye el ruido del ascensor en el rellano y el de las llaves en la cerradura.

No quiero salir con el frío que hace, no quiero quitarme mis zapatillas de cuadros, pero sobre todo, no quiero oírla sufrir tanto. Su ansiedad me asusta.

He aprendido a hacer trampas para huir del dolor, de la angustia oscura como una tormenta, mientras el viento abre las ventanas de par en par, el techo nos cae sobre la cabeza y ella grita sin dejar de girar los ojos. He crecido con el terror a la locura de mi madre y con el sentimiento de culpa por no haber sabido protegerla, aunque yo solo tuviera cinco años y a mí nadie me protegiera.

Para postergar el ansia que le habría provocado la retahíla de enfermedades infantiles, Gemma me matriculó en el colegio cuando tenía casi siete años, sin cursar el ciclo infantil.

Cuando finalmente empecé primaria y, como todos los niños, me puse enferma, mi madre me atiborró de antibióticos a las primeras fiebres. No pude desarrollar demasiados anticuerpos, pero en compensación empecé a tocar el piano a los cinco años con la profesora Vanni, que vivía en el piso de al lado.

Para mi madre, lo importante era que yo no tuviese que cruzar la calle: si en nuestro rellano hubiese vivido una modista, y no una pianista, me habría mandado a clases de costura. La profesora Vanni no era una gran maestra, pero a diferencia de mi madre era tranquilizadora y los ejercicios de piano aportaban orden a mis días solitarios. Por las tardes estudiaba piano, por las mañanas holgazaneaba en mi camita.

Antes de la operación, había olvidado cuántas cosas se pueden hacer en una cama cuando se es niño. Contemplar el techo, observar los rayos de luz que se cuelan entre las persianas, escuchar ruidos, admirar las manchitas de color violeta y amarillo que aparecen al apretar los globos oculares, explorar el propio cuerpo, estudiar el cuadro colgado en la pared de enfrente...

De pequeños, podemos pasarnos años delante de un cuadro sin preguntarnos qué significa. Observaba al ángel con la ramita arrodillado frente a la Virgen, los dos sobre un fondo dorado: no sabía quién era el autor del cuadro, pero me caía bien. Me gustaba el ángel, con el cuello estirado, la capa revoloteando y las alas grandes. Me gustaba que la Virgen tuviera un libro entre las manos, que hubiera marcado la página con el dedo para no perderla. De vez en cuando, descubría nuevos detalles: los lirios blancos en el jarrón, la paloma, los querubines, los santos... Y, además, de la boca del ángel salían letras, como en mis tebeos de Mickey Mouse.

Volví a ver ese cuadro con Shlomo al cabo de más de treinta años, mientras visitábamos la Galería Uffizi, que él conocía mucho mejor que yo. Era una reproducción de *la Anunciación* de Simone Martini y Lippo Memmi.

Quién sabe por qué motivo lo había colgado Gemma enfrente de mi cama. Tal vez confiaba en que el arcángel Gabriel me protegiera de las enfermedades.

En mi cama, observaba el cuadro, pensaba y leía. Mi pasión era Andersen: el soldadito de plomo al que le faltaba una pierna, la pequeña cerillera que moría de frío en Nochevieja... Todos nos sentimos diferentes cuando somos niños y yo, tan larguirucha, con la nariz en forma de pico, sin amigos y con una madre rara, todavía más. Mis historias preferidas eran aquellas en las que una huerfanita sin nada en este mundo se vuelve rica y querida gracias a las casualidades de la vida. Yo también quería ser una huerfanita, vivir en una buhardilla iluminada tan solo por la luz de una vela, calentarme con un minúsculo fuego, recibir como presente del piadoso panadero un panecillo caliente y dorado y compartirlo con el gato que vivía conmigo en la buhardilla, llevar un abrigo gastado y vuelto del revés... hasta que un día el tío rico de América me encontrara, me regalara un abrigo de piel suave y calentito, y me llevara a vivir con él.

Me sentía huérfana antes incluso de serlo, cosa que no tardó en suceder: lo sabemos todo acerca de nosotros mismos, ya desde niños, aunque finjamos no saber nada.

Me deleitaba en el ritmo lento de mis días llenos de emociones: la luz que cambiaba al otro lado de la ventana, las páginas de los libros que leía y contaba, una taza de té caliente con galletas antes de cruzar el rellano helado y llamar a la puerta de la profesora Vanni, el sonido mágico que brotaba del piano...

Incluso cuando empecé a ir al colegio, en invierno pasaba largas y solitarias tardes en casa. Hasta que murieron mis padres, uno detrás del otro, mi vida en el capullo que habían creado las locuras de Gemma me parecía inspirada y vehemente.

Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que yo también me había convertido en una persona ansiosa: por culpa de las manías de mi madre, la ansiedad era para mí lo más espantoso del mundo, no podía aceptarla. Yo era la que reaccionaba, no la que se rendía como ella, la que se preocupaba por todo excepto por lo que importaba de verdad.

Me permití admitir la ansiedad solo cuando creí haber descubierto la forma de curarla: escribir historias y llevarlas al escenario. Era lo que me obligaba a no parar nunca.

Poco a poco, entendí que para dar tregua a los pensamientos obsesivos que desde la muerte de mis padres me daban vueltas en la cabeza como si

fueran molinetes de acero, debía inventarme algo constantemente, crear, ponerme a prueba.

Después de publicar la primera novela, descubrí que de mi forma amplificadas de sentir podía nacer algo hermoso, algo que pudiera compartir con los demás.

Fue esa ansia la que me impulsó a escribir. Pero... ¿y ahora? ¿Ahora que mis células se han vuelto locas? Tal vez ya no sea posible sentir demasiado. Tal vez es que al sentir demasiado nos consumimos, enfermamos, morimos. ¿Mi ansia creativa se ha vuelto destructiva?

Ahora ya no sé qué pienso, ni siquiera sé quién soy.

Encuentro una frase de Dostoievski entre mis notas: «Pese a todas las pérdidas y privaciones que he sufrido, amo ardientemente la vida, amo la vida en sí misma y, de verdad, es como si aún me estuviera preparando a cada momento para dar comienzo a mi vida. Y aún soy completamente incapaz de distinguir si ya me estoy acercando al fin de mi vida o si apenas estoy en el momento de iniciarla. Y ese es el rasgo fundamental de mi carácter y, tal vez, también de la realidad».

Yo he sentido esa misma sensación trepidante de principio y fin durante toda mi vida, pero desde que me puse enferma, ya no he vuelto a sentir la primera, la del principio.

6

A la puerta con el símbolo amarillo de radiactividad se asomó un chico bronceado, con barba larga de *hípster* y una mata de pelos tiesos en la cabeza. Bajo la bata blanca le asomaba un tatuaje de formas geométricas que se le encaramaba al cuello.

Con la mirada dirigida hacia las sillas azules, en las cuales éramos seis los que esperábamos sentados, pronunció mi apellido en voz baja. Shlomo se puso en pie un segundo después que yo. El enfermero le indicó por señas que se quedara donde estaba y le dijo:

—Vuelva a buscarla dentro de cuatro horas, a mediodía.

Shlomo me acarició la espalda con el dorso de la mano y luego me siguió con la mirada mientras yo desaparecía tras la puerta. Era la segunda vez que nos separábamos en quince días.

La primera había sido cuando otro enfermero había venido a buscarme a la habitación. Tenía la espalda típicamente encorvada de los hombres demasiado altos y, mientras subíamos en el ascensor, yo le había preguntado si aún jugaba al baloncesto. Él había negado con la cabeza. Shlomo había dirigido la mirada al techo, como si quisiera decir «Es que hasta aquí tienes que hacer el número». Luego se había despedido de mí con un beso seco, ante las puertas del quirófano. Cuando nos volvimos a ver, cinco horas más tarde, yo no podía dejar de llorar.

Disección axilar: ya sabía lo que significa aquella frase en el presupuesto. En caso de disección axilar, tres mil euros más. Había entrado en el quirófano sin saber qué significaba, pero al salir ya tenía la explicación: ganglio centinela encontrado, axila diseccionada, ganglios linfáticos extirpados. De treinta y cuatro ganglios, tres estaban afectados, lo que significaba que el cáncer había pasado de allí. Puede que se hubiera parado y puede que no.

Desde que había sabido lo del tumor, no había llorado ni una vez. Me había limitado a hacer comentarios sarcásticos y a tranquilizar a la familia.

Solo me había entristecido el fin de semana, cuando habíamos ido a la playa y me había fijado en las mujeres en traje de baño: de repente, los pechos me parecían hermosos, el centro mismo de la feminidad. Al cabo de cuatro días, a mí me iban a extirpar uno y me lo sustituirían con una prótesis colocada bajo el músculo. Aquel día, en la playa, mi pecho condenado al patíbulo me daba pena. Hasta entonces, como todas las cosas bonitas en mí, lo había dado por sentado.

El joven tatuado se llamaba Aldo y no era enfermero, sino químico en el departamento de medicina nuclear. Charlamos un buen rato, mientras esperábamos a que el radiofármaco para la escintigrafía ósea me llegase a todo el cuerpo. Nadie me había avisado de que tendría que pasarme cuatro horas en un gélido semisótano. No llevaba calcetines —en el exterior, dominaba el tórrido calor de julio— y tenía frío. Aldo me trajo una manta y un té hirviendo.

No sabía nada acerca de la escintigrafía ósea, excepto que tenía un nombre inquietante y que servía para saber si el cáncer había llegado a los huesos. El líquido que me inyectaron era radiactivo y me dijeron que durante veinticuatro horas no me acercara a niños ni ancianos.

No había desayunado y, cuando ya llevaba una hora de espera, Aldo me ofreció su almuerzo vegano. La doctora que me inyectó el radiofármaco era gordita y llevaba el pelo teñido de rojo con henna. Me recordó a las ginecólogas de los consultorios a los que acudía de joven.

Me dijo que tenía que beber mucho y me dejó un folleto que hablaba de la alimentación aconsejada durante las terapias tumorales. Era la primera vez, desde que había empezado a acudir a aquel hospital puntero, que alguien me proponía algo que estaba fuera de su ámbito de especialidad.

Pensé que el estilo de los médicos y técnicos del departamento de medicina nuclear me resultaba familiar, como el de los responsables del quirófano: personas acostumbradas a afrontar situaciones extremas, sin filtros, un poco punkis, como yo me consideraba a mí misma.

Hasta en el quirófano intenté entablar conversación, después de que me quitaran la bata, me pusieran uno de esos camisones de papel y me tendieran en la mesa de operaciones. Mientras dos enfermeros, ambos con barba,

revoloteaban a mi alrededor poniéndome sensores y tomándome la temperatura, les pregunté qué significaban los tatuajes que lucían.

—Perdone, pero tenemos mucho trabajo —me respondió amablemente uno de ellos.

Me sentí un tanto boba. No estaba en uno de mis espectáculos, ni ellos eran mi público. Estaban trabajando: yo era su público. Tendida en la mesa de operaciones de aquel pequeño quirófano, temblando en mi camisón de papel y a la espera de que me extirparan un pecho y quién sabe qué más, yo ya no era Lea Vincre: solo era la primera operación de la mañana y los enfermeros estaban preparando el quirófano no para mí, sino para todos los pacientes de aquel día. No podían perder el tiempo charlando.

El anestesista llegaba tarde. El cirujano que tenía que demoler uno de mis pechos y la cirujana plástica que debía reconstruirlo ya habían llegado. Los reconocí a los dos bajo las mascarillas verdes. Tendida en la gélida mesa de operaciones, me daba cuenta de que estaban nerviosos. El enorme reloj de acero empotrado en la pared, idéntico al de nuestra cocina, marcaba las ocho y veinte de la mañana. Tendrían que haber empezado a las ocho.

—Pues nada, Costa no llega, vamos a llamar al jefe de oncología —los oí decir.

Minutos después, llegó otro médico vestido de verde, con gorro y mascarilla.

—¿Usted es el anestesista? Qué oficio tan fascinante —me dio tiempo a decir, con la intención de establecer contacto al menos con él.

Un segundo después, yo ya no estaba allí. Tras otro instante interminable, me desperté llorando.

7

La quimioterapia es un asco. Tras la primera tarde de náuseas paralizantes, solo sé una cosa: que no quiero repetirla nunca más. ¿Por qué iba a querer envenenarme otra vez?

Hoy es el sexto día después del primer ciclo y, por primera vez, consigo leer. Me duelen la cabeza, los ojos y las muelas, como si hubiese salido en moto en pleno mes de enero con el pelo mojado y hubiera pillado una sinusitis brutal. Tengo la sensación de que me han llenado el cuerpo de pesas y algodón, pero sobre todo el cerebro.

Yo, que cambio de humor a cada minuto, que soy una campeona a la hora de resucitar, hace seis días que me siento como una patata hervida, hinchada, negra, lanzada a un rincón para que se pudra. En ningún momento, excepto la espantosa primera tarde en que las náuseas me obligaron a quedarme en cama durante cinco horas, he dejado de ocuparme de las cosas cotidianas. Pero es como si no fuera yo misma. Soy prisionera. Lo que sea que me han inyectado ha eliminado todas las emociones, menos las negativas, y me impide encontrar las palabras y los gestos que necesito, el impulso necesario. No consigo escribir.

Si este es el resultado de un ciclo, ¿cómo estaré después de cuatro? Mi cuerpo se niega a considerarlo. No pienso volver a ese hospital. Mi curiosidad ya está satisfecha: la quimio da asco. Me da asco el simple hecho de escribir esa palabra, de pensarla, de imaginarla, de saber que existe.

Es la noche de San Lorenzo. El cielo está tapado, ha llovido todo el día. Hace un año, la lluvia era de estrellas.

Este año también hemos venido a la montaña: al fin y al cabo, es agosto, aunque yo haya perdido la noción del tiempo y tenga un espantoso dolor de muelas desde hace dos días. Eso no me lo habían pronosticado. Náuseas, malestar y cansancio, me habían dicho. Problemas en las mucosas. Pero no dolor de muelas. No pienso dejar que me vuelvan a clavar aquella aguja, ni que me inyecten otra vez ese veneno. Mi cuerpo dice a gritos que no.

Mi plan es el siguiente: basta de quimioterapia, hasta aquí hemos llegado. Lo he probado, he visto cómo es y he decidido que no va conmigo. Y si me pongo enferma otra vez, finjo que no pasa nada y luego, cuando se acerque el final y lleguen los dolores, me voy a Suiza y problema resuelto.

Me parece un proyecto sensato: nadie ha dicho que el cáncer vaya a reproducirse, ni tampoco que no vaya a hacerlo. Y si se reproduce porque no me he sometido a los otros tres ciclos de quimioterapia, tarde o temprano, volverá de todos modos. Tengo cuarenta y nueve años, no veinte. He llevado una vida plena, he reído, he llorado, etcétera. Mis hijos ya son mayores, pueden salir adelante sin mí, e incluso es posible que así les vaya mejor. Por no hablar de Shlomo. En realidad, nadie me necesita. No tengo ancianos de los que ocuparme. Las personas que han trabajado conmigo son independientes. Mis lectores tienen mis libros.

Puedo concederme el lujo de vivir placentemente unos cuantos años y luego se acabó el juego. No creo que sea una idea deprimente, más bien me parece lúcida. No encuentro ningún motivo convincente para acudir de forma voluntaria al verdugo.

En esta vida, no se puede saber hacerlo todo —ya he hecho muchas cosas difíciles— y yo no sé vivir en este sufrimiento humillante. No dispongo de los instrumentos para soportarlo, me rindo. ¿Somos o no somos libres?

Pienso en todos los sacrificios que he hecho y en lo mucho que me han costado. Cuando se es joven, hay que hacer sacrificios: el esfuerzo nos sirve para crecer y entender cómo funciona el mundo, hacernos fuertes, no ser unos niños mimados. Pero los compromisos de los últimos años me los podría haber ahorrado. Hay que estar en forma para eso y mi cuerpo no lo está ya desde hace tiempo. Si hubiera renunciado antes a las giras por los teatros, como ansiaba desesperadamente y no hice porque a todo el mundo, excepto a mí, le parecía que ir de gira era mi obligación, tal vez no habría tenido cáncer. Si me obligo a hacer lo que siento que no debo hacer, sé que esta vez tampoco saldrá nada bueno, lo sé. Y lo que siento es que no tengo que tomar otra vez ese asco de quimio.

Desde que nací, antepongo el deber al placer, pero ahora quiero ser libre. Quiero ser yo misma, no un conejillo de Indias relleno de porquerías tóxicas.

La quimioterapia es una apuesta. ¿Quién ha dicho que sea efectiva de verdad? Si existieran suficientes garantías, quizá valdría la pena envenenarse, pero aquí nadie garantiza nada, se intenta al azar. Con mi cuerpo.

8

Hoy ya no tengo náuseas, ni dolor de cabeza. Solo me duelen las muelas.

Shlomo y los chicos siguen durmiendo, pero yo necesito hacer algo para distraerme. Me pongo las botas de montaña, la gorra con visera y las gafas para protegerme del sol. Salgo de casa. En el primer cruce tengo que decidir si ir a sentarme al bar y pedir un café de cebada, como ayer, o tomar el sendero que se adentra en el bosque. Tomo el sendero.

Después de tres días de lluvia, ha salido el sol: el perfume de las coníferas me hace experimentar la primera sensación agradable. Camino por encima de las agujas de abeto y observo los prados verdes y los refugios de madera y piedra, más y más aislados a medida que el sendero se adentra en el bosque de alerces. Me gustan todas las casas de montaña, tan distintas entre sí. La de color amarillo con los balcones de madera tallada, que parece la casa de *Hansel y Gretel*, es mi preferida, pero también me encantan las de piedra. Cada una tiene un jardín distinto, un césped más o menos cuidado, algún que otro árbol... A mí me bastaría con dos para colgar una hamaca, pero en la casa que hemos alquilado este año solo hay césped y unos cuantos arbustos. He puesto una mesa con cuatro sillas, una sombrilla y un balancín, y se está de maravilla. Mejor dicho, se estaría de maravilla si me encontrara bien. Compré el balancín sin pensar en las náuseas, así que ahora le pongo una silla para que no se mueva y me tumbo en él con la mirada fija en el Monte Rosa. Hace años que alquilamos casa aquí, pero las más bonitas son inaccesibles, quien se las ha apropiado no las suelta. El Valle de Aosta es un mundo inviolable e inmutable, y precisamente por eso me gusta. Aquí no hay nada, a excepción de un pueblecito de piedra, algún que otro parque de juegos para los niños y unos cuantos restaurantes que ofrecen *ñoquis* y *polenta concia*^[1]. Pero el valle es precioso y sigue intacto, rodeado de bosques perfumados y grandes prados salpicados de flores lilas y amarillas. El glaciar nevado que se recorta contra el horizonte está más cerca que una puesta de sol en el mar y, al atardecer, se tiñe de los mismos tonos rosados.

Me adentro en un claro, entre las hayas, y me topo con una gran estatua de Cristo crucificado, protegida por una marquesina de madera. Es la primera vez que la veo, supongo que la habrán puesto este año. El cuerpo es inmaculado como el yeso, de un blanco lunar, y de los clavos brotan rojas gotas de sangre.

«O sea, que así es como se está, ¿no? —le pregunto mentalmente, mirándolo de reojo—. Solo que yo no me siento muy predispuesta, si quieres que te diga la verdad, Jesús. Todo el sufrimiento moral que quieras, en comunión con los males del mundo, pero el dolor físico no, gracias, no va conmigo».

Dejo atrás el crucifijo con una mueca. No nos entendemos para nada. El cáncer sobra en este momento de mi vida, lo que me han hecho es una auténtica putada.

Sigo caminando por el sendero, entre pinos, alerces y abetos, hasta que llego al telesilla. Nunca había venido a pie hasta aquí, no sabía que estuviese tan cerca. Sube por encima de los dos mil metros y lleva a excursiones que conozco de memoria y que no me apetece volver a hacer, pero el trayecto en telesilla sí me apetece. No hay nadie, lo cual es raro teniendo en cuenta que estamos en agosto. Subo al asiento de cuatro plazas y me preparo para disfrutar del viaje: siempre me ha gustado este trayecto, que sobrevuela los árboles. A mitad de recorrido se pasa por encima de una gran casa blanca, rodeada por un jardín desordenado y repleto de gallinas y ocas que corretean en libertad. Veo también gatos, un perro, cestos apilados y leña almacenada por todas partes. También un huerto lozano y agreste, y flores de colores por todas partes. Nunca he visto a los habitantes de esta casa: durante seis meses al año, de nueve a cinco, ven pasar por encima las piernas de los esquiadores en invierno y las de los excursionistas en verano. Me pregunto qué sentimientos les inspira el telesilla. Estarán más que resignados. Las cosas molestas o fastidiosas hay que aceptarlas, igual que las desgracias que no tienen remedio. ¿Por qué, entonces, yo no consigo aceptar el malestar de la quimioterapia?

Al llegar a lo alto, me encuentro una sorpresa. La casa de madera que llevaba años en construcción está finalmente terminada y han abierto un pequeño restaurante. Está a orillas de un lago azul, artificial pero precioso. Entro y descubro un ambiente nuevo y confortable. En la barra de un pequeño bar veo bandejas de dulces caseros que no puedo comer. Una mujer delgada y bronceada me sonrío y decido, al instante, convocar a Shlomo y a los chicos a este lugar.

—Mesa para cinco a la una, en la terraza, ¿puede ser? —le pregunto.

—Claro, señora Vincre. —Me sonrío ella.

Me ha reconocido. En los últimos años, he perdido la costumbre de sentirme Lea Vincre, solo me siento una persona que ha tenido un problema. Hasta el momento en que empecé la quimioterapia, el desarrollo de la enfermedad despertaba mi curiosidad, igual que todo lo que me sucede. El deseo y la necesidad de escribir, de compartir y de contar se imponen siempre al cansancio de cada experiencia, por extrema que esta sea. Pero desde aquel día, todo ha cambiado. Ahora ya no soy yo, soy un rehén.

Hoy, sin embargo, luce el sol. Le escribo un mensaje a Shlomo. «¿Venís a comer al final del telesilla, dentro de una hora? Y tráeme un Oki para el dolor de muelas».

«Oki», responde al momento.

Me dirijo hacia el lago y lo dejo atrás. Decido que, mientras espero, recorreré un trozo de la excursión que empieza aquí.

Cojo el sendero marcado en amarillo que lleva a la morrena grande. La última vez que vine aquí... ¿quién era? Alguien que se complicaba demasiado la vida, ahora que sé hasta qué punto puede traicionarnos de repente, pero seguía siendo yo. Ahora soy una yo demediada.

A ambos lados del sendero crecen plantas de arándanos y frambuesas, y se alzan rocas de granito grises y luminosas. Del lado de la montaña asoma, entre los arbustos, algún que otro pino enano. Arranco la punta de una ramita y huelo el delicioso perfume.

Desde aquí se ve todo el valle, hasta el Monte Rosa. Aunque hay algunas nubes, consigo vislumbrar el campanario del pueblo y lo que creo que es nuestra casa. Encuentro un grillo que avanza a larguísimos saltos y una mariposa amarilla. Subo durante apenas unos minutos, pero los suficientes como para darme cuenta de que estoy mejor. Camino sin cansarme y disfruto del paisaje. El malestar ha desaparecido. Persiste el dolor en las muelas, pero para eso está el Oki que dentro de media hora me traerá Shlomo.

Creía que el buen humor no regresaría jamás y, en cambio, estoy sonriendo.

9

Hoy también me levanto temprano y salgo enseguida al jardín. Todavía me duelen mucho las muelas. Ayer me distraje volviendo a pie desde el restaurante hasta el pueblo con Shlomo y los chicos, pero nada más llegar a casa tuve que tomarme el tercer Oki del día. Por insoportable que resulte el dolor, siempre será mejor que el embotamiento apático, viscoso y negro en el que estaba sumergida hasta hace un par de días. La neblina de mi cerebro también se ha disipado.

La hierba está mojada, pero el sol ya ha empezado a secar la humedad de la noche que empapaba la mesa. En el Monte Rosa se aprecian franjas de luz, aunque el cielo aún está cubierto de nubes blancas y grises. Cuando vine en primavera para alquilar esta casa —el propietario reclamó inesperadamente la que teníamos alquilada desde hacía diez años y, con tal de seguir viniendo aquí, yo apalabré otra que a Shlomo no le gustaba— y dormí sola la primera noche, a la mañana siguiente vi corretear un corzo por el prado que estaba al otro lado de la carretera. Lo interpreté como un buen augurio con respecto a la nueva casa y me pasé días trabajando en ella, colocando nuestras cosas en los armarios, colgando cuadros, extendiendo alfombras de colores y ordenando libros, hasta convertirla en un lugar alegre y acogedor.

Ahora me alegro de haber trabajado tanto: si le hubiera hecho caso a Shlomo, no habría sabido dónde pasar el periodo de la quimioterapia. Este es el sitio ideal. Conozco a todo el mundo y todo el mundo me conoce a mí, pero nadie me habla a menos que sea yo quien empiece a soltar el rollo.

Me he encariñado con este pueblecito huraño, que posee una elegancia natural aún no mancillada por modas o turistas acaudalados. Los que tienen mucho dinero no vienen aquí, porque no hay restaurantes caros ni tiendas. Solo familias con niños pequeños o excursionistas que van a su aire.

Desde que hemos llegado, aquí al lado veranea una familia que me cae bien. Viven en una vieja casa blanca de una sola planta, con un jardín a la sombra

de cuatro enormes abetos en el que han instalado un balancín y una mesa de hierro esmaltada en blanco. Envidio esos muebles que parecen sacados de los años setenta: en el centro comercial, yo solo encontré un balancín moderno y una mesa de plástico que imita el bambú. Mis nuevos vecinos también parecen salidos de los años setenta. Tienen dos niños rubios que juegan al fútbol todo el día, lanzando gritos alegres pero educados. Visten camisetas rotas y pantalones cortos idénticos a los que llevábamos mi primo y yo a su edad, cuando en verano dedicábamos días interminables —exactamente igual que ellos— a jugar en el jardín.

La madre es delgada, morena y lleva el pelo recogido en una cola de caballo. Calza sandalias Birkenstock y viste pantalones cortados a la altura de la rodilla. Se muestra siempre tranquila: cuando llama a los niños para comer, lo hace en un tono dulce. El padre lleva unas gafas grandes y luce una alborotada melena de pelo gris. Todos los días hace yoga en el jardín, sentado sobre una manta. De la casa suele salir una música balcánica que me gusta. Lo mismo que nosotros, no hacen excursiones, no visten ropa térmica, comen en el jardín, se echan largas siestas... De vez en cuando, la madre se monta en una vieja bicicleta plegable y va a hacer la compra o a buscar el periódico, mientras los niños juegan a perseguirse y el marido lee en la hamaca de cuerda blanca colgada entre dos de los abetos. Inspiran serenidad y me gustaría conocerlos, pero no dan pie a entablar conversación, hablan poco y se limitan a sonrisas serias y reservadas, incluso entre ellos mismos.

La muela me palpita. Le escribo a la doctora Azzurra, la ayudante simpática del jefe de oncología, que lógicamente me propone que vaya enseguida al dentista. Pero... ¿dónde encuentro yo un dentista aquí arriba, y el 15 de agosto? Se me ocurre llamar a Remo, un nonagenario exmonitor de esquí con el que he trabado amistad. Arrastrando aún más las erres al teléfono, Remo me da el número de su dentista, el doctor Bono, que vive en la parte baja del valle. Me imagino al dentista con unas gafas amarillas en plan Bono, empuñando el taladro. Desde que tomo el antiinflamatorio en dosis de caballo, me siento más lúcida y alegre. Hasta he empezado otra vez a mirarme al espejo.

No sé si se me caerá el pelo. Durante la quimioterapia, accedí a ponerme una especie de gorro que baja la temperatura del cráneo a cinco grados y que podría reducir hasta un setenta por ciento la caída del pelo.

El pelo en realidad me da igual, aunque a lo mejor lo digo porque aún lo conservo y la experiencia de la calvicie me despierta curiosidad, igual que todo lo que me está ocurriendo. Los médicos insistieron en que probara esa

especie de casco, pero yo temía que el frío en la cabeza me resultara insoportable. Pero después de veinte minutos de sensación helada y jaqueca, me acostumbré y me lo dejé puesto durante las tres horas de rigor.

Aún no consigo volver con el pensamiento a aquel primer día de quimioterapia, por mucho que la mañana fuera mejor de lo que yo esperaba. Me encontraron enseguida la vena sin necesidad de ponerme la vía fija, el PICC, que los enfermeros malos defendían y ante el cual yo me rebelé, provocando cierto alboroto en la sala. Los dos primeros tratamientos intravenosos, las bolsas rojas, no me resultaron muy molestos, pero la tercera desencadenó enseguida, como ya me habían advertido, los síntomas de una sinusitis y lo hizo de una forma tan automática que casi me pareció divertido. Apenas hacía un minuto que me habían dicho «Esta podría provocarle síntomas de tipo gripal» y ya me estaba goteando la nariz y me empezaba a doler la cabeza. Aquella coincidencia de palabras y hechos me resultó tranquilizadora, como si fuera una señal de que ellos sabían lo que hacían y de que mi cuerpo respondía como debía responder.

También el chico que estaba sentado en el sillón de al lado parecía sentir más curiosidad que malestar. De vez en cuando apartaba la mirada de su libro y echaba un vistazo a su alrededor con una discreta sonrisa, como si estuviera en un Starbucks y no en la sala de quimioterapia de un hospital. Intercambiamos pocas palabras, pero lo sentí próximo a mí, y no solo por la experiencia que estábamos compartiendo. Llevaba el pelo largo y pendientes, y tenía pinta de músico, pero después me dijo que era profesor y que se llamaba Luca.

Después de la quimioterapia, me sentía tan bien que le pedí a Shlomo que me acompañara al bar del hospital, donde preparan un delicioso café, y pedí uno llena de expectativas, como si quisiera ratificar el regreso a mis placeres de siempre. Pero tenía un gusto espantoso. Desde entonces, no he vuelto a tomar café, pues el olor —que siempre había sido uno de mis preferidos— me da asco.

Volví a casa cansada, pero notaba el estómago muy bien, así que quise parar en la frutería y comprar unas cuantas cosas para los chicos. Elegí unos cuantos paraguayos, unos albaricoques de piel dorada y una cajita de estupendas cerezas negras de Vignola. Ya en casa, lavé un puñado de cerezas, las puse en una taza y me las llevé a la cama. Las comí con fruición, mientras respondía a los mensajes de mi hermano, que quería saber cómo me encontraba. «Un poco atontada, pero bien», le dije.

Apenas diez minutos más tarde, una oleada de náuseas me dejó descompuesta y paralizada. Creo que no hay nada más debilitante y asqueroso que las náuseas. Durante cinco horas fui incapaz de levantarme de la cama para ir al baño y lo único que podía hacer era sujetarme el estómago con las manos y con la ayuda de Shlomo, que iba telefoneando a todos los médicos que conocíamos, probar una medicina tras otra. Plasil, cortisona..., nada aplacaba al monstruo que había levantado la cabeza para dejarme claro quién mandaba a partir de aquel momento.

Mi antes y después del cáncer no guarda relación con el momento en que me encontraron el tumor, sino con el día de la primera quimioterapia, el día en que experimenté las primeras náuseas devastadoras y comprendí en qué me había convertido: en una prisionera.

10

El dentista Bono tiene un estudio alegre y moderno, inesperado en el tétrico pueblecito del fondo del valle al que me ha acompañado Shlomo. En la sala de espera solo hay dos montañeses octogenarios, en línea con el estilo del lugar.

Cuando una ayudante con mascarilla me hace pasar, el corazón me da un vuelco: el dentista se parece de verdad a Bono. No es alto, pero sí musculoso, con un rostro ancho y atractivo y una mata de pelo alborotado que le da un aire muy años cincuenta. Me examina la muela que tanto me duele y, al quejarme yo, él se encoge de hombros con una sonrisa de simpatía.

—Todos los síntomas apuntan a una infección, pero tendríamos que hacer una radiografía. No está embarazada, ¿verdad?

—Eh... no, doctor.

Por teléfono le he explicado apresuradamente lo de la quimio y él no ha hecho ningún comentario.

Me hace morder un instrumento modernísimo y me coloca en torno al cráneo una especie de máquina.

—No se mueva.

La máquina emite un sonido idéntico a la señal de Encuentros en la tercera fase. Y ahí estoy, convertida de nuevo en paciente, aunque esta vez no sea una escintigrafía, un aspirado de médula ósea o una ecografía, sino una simple radiografía del arco dental, y al otro lado de la ventana vea abetos y no pasillos iluminados con luces fluorescentes.

—Lo que imaginaba —dice Bono Vox, sin perder su sonrisa sincera—, hay dos puntos claros de infección, en el ápice de los conductos tratados del tercer y cuarto molar, bajo las cápsulas.

—¿Y entonces?

—Y entonces hay que esperar de cuarenta y ocho a setenta y dos horas a que el antibiótico reduzca la inflamación, luego habrá que reabrir los conductos tratados, limpiar, cerrar las cápsulas.

—¿Y cuánto tiempo se tarda?

—Por lo menos tres sesiones. ¿Cuándo termina las vacaciones su dentista?

Yo no quiero volver a casa. No quiero a mi dentista: si de verdad tienen que volver a abrirme los conductos donde me hicieron las endodoncias, quiero a Bono Vox, su ventana que da a los abetos y su pelo estilo años cincuenta.

—Creo que en septiembre. ¿Usted cuándo vuelve a abrir la consulta?

Por teléfono me ha dicho anteriormente que hoy era el último día que trabajaba antes de las vacaciones de agosto.

—El 25, cuando vuelva de Basilicata.

Ahora entiendo por qué es tan guapo y amable: los hombres del sur siempre son más guapos y amables.

—¿Cree que es un problema relacionado con la quimioterapia?

—Diría que sí. La quimio reduce las defensas inmunitarias y van saliendo los achaques latentes. Ese espacio en el que han proliferado las bacterias usted lo tiene desde que le arreglaron los dientes, a saber cuántos años hace. Se mantenía estable, pero ahora la toxicidad le ha tomado la delantera y zas.

Finalmente alguien que habla claro. Los oncólogos nunca admiten que es la asquerosa quimio la que hace que nos encontremos mal. Lo único que hacen es repetir «A lo mejor», «Podría ser» o «Depende», mientras que mi Bono Vox les ha leído la cartilla a ellos e incluso a mi dentista.

Como si me hubiera adivinado el pensamiento, añade:

—No digo que sea un trabajo mal hecho, solo que en otros tiempos no disponían de aparatos tan precisos como los que tenemos ahora.

Faltaría más, el dentista gentil es incapaz de desacreditar a un colega.

—¿Es usted lucano, entonces? —le pregunto.

—Establecido aquí desde hace mil años. Estudié en Turín y me casé con una chica que vive en el valle —responde—. Mañana por la tarde me voy a visitar a mis padres, pero si por la mañana le duele mucho, llámeme y puedo intentar abrir, pero esperemos que no haga falta. Puede tomar hasta tres Okis al día y hacer enjuagues con clorhexidina.

—Ayer me tomé cuatro —se me escapa.

—Cuatro mejor que no, no es bueno —dice sin perder la sonrisa.

—¿Qué le debo, doctor?

—Nada, mujer, los amigos de Remo son mis amigos —dice restándole importancia—. Salude de mi parte a esa roca.

Comprendo entonces que mi amigo Remo, un nonagenario muy atractivo, le debe su dentadura perfecta a Bono Vox.

Salgo de la consulta reconfortada, pese a la perspectiva del calvario que me espera con las muelas. Encontrar personas agradables y amables es un consuelo. Puede que de ahora en adelante venga aquí, al valle, cuando necesite ir al dentista. Si hubiera también un oncólogo y un hospital adecuados, podría seguir aquí todo el tratamiento, en lugar de en ese centro de excelencia en el que no quisiera volver a poner los pies nunca más.

Shlomo, en la sala de espera, se pone de pie en cuanto me ve.

—Le presento a mi marido, Shlomo —digo.

—Mucho gusto —sonríe Bono, al tiempo que le estrecha la mano.

Por un momento, me pregunto cómo sería estar casada con un dentista lucano, pero inmediatamente me siento culpable de haberlo pensado. Shlomo está pálido, duerme menos que de costumbre y me dedica más tiempo. Estos últimos días ha tenido más paciencia que nunca: incluso me acompañó en el paseo desde el restaurante hasta el fondo del valle, pese a lo poco que le gusta caminar por la montaña.

Salimos de la consulta cogidos de la mano.

—Te he oído gritar.

—Es que me dolía. Es un desastre.

—Lo sé, lo he oído todo.

Shlomo parece vivir en su mundo y, sin embargo, siempre sabe lo que hay que saber.

Le doy un beso en los labios resecaos y le digo:

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti —responde rápidamente.

Creo que esta es la tercera vez en quince años que le digo «Te quiero mucho». En otros tiempos le decía «Te amo».

Ese «Te quiero mucho» de ancianitos me conmueve tanto como su rápida respuesta. Por lo general, Shlomo vacilaba un momento, o hacía alguna broma, cuando yo le decía «Te amo».

Subimos al coche y, en silencio, retomamos la carretera llena de curvas que nos lleva a casa.

11

A Franz «me lo encontré ya criado», como dice Shlomo de Giovanni. Franz y Giovanni tienen dieciocho años, Marco nació cuando ellos tenían cinco. Se parecen los tres. Cuando vamos todos juntos de vacaciones, como en estos días, a Franz y a Giovanni, que no tienen lazos de sangre, los toman por gemelos.

Franz vive en Berlín con su madre Christine, que no quiso casarse con Shlomo y lo dejó porque se había enamorado de «un tío que tenía una Harley», dice Franz, mientras que Marco y Giò viven con nosotros. Cuando Giò era pequeño, a veces se quedaba con Vito, pero desde que su habitación con wifi se ha convertido en el lugar más importante de su vida, se aleja de ella lo menos posible. A veces, cuando Vito no está de gira con el grupo, quedan para cenar juntos. Vito ha cambiado de novia varias veces desde que nos separamos y ahora está con una cantante lírica tailandesa, Su, a la que Giò aún no conoce.

La pasión de Giò es la comida y obliga al dócil y pelado Vito a llevarlo a restaurantes de pescado en los que pide los *linguine* con bogavante que yo le prohíbo comer cuando sale con nosotros.

Los chicos saben lo de la enfermedad y no parece que les inquiete.

Cuando tenía la edad de Giò, mi padre enfermó de cáncer y el médico nos lo dijo a mi hermano y a mí, pero no a mi madre, a causa de su ansiedad. Una decisión perversa que me hizo experimentar agudos sentimientos de culpa por no haber sabido gestionar la situación. Mi padre estaba ya en una fase avanzada y murió un año después sin que hubiéramos hablado jamás de su enfermedad ni con él ni con mi madre, que murió pocos meses más tarde de un infarto. Y, precisamente por eso, nada más enterarme de que tenía cáncer decidí que, a diferencia de lo que me había ocurrido a mí, tenía que hablar con mi familia sobre el tema, desdramatizarlo y ofrecer una versión más optimista de los hechos: tenía un tumor, me lo han extirpado y ahora me hacen ciclos de quimioterapia por simple precaución, para terminar de limpiar bien. Nada grave, aparte de las molestias del tratamiento.

Los primeros días, los chicos demostraron un leve y morbosos interés por mis tres drenajes y la cicatriz, pero luego se sumergieron de nuevo en su mundo de móviles, auriculares, música y ordenadores.

Durante la intervención, me colocaron dos drenajes en el pecho derecho y uno en el izquierdo, donde me habían implantado una prótesis para armonizarlo con el operado: los largos tubos que eliminaban sangre y suero terminaban dentro de dos bolsas, una a cada lado, con las que cargué a todas partes durante trece días. Para poder salir de casa, aprendí a ocultarlas dentro de bolsos cruzados y a cubrirlas con largos pañuelos. Era como tener cola: tenía que ir con cuidado para que no se me enredara con los tiradores de las puertas, no aplastarla en la cama, no olvidar nunca su existencia. Cuando me quitaron los tubos y las bolsas, los eché de menos durante un tiempo: era el síndrome del miembro fantasma, aunque hubiese tenido la cola solo durante dos semanas.

Antes de empezar la quimioterapia, me sentía llena de energía y supongo que mi buen humor debió de tranquilizar a los chicos, que se comportaban exactamente igual que antes: igual de lunáticos, desordenados, vagos, silenciosos y, a veces, afectuosos y parlanchines. El día en que peor me encontraba, mantuvieron prudentemente las distancias, como hacen los animales. No se le puede pedir a un adolescente que se ocupe de un enfermo de cáncer, pero tampoco se le debe privar de la experiencia. He hablado mucho del tema con ellos, igual que les hablo de mis libros, de los problemas en el teatro, de las personas a las que conocemos... Parecen distraídos, pero siempre lo saben todo, como Shlomo, y suelen ofrecer opiniones cabales y pertinentes sobre cosas y personas.

De vez en cuando, pero no demasiado a menudo, me preguntan cómo estoy. Me he dado cuenta de que han asimilado toda la información, aunque parezca que no escuchan cuando hablo con Shlomo. El otro día, Giò me dijo:

—O sea, que vuelves a Milán la noche antes, ¿no? El 25.

Se le había quedado grabado que el próximo tratamiento es el 26 de agosto.

Hoy, a la hora de comer, Shlomo no estaba y yo me he comportado con los chicos como una cría caprichosa y quejica.

—No quiero volver a hacer ese asco de quimio el día 26. En el fondo solo es por precaución, no estoy obligada.

Y Giò, que de los tres es el más sensato, ha afirmado en tono atrevido:

—Entonces, yo esta noche salgo desnudo bajo la lluvia, en el fondo la ropa solo es una precaución: que salga sin abrigarme no significa que me vaya a resfriar.

Sus hermanos se han reído a carcajadas.

Marco es el que más interés demuestra por el pelo.

—¿Cuándo se te caerá? —me pregunta en tono frívolo.

—Entre el duodécimo y el decimoséptimo día, pero no es seguro, a lo mejor el casco de hielo ayuda a conservarlo. He visto fotos, hay quien pierde solo un poco en lo alto de la cabeza, pero en el peor de los casos me quedaré como el Páter —digo, provocando más risas.

El Páter es Shlomo, con sus cuatro pelos rapados.

Franz me enseña la foto de una amiga suya, muy popular en Instagram, que sufre de alopecia y se pone divertidos pañuelos y gafas de sol. Tiene su edad y es muy guapa. Creo que a mí, con esta nariz que tengo, no me sentaría tan bien la calvicie.

Me he enterado de que Marco había hablado de mi enfermedad con sus dos mejores amigas, especificando que era un secreto, y que ellas se lo han contado en secreto a sus madres, las cuales me han enviado cariñosos mensajes.

Creo que los dos mayores no se lo han contado a nadie.

Shlomo y Giò tienen una relación complicada. Shlomo quiere a Giò con una severidad que, creo, ha contribuido a forjarle el carácter, porque es mucho más sensato que su hermano alemán, que se olvida trozos de hachís en el cuarto de baño y se rompe las piernas jugando al fútbol en Berlín con un equipo de punkis.

Marco podría haber heredado mi ansiedad. Escribe, canta y toca la guitarra de maravilla, pero se muestra apático y tímido y, al mismo tiempo, profundo e ingenioso. Unas veces me abraza de repente, otras se muestra contestón y, la mayoría de las ocasiones, ni siquiera contesta. No es un chico extrovertido, pero solo tiene doce años y no es fácil decir cómo será de mayor.

Franz tuvo que crecer muy deprisa: su madre viaja en moto por el mundo, cambiando de pareja sin cesar. Él se muestra protector en lo que a su madre respecta, la trata como si fuera una hija extravagante, pero dice que en el fondo «es una tía guay». Yo la he visto pocas veces, cuando Franz era pequeño y lo llevábamos a Berlín después de las vacaciones, que siempre pasaba con nosotros. Christine me intrigaba, con su pelo rubio liso y los pantalones de cuero que usaba siempre, en cualquier época del año.

Intercambiábamos sonrisas y alguna que otra frase en inglés: me habría gustado conocerla mejor, pero Shlomo la evita y habla de ella lo menos posible.

Lo único que me ha dicho de Christine es que «de joven era guapísima».

12

He vuelto a discutir con Shlomo. No pasaba desde el día antes de descubrir que tenía un tumor.

Nuestros encontronazos son como incendios veloces, estallan por una frase, en un instante, y dejan a su paso un desierto de rencores y mutismo que dura días. Y casi siempre los provocan los hijos. Nos hemos pasado años discutiendo por Giò, ahora discutimos por Marco.

Marco se ha levantado a mediodía y cuando desde abajo le he gritado «Ve a ducharte que luego tienes que ponerte la crema para los hongos» —siempre coge hongos y le salen verrugas—, Shlomo ha perdido la paciencia y ha gritado:

—Ya lo sabe.

Siempre hace lo mismo. Responde por él, lo defiende en todo, me contradice y le da la razón a él. El tema me preocupa porque temo que tenga efectos devastadores en lo que a su educación respecta, aunque con los hijos no puede saberse nunca. Franz fue un niño angelical y obediente, pero ahora es un muchacho inquieto; Giò, en cambio, fue un niño complicado, al que le costaba hacer amigos, y ahora, a sus dieciocho años, es un joven equilibrado. Por tanto, no sé qué ocurrirá con Marco, mi niño misterioso, que pasa de la risa incontenible al llanto repentino cuando se siente injustamente acusado. Cada vez que lo sorprendo en una mentira, se enfada y se desespera, herido en su amor propio. No creo que sea de mucha ayuda que su padre lo defienda siempre y le grite únicamente en las pocas ocasiones en que se fija en su comportamiento, lo cual solo sucede cuando Marco hace algo que le molesta a él, como usar sus toallas o sus lápices.

Shlomo es frívolo e ingenioso siempre y cuando las cosas no le afecten de manera directa. Pero cuando le toca a él cocinar, pagar una factura u ocuparse de algo vulgar y aburrido, se vuelve puntilloso y se dedica a pontificar y a regañar a todo el mundo.

Hace casi veinticuatro horas que no nos dirigimos la palabra. Lo oigo silbar en la habitación de al lado, ahora que se ha librado de la carga de tener

que ser amable conmigo y preguntarme cómo estoy. Finalmente ha podido sumergirse en su mónada individualista de hombre que se basta a sí mismo.

En estos dos últimos meses, se ha portado bien. No se ha vuelto más afectuoso, pero por lo menos ha estado presente. Me ha acompañado a todas las pruebas y visitas, se ha ocupado de solicitudes y papeleos, ha pagado parte de la operación con su seguro alemán, que a la postre se ha revelado providencial.

Las pocas veces que yo me hundía antes de la quimioterapia y soltaba discursos lúgubres, él se alejaba, pero eso forma parte de su carácter. Rechaza el dolor, no sabe cómo gestionar esas cosas.

La tarde en que las náuseas me dejaron fuera de combate, intentó ayudarme como pudo: encendiéndome el ventilador, trayéndome las medicinas y la Coca-Cola que la doctora Azzurra había aconsejado por mensaje, acompañándome al baño... Pero a partir de la mañana siguiente, cuando me encerré en un capullo de malestar, me pareció lejano otra vez. Solo habían transcurrido tres días de frialdad cuando le dije que me sentía muy sola. Y entonces Shlomo se esforzó por complacerme: él, que siente la necesidad física de pasar muchas horas a solas, me dedicó un día entero. Me acompañó al dentista y por la noche vino conmigo a ver una película horrible, El juez, que yo había propuesto solo porque salía Robert Downey Jr., sin saber de qué iba. En la película, retórica y mal escrita, el anciano Robert Duvall, juez intachable, empieza de repente a perder facultades debido a los efectos de la quimioterapia, que le provoca toda clase de espantosas molestias y graves lagunas de memoria. Había incluso una escena en la que el hijo, Downey Jr., abogado de éxito en Chicago que vuelve a Indiana para el funeral de su madre, le tiene que limpiar el vómito y los excrementos tras una sesión de quimioterapia. Durante aquella escena, no me atreví a volverme para mirar a Shlomo.

Tanta amabilidad conmigo debe de haber dejado a Shlomo sin energías, hasta el punto de que cuando le he dicho por mensaje que era un capullo por haberme llevado la contraria una vez más delante de Marco, le habrá parecido increíble poder tomarse unas vacaciones de mí.

Y ahora, quién sabe durante cuánto tiempo seguiremos así. A principios de este año, aquí en la montaña, tuvimos una discusión parecida que se alargó durante meses convertida en una guerra sorda. Viví ese tiempo con una sensación de dolor continuo y oprimente en el pecho. Shlomo ni siquiera me habló el día del estreno del nuevo monólogo. Tal vez fuera ese el dolor

intenso por el que me había preguntado la doctora Parenti, porque el tumor se reveló pocas semanas más tarde.

13

Dentro de un par de días se marchan casi todos: Shlomo acompaña a Marco y a Franz a Milán. Desde allí, Franz vuelve a Berlín y Marco se va a la playa con Sin, la hermana de Shlomo, que pasa el verano en Italia. Aquí solo se quedan el gato y Giò, que pasará fuera una noche por no sé qué fiesta de la cerveza en el pueblo cercano. Prefiere quedarse a dormir allí, para no tener que volver en coche con alguien que haya bebido. Giò es prudente —y su prudencia se caracteriza por esa clase de cosas—, pero no hasta el punto de renunciar a la fiesta de la cerveza.

Justamente en esos días alcanzaré el nadir, que es como llaman al pico más bajo en el recuento de glóbulos blancos. Ya veremos entonces si pierdo el pelo y qué aspecto tendré. La idea de quedarme sola hasta que vuelva Shlomo me preocupa y eso es una novedad. Hasta hace tres meses, me habría alegrado la idea de disfrutar de un par de días en la montaña yo sola, pero ahora me faltan las fuerzas y me siento insegura. Y también me afecta el hecho de no saber nunca cómo me encontraré al día siguiente, ya que últimamente he experimentado molestias diversas: lunes náuseas, martes dolor de muelas, miércoles dolor de cabeza. ¿Qué me espera mañana?

La parte buena es que ya no me parece que tengo ansiedad. No me lo puedo permitir. Tengo que sobrevivir y no puedo regodearme en tormentos pasados.

Esta noche he dormido poco porque Shlomo, al más puro estilo «finjo que no existes», ha venido a la cama a la una y yo me despierto siempre a las seis. Si está en casa, no consigo dormir hasta que él se acuesta. Él lo vive como una prepotencia, pero si está de buenas intenta venir a la cama hacia medianoche, de modo que yo pueda dormir al menos seis horas. Pero desde que discutimos, se pasa el día durmiendo, que es su tradicional forma de reaccionar a nuestras peleas, y lógicamente por la noche no tiene sueño.

Me he despertado a las seis con un dolor de cabeza insoportable y me he pasado mucho rato dando vueltas en la cama, hasta que a las siete le he susurrado «Tengo que decirte algo». Él ha soltado un gruñido. Le he dicho que estoy fatal, que el estrés de nuestra pelea no me ayuda y que si no se cree capaz de superarlo, será mejor que vuelva enseguida a Milán, al menos así podré dormir de noche.

Él se ha dado la vuelta hacia el otro lado sin decir ni una palabra. Poco después me he dado cuenta de que dormía y me he levantado. Me he lavado, me he vestido tratando de no hacer ruido y he salido bajo la lluvia. La cabeza me palpitaba.

He ido hasta el bar que está al final del pueblo, que es el primero en abrir, y he charlado un rato con el propietario. Luego me he sentado junto al ventanal que da al bosque.

Llamo a mi hermano Piero y me desfogo con él.

—Podría ser peor —dice—. Imagínate que mamá aún estuviera viva. ¿Cómo le contaríamos lo del tumor? —pregunta, cosa que me hace reír.

Ahora nos los tomamos a broma, pero cuando le dije que estaba enferma, tuve que hacer una larga introducción, pedirle que se portara bien, reír y desdramatizar. «¿De qué te ríes, tonta?», había sido su primera reacción. Yo había tenido que levantar la voz para hacerle entender que me estaba esforzando, que el método Gemma no era aceptable. Él me había pedido perdón de inmediato y, desde entonces, si siente ansiedad la esconde muy bien.

Observo la linde del bosque y veo algo que se mueve, puede que una ardilla. Me levanto para ir a verlo de cerca. Mientras, ha dejado de llover, pero la hierba está mojada y no consigo llegar hasta la valla donde he visto movimiento. Puede que solo fuera un gato.

Regreso al bar, pido un zumo de arándanos y luego me pongo a escribir.

Antes de descubrir que tenía un tumor, había empezado a escribir un monólogo tragicómico que tenía como hilo conductor mi ansiedad. Le leí unas cuantas páginas a mi agente, a quien le gustó muchísimo. Me propuso que esta vez buscara a un director importante y mencionó el nombre de Thai Sinopoli. La idea me asustó. Como siempre, sin embargo, me sentía obligada a superar mis miedos y le pedí una entrevista a Sinopoli, quien de inmediato me invitó a comer en su casa.

Él y su esposa me recibieron en un piso muy elegante que daba a una espléndida plaza milanesa, uno de esos lugares en los que no parece posible que pueda vivir nadie. La esposa de Thai había preparado *pesto* de almendras y comimos deliciosas *trofie* y estupendos quesos de una de las mejores charcuterías de Milán. Forman una pareja fascinante: inteligentes, guapos, amables, abiertos... Les hablé del proyecto y les propuse escuchar algunos fragmentos después de comer. Mientras yo leía, él sonreía. Aplaudió dos veces. Su mujer se mostraba atenta, pero más prudente. Nada más terminar, él se me acercó y me abrazó.

—¡Te dirigiré yo! —exclamó.

Su reacción me gustó mucho, pero también me aterrorizó. La ansiedad me paralizaba las manos y me hacía sudar. Estoy acostumbrada a tomar mis propias decisiones, pero ante aquel famosísimo director, a quien admiro por su originalidad, me sentía cortada y tremendamente nerviosa. Él se dio cuenta.

—¿Tienes miedo? —me preguntó, mirándome a los ojos.

Es un hombre físicamente tan intenso y atractivo que su sola cercanía provoca nerviosismo.

—Sí —reconocí.

Su mujer le lanzó una mirada severa, como si quisiera pedirle que fuera menos directo. «No ves que la asustas», se leía en su mirada inteligente y azul.

—Si tienes miedo es otra cosa. Pero se me ha ocurrido que... —dijo y empezó a contarme sus ideas para la puesta en escena, que aún me dieron más miedo.

Salí de su casa dándoles las gracias de forma exagerada y prometiendo un nuevo encuentro durante las vacaciones de verano para leerles el resto. En pleno ardor, Sinopoli decidió pedir al director de su teatro estable una semana de pruebas para trabajar el texto directamente en el escenario.

El encuentro habría sido todo un éxito, de no ser porque ya hacía por lo menos tres años que yo no quería hacer más monólogos en los teatros y menos aún con un monstruo sagrado del género. Pero... ¿podía dejar escapar aquella ocasión? ¿Cuándo se me presentaría otra oportunidad de trabajar con un genio como él? ¿No debía intentar superar mis miedos y mis fatigas y entrar en el juego una vez más?

Apenas unos pocos días después, la mamografía resolvió todas mis dudas.

Durante un tiempo, dejé mi trabajo a un lado. Hasta que un día, tres semanas después de la operación, me entraron otra vez ganas de escribir.

Desde entonces, lo he hecho todos los días, excepto los inmediatamente posteriores a la quimioterapia, cuando estaba demasiado ofuscada por el malestar.

Tras huir de Shlomo, vuelvo a escribir en el programa del pequeño iPad que siempre llevo a todas partes. Llega mediodía y Shlomo no me ha llamado aún. Le envío un mensaje: «Hola, ¿qué has decidido? ¿Quedarte en tu concha? Antes de volver a casa me gustaría saber qué intenciones tienes».

Responde: «Preparar la comida. Esta noche me he dormido a las cinco y no estaba en condiciones de hablar ni de entender nada». Tal y como imaginaba, se acaba de despertar y probablemente ni siquiera recuerda lo que he dicho antes de irme.

Podría mostrarme generosa, sobre todo conmigo misma, dejar correr el asunto y pasar página, visto el tono conciliador, pero soy incapaz.

Respondo: «Entonces te lo repito: no puedo permitirme el clima de los últimos días, ni tu estilo de vida. Necesito dormir para que no me estalle la cabeza. Por tanto, si tienes intención de seguir así, es mejor evitar la convivencia».

Y él: «Ok».

«Ok, ¿qué?», le respondo.

«Ok me quito del medio, como me has pedido».

¿Cómo he podido enamorarme de este cabezota, de este neandertal?

Escribo: «Yo no te he dicho que te quites del medio, he dicho: si sigues así, es mejor que evitemos la convivencia hasta que se te pase».

Es entonces cuando se le hinchan las pelotas: «Déjate ya de jueguecitos. Tú me has atacado. Tú eres la responsable de cómo sigo. La respuesta te la has dado tú solita».

A mí también se me hinchan las pelotas: «No estoy para jueguecitos, lo que intento es sobrevivir. Pero no por eso dejo de hacer de madre o de enfadarme si creo que tu actitud perjudica a nuestros hijos. Sea como sea, no te culpo y acepto tus límites, no es fácil vivir con alguien que recibe quimioterapia. Has hecho lo que has podido, ahora ya puedes volver a tu naturaleza».

Y el muy cabrón responde: «En realidad, es más fácil estar cerca de ti cuando estás enferma que en general. Si me necesitas, aquí estoy. Si quieres comportarte como una lunática prepotente, no esperes que yo esté de buen humor».

Ahí me cabrea, pero también me hace sonreír. Es el hombre menos dado a la retórica que conozco. Es único, en eso. Después de tantos años, aún no he entendido si es un egoísta integral o un anticonformista. Probablemente no sea ninguna de las dos cosas. Puede que yo me haya dejado llevar por fantasías equivocadas sobre su infancia de niño gordo. En realidad, la vida lo ha consentido. Nunca ha tenido que preocuparse de cómo salir adelante porque su abuela materna, comerciante de maderas, le dejó una herencia que él disfrutó hasta el último céntimo y ahora tiene mucho más trabajo del que puede hacer. Cuando Christine lo dejó, probablemente él acababa de darse cuenta de que la hermosa muchacha de la que se había enamorado estaba como una cabra, y de no haber sido así, Shlomo no habría sabido cómo salir de esa situación incómoda. No es hombre que eche de menos la compañía de los demás, menos aún de hijos pequeños y caprichosos, así que ya le iba bien ver a Franz solo en vacaciones. Shlomo se fue a los trece años a Alemania, no hizo el servicio militar y, de un modo u otro, se libró de todas las guerras, intifadas y atentados.

Le escribo, aunque a estas alturas sé muy bien que he perdido la partida: «No me parece que te falte el buen humor, te he oído silbar todo el día y sé que nuestra providencial pelea te ha permitido tomarte unas vacaciones de mí. Hablo de los detalles mínimos cuando se convive con un enfermo. Si no crees poder ofrecerlos, será mejor que te vayas».

Y él, triunfante una vez más: «Cada uno decide lo que quiere para sí mismo».

Pienso en las personas que fantasean con ponerse enfermas o tener un accidente, en los que intentan suicidarse mientras piensan «Cuando esté mal, por fin lo entenderán y me querrán»: quienes nos quieren de verdad no nos querrán más porque nos pongamos enfermos o nos pase algo. Nos amarán igual que antes, como sepan, y quizá deba ser así.

14

Desde que estamos juntos, la comida es fuente de conflictos entre Shlomo y yo. Él solo comería porquerías y hasta en eso tiene suerte, porque cuando adelgazó tanto, le cambió el metabolismo y ahora tiene un estómago a prueba de bomba. Cuando salimos, se zampa platos que a mí se me atragantarían: ñoquis bañados en queso fundido, chuletas empanadas con patatas fritas congeladas, tiramisú rebosante de *mascarpone*... Lógicamente, los chicos quieren hacer lo mismo. Cuando eran pequeños, cada vez que íbamos al restaurante terminábamos discutiendo, pero ahora ya son mayores y piden lo que les apetece. Marco y Franz comen igual que Shlomo, pero Giò es un sibarita y elige platos refinados.

En casa, he resuelto el problema cocinando yo, pero las pocas veces que dejo la tarea de ir al supermercado en manos de Shlomo, compra solo chuletas de cerdo y salchichas llenas de sal, azúcar y polifosfatos que los chicos encuentran succulentas. He tratado de explicarles los riesgos que comporta acostumbrarse a comer así, sobre todo para los chicos, que no tienen por qué haber heredado el ADN de vikingo de Shlomo, pero de hecho soy yo la que tiene cáncer, yo que solo como verduras y pescado, no él. No es que me lo hayan dicho, pero imagino que en la familia todos han pensado lo mismo, aunque el cáncer de mama no tenga nada que ver con la alimentación. A un anciano profesor, tan viejo que se sentía libre de decir lo que pensaba, le hice la siguiente pregunta: «¿Por qué aparece el cáncer de mama?». Me respondió con delicadeza: «Hace cien años, las mujeres amamantaban a siete u ocho hijos y las glándulas mamarias realizaban su función: los dos o tres que con suerte amamantáis hoy no bastan. Es injusto, pero es así».

Cuando vuelvo a casa con la bolsa de la compra rebosante de frutas y verduras, encuentro a Shlomo sentado frente al ordenador, eligiendo papel pintado estilo *vintage*. No me saluda y me doy cuenta de que ha apartado el

folleto sobre la alimentación aconsejada durante las terapias antitumorales, que yo le había dejado junto al ordenador.

—Que sepas que lo ha escrito un oncólogo —le digo—, no uno de esos curanderos míos.

Así llama él a los homeópatas y antroposóficos que he consultado, como apoyo a la terapia tradicional. Me dirige una mirada iracunda:

—¿Otra vez el rollo ese con la pasta a la amatriciana de ayer? Cuando cocino yo, siempre te pregunto si tengo que hervirte algo.

—Claro, pero si para mí hay calabacines hervidos y para vosotros *bucatini all'amatriciana*, es un poco punitivo. Podrías cocinar algo sano que pudiera comer yo también, como he hecho yo por vosotros durante quince años —le digo, mientras señalo el folleto.

Me mira con desprecio y ataca.

—Ya estoy hasta las narices de tu prepotencia. Solo hablas de ti.

Es una acusación injusta y perversa. Me dan ganas de llorar, como si fuese una niña pequeña y, precisamente como una niña, empiezo a chillar, subo la escalera y me voy al dormitorio.

—Eres malo, eres malo...

Cierro la puerta, me dejo caer en la cama y empiezo a sollozar como cuando tenía cinco años y mi hermano me llamaba «bombero» por el aullido parecido a una sirena que yo emitía cada vez que él me hacía llorar.

Cojo el móvil del bolsillo y le escribo: «Si vas a ser así de malo conmigo, es mejor que te marches enseguida, no puedo soportarlo, lo siento». Y él responde: «Vale, les diré a los chicos que tengo que volver a Milán por trabajo».

Noto un dolor lacerante en el pecho como cuando discutimos en enero y se pasó meses sin hablarme, ni el día del estreno ni cuando cogí la gripe. En aquella ocasión, me dejó sola en casa tres días, a cuarenta de fiebre: se largó el viernes por la mañana con un «Crece y deja ya de dar problemas».

Pero en mitad de la oleada de desesperación que me invade, consigo aislar un sentimiento: el miedo a estar peor, si él se marcha de verdad. Nada me duele tanto como el abandono: siempre he tenido terror a que me dejen.

Me di cuenta durante aquellos tres días de fiebre. Cuando la doctora Parenti me preguntó si recordaba qué me había hecho sufrir durante los meses anteriores a la aparición del tumor, me acordé de inmediato de aquella gripe y del profundo y violento dolor que había experimentado en el pecho. No podía creerme que Shlomo fuera capaz de hacerme lo que me estaba haciendo. Recuerdo que pensé en las frases con las que se celebra el matrimonio,

aquello de en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad. Una parte de mí admiraba a Shlomo por su capacidad antiburguesa de distanciarse de toda retórica, de todo sentimiento de culpa y de todo chantaje moral. Y, al fin y al cabo, yo sobreviví a aquella gripe. Me tomé un par de paracetamoles y en un par de días la fiebre había bajado. Tampoco es que hubiera estado al borde de la muerte, podía salir adelante yo sola y lo había hecho. Otra parte de mí comprendía a Shlomo al recordar cuando, de pequeña, me rebelaba ante los chantajes de mi madre y me empeñaba en hacer exactamente lo que yo quería aunque la hiciera sentir mal. Simplemente para salirme con la mía.

Es como una relación con un adolescente, pienso. Él me ve como a una madre castrante.

Mientras lloro en la cama, pienso angustiosamente que no puedo permitirme estar de nuevo tan mal, ahora no. Me humillo y le escribo: «Te ruego que no te vayas, ahora no, estoy demasiado mal». Él responde enseguida: «Vale».

Unos pocos minutos más tarde, voy a lavarme el rostro descompuesto. Es hora de comer.

Bajo la escalera. Él está dibujando, los chicos están pegados a sus respectivos teléfonos.

—Ha salido el sol, ¿vamos al Mountain Garden?

Todos se ponen los zapatos sin vacilar y se dirigen a nuestro viejo Espace sin que sea necesario llamarlos tres veces, como de costumbre. Han captado la tensión en la atmósfera y se han fijado en mis ojos enrojecidos, pese a que llevo gafas de sol y una gorra de béisbol.

El Mountain Garden es un pequeño refugio en mitad del bosque, justo a las afueras del pueblo. Desde que ha cambiado de propietarios, aún no hemos ido. Nos sentamos en una mesa al aire libre, en la hierba, bajo una sombrilla. Los restaurantes nuevos nos ponen de buen humor y todos, rebosantes de expectativas, pedimos lo que nos apetece. Me siento vacía por dentro y necesito tomar una copa de vino tinto. Desde el día de la quimioterapia no he vuelto a beber alcohol, y nunca bebo vino tinto, pero siento la necesidad de algo que me tonifique.

Nuestros platos llegan enseguida y comemos charlando. Cada uno comenta lo que ha pedido. No puedo evitar pensar en todas las veces que,

para rebajar las tensiones con Shlomo, justamente aquí en la montaña, me preparaba un gin-tonic mientras cocinaba.

Después de comer, los chicos se van a jugar al voleibol en la hierba y Shlomo se tumba a tomar el sol. El vino, el sol y la tensión de esta mañana me han provocado otra vez dolor de cabeza, así que les digo que me voy a casa a pie por el sendero que cruza el bosque. Sé muy bien que nadie se ofrecerá a acompañarme.

En lugar de dejarme serenar por la naturaleza, recorro el sendero pensando en todas las cosas feas que me ha dicho Shlomo. Me las repito una y otra vez hasta que me invaden la indignación y el malestar. Llego a casa agotada y me meto en la cama: me sumerjo en una especie de placentero entumecimiento, del cual me despierto sobresaltada una hora más tarde, con un dolor de cabeza aún más fuerte y un malhumor agobiante. Hoy estoy tocando fondo.

Justo entonces me llama Teresa. Me desahogo con ella. Me recomienda con dulzura que no me deje herir, que me convenza de que las cosas feas que me ha dicho Shlomo son fruto de sus debilidades, que no debo creérmelas ni dejar que me hagan sufrir.

Mientras escucho su voz cálida y afectuosa, empiezo a sentir la necesidad de protegerme, como dice ella, y de salir a flote.

Intento pensar en cosas bonitas, que me reconforten, y entre las imágenes de Marco y Giò recién nacidos, y de mí misma nadando entre los peces en el mar azul, asoma por sorpresa el hermoso rostro de Luca. Voy a buscar el papelito con su número de teléfono y lo encuentro en mi billetero, detrás de una foto de carné de Marco. Siguiendo un impulso, le escribo: «De cero a diez, ¿cuánto asco te da? A mí nueve. Lea V».

15

Luca es el chico con el que compartí la primera sesión de quimioterapia y la máquina con el casco helado para evitar la caída del pelo. Me dijo que él, igual que yo, tampoco quería probar el casco, pero que su médico, igual que el mío, había insistido.

Luca estaba solo, mientras que yo estaba con Shlomo. No habló ni con nosotros ni con los médicos, se pasó casi tres horas leyendo *El Reino*, de Emmanuel Carrère.

Él también había rechazado el PICC y tampoco había querido probar la comida del hospital, lo mismo que yo. Cuando Shlomo bajó al bar a comer un bocadillo, nos quedamos solos en la sala: él cerró el libro y me miró con una sonrisa cómplice, como si fuésemos dos amantes que en público fingen no conocerse y no dos enfermos que llevan puesto un ridículo gorro de goma y están conectados a las mismas máquinas.

—¿Te gusta *El Reino*? —le pregunté.

—La primera mitad sí, luego es un coñazo —respondió él—. Me llamo Luca De Nullis y tú eres Lea Vincre, he leído un libro tuyo —añadió.

—¿De verdad? ¿La primera mitad te gustó y luego te pareció un coñazo? —pregunté yo.

—Tus libros son cualquier cosa menos aburridos —dijo él, con una media sonrisa que me pareció maliciosa.

Tenía unos ojos etruscos, tan despiertos como brillantes.

—No sé si es un cumplido, pero tampoco quiero saberlo, De Nullis. ¿Tú dónde lo tienes? —le pregunté—. ¿Y cómo te llamas de verdad?

—Luca Picco, presente. Pulmón izquierdo, extirpado hace un mes, seis ciclos. ¿Tú?

—Mama izquierda y ganglios axilares, cuatro ciclos.

Luca se parecía a uno de los tres mosqueteros, el de los rizos rubios y la perilla suave. Llevaba pendientes de pirata en las dos orejas y un anillo tatuado en el dedo anular izquierdo. No aparentaba más de treinta años. Era

tan guapo que hasta pensé que tal vez fuera gay. No quería preguntarle a qué se dedicaba, pero él mismo me lo dijo.

—Soy un muerto de hambre, profe de inglés en un instituto.

A mí también me parecía normal hablarle de un modo íntimo, como si ya nos conociéramos.

Cuando Shlomo regresó, Luca se concentró de nuevo en la lectura y no volvió a dirigirme la palabra.

Dos horas más tarde, nos quitaron el gorro a los dos y nos recomendaron que no usáramos el secador de pelo, ni tampoco champús agresivos o tintes.

—¿Reflejos tampoco? —le preguntó Luca.

La enfermera pensó que lo decía en serio y le dijo que no, que era mejor evitar toda agresión al pelo. Mientras la enfermera pedante hablaba, Luca me guiñó el ojo. Cuando se marchaba, me dio un trocito de cartón que había arrancado de su punto de libro. Había escrito un número de teléfono. «Cuéntame cómo estás», me dijo.

No había vuelto a pensar en él hasta hoy. Responde enseguida a mi mensaje: «Siete alto, pero bebo mucha cerveza. Luca P». Sonrío.

Bajo a la cocina y Shlomo, que tiene un talento especial para detectar cuándo he aparcado la hostilidad, me pregunta qué puede cocinar esta noche y le sugiero un *risotto* con verduras.

Los dos mayores han salido y Marco está pegado al teléfono. Le propongo ir a tomar un chocolate caliente y acepta de inmediato. Caminamos cogidos del brazo hasta un pequeño local, a pocas calles de nuestra casa. Está en plan de confidencias, tal vez porque se ha dado cuenta de que yo lo necesito, y me pone al día de los líos entre sus amigas y los novios de estas. Parece que Monti ha dejado a Franci, o al revés, no se entiende muy bien.

En el bar pide chocolate con nata y yo un té negro, con la esperanza de que ayude a disipar el dolor de cabeza.

Son las seis y media y pienso que si a estas horas me estuviera tomando una taza de chocolate con Shlomo me entraría la risa. Puede que tenga razón y yo sea una caprichosa, como él afirma. Pero no por eso tengo que sufrir, tal y como me ha recomendado Teresa. El rol materno implica establecer normas, me dijo.

Volvemos a casa charlando. Estoy cansada, pero me alegro de haber salido con Marco y de mi nuevo deseo de estar bien, de salir del agujero

negro que han sido estos tres días de peleas con Shlomo, de volver a la realidad. Mímate a ti misma si los demás no te miman. Haz lo que te gusta.

Shlomo ha preparado un *risotto* de lo más insípido, que como educadamente. Los chicos le añaden una gran cantidad de mantequilla y queso parmesano mientras hacen muecas. Luego anuncio que quiero ir a la plaza para asistir a la conferencia de un alpinista estadounidense cuyo anuncio he leído en el bar. Shlomo guarda silencio y los chicos intercambian miradas, alarmados y temerosos de que les pida que me acompañen. Los tres tienen sus propios planes para esta noche.

—Tranquilos, voy yo sola, no os preocupéis —les digo.

Me abrigo bien con una sudadera forrada de pelo sintético, me pongo las botas de montaña y me subo a mi bici de cicloturismo, que desde que vinimos aquí a la montaña, hace ya diez días, aún no he usado.

Mientras pedaleo junto al río, respirando el aire fresco de la noche, me doy cuenta de que el dolor de cabeza ha desaparecido.

16

Llego a la plaza a las nueve en punto. Han colocado varias filas de bancos delante del escenario, en el que ya se ha instalado una gran tela blanca y dos sillas. El cartel anunciaba una conferencia del «legendario alpinista estadounidense Steve House», a quien nunca he oído nombrar.

Tiene el típico mentón cuadrado de los estadounidenses, el pelo rubio lino y una sonrisa simpática de labios delgados. Cuenta que nació en un pueblecito de Oregón y que escala desde que era un niño. Participó en su primera expedición importante cuando tenía diecinueve años y era, según dice, «el último de la fila». Todo el mundo se ríe cuando señala el primer plano de un muchacho de dientes grandes, gafas de cristal grueso y la cara llena de acné juvenil.

Luego empieza a describir la ascensión al Karakórum, tras la cual, con su amigo y colega Vince Anderson, dedicó dos años a preparar la expedición que le dio fama: al Nanga Parbat, en el norte de Pakistán, empresa que culminaron en solo ocho días.

Steve House es un defensor del estilo alpino, es decir, de la ascensión sin porteadores ni oxígeno, basada en una larga y rigurosa preparación física y mental. Muestra muchas fotos impresionantes de aquella difícilísima y, en algunos momentos, dramática ascensión, hasta llegar a la cima, que House y Anderson immortalizaron en dos imágenes, una en color y la otra en blanco y negro.

En la imagen en color aparece él levantando el piolet.

—Vince me decía «Levántalo todo lo que puedas», pero estaba tan agotado que solo pude levantarlo un par de palmos. Pero la foto que en mi opinión refleja mejor aquel momento no es la mía, sino la que le hice a Vince en blanco y negro —dice.

Muestra entonces una imagen gris en la que su compañero, exhausto y de rodillas, con la cabeza inclinada hacia atrás y medio oculta bajo la capucha, los ojos cerrados y los brazos inertes a los costados, parece a punto de

desmayarse. Esa foto no habla de la alegría de alcanzar la cima, sino del esfuerzo, un esfuerzo devastador y sobrehumano.

—Lo que me pregunté durante meses después de aquella expedición es lo siguiente: ¿qué te queda, después de haberlo dado todo? —dice, dejándonos observar durante largo rato la imagen de su compañero en la tela blanca.

Pienso de inmediato en Shlomo. Tengo la sensación de haberlo dado todo, después de tantos años con él, y... ¿qué me ha quedado? Aparte de Marco, es una pregunta cuya respuesta —si llegáramos a separarnos— no quiero averiguar. No en este momento.

Steve House sigue hablando durante un rato de los libros que ha escrito y de sus otras expediciones. No se da tantos aires como otros alpinistas menos importantes que él, no parece un místico ni un visionario, sino una persona humilde y abierta que ha vivido experiencias únicas y se ha formulado preguntas sencillas.

La respuesta que ha encontrado, explica, es que después de haberlo dado todo le ha quedado algo que quiere compartir. Porque, aunque sea un alpinista solitario, lo más importante para él son los demás.

Termina la conferencia proyectando en la tela blanca una frase de Walter Bonatti: «Más allá de la montaña está el hombre», que él ha transformado en «Más allá de la montaña estamos nosotros».

Me marcho poco antes de que empiece a firmar autógrafos. Mientras me alejo, me da tiempo a escuchar lo que le dice a una niña sentada en la primera fila, que le ha preguntado por qué decidió ser alpinista.

—Porque es lo que siempre se me ha dado mejor —le dice.

Recojo la bicicleta, que había dejado abandonada sobre la hierba, y pedaleo hasta mi casa en mitad de la fría noche, bordeando el río.

Yo también soy una persona solitaria, pero siento la necesidad de compartir lo que escribo, y yo también lo hago porque es lo que siempre se me ha dado mejor. Pienso de nuevo en la frase de Rilke que Steve House ha elegido para empezar la proyección: «Nuestros miedos son los dragones que custodian nuestros más profundos tesoros» y me pregunto cuál es mi mayor miedo.

Me respondo que no es la enfermedad ni la muerte, sino el miedo a perder el amor.

Levanto la mirada hacia el cielo. Finalmente, después de tantos días de nubes, esta noche se ven las estrellas.

Shlomo y los chicos se han marchado hace un par de horas y me he quedado sola con Giò y el gato. Giò ha salido y *Novembre* se ha instalado en el sofá que ha dejado libre Shlomo.

Finalmente, me encuentro bien. No tengo dolor de cabeza y la muela me duele muy poco. Tengo el paladar y las encías inflamadas, pero tener la cabeza despejada y no sentir náuseas ni dolores lo bastante fuertes como para tomar calmantes es una sensación impagable. La próxima sesión de quimioterapia es dentro de tres días y, hasta entonces, quiero disfrutar de cada segundo.

Shlomo y yo volvemos a hablarnos y a ser moderadamente educados el uno con el otro, pero él se ha mostrado distante hasta el momento de irse. Típico de él. Cuando discutimos, tarda mucho tiempo en volver. Aún no he entendido, después de tantos años, si lo hace para protegerse o porque le parece que es lo correcto, como si él fuera un adiestrador de perros y yo un animal al que hay que castigar. Sé que ahora siente la necesidad de estar lejos de mí para recuperar la confianza en nosotros... siempre que le quede un poco en algún rincón.

Voy a comprar a la tiendecita de la esquina, que vende un poco de todo: desde periódicos a leña, pasando por productos de alimentación. Mientras vuelvo a casa, me vibra el teléfono en el bolsillo. Dejo las bolsas en la acera y leo el mensaje, esperando que sea de Shlomo. Pero no, es de Luca y dice así: «Estoy a una hora de tu casa, ¿qué haces esta noche? Hoy se me ha empezado a caer el pelo, ¿y a ti?».

Desde que el otro día le escribí yo, hemos hablado en varias ocasiones. A veces, nos pasamos media hora diciendo tonterías por WhatsApp. Luca es ingenioso y estamos iniciando una amistad, como si fuéramos dos críos. Cuanto más pesado y rencoroso se muestra Shlomo estos días, más frívolo y

divertido me parece Luca. Esta mañana le he preguntado si estaba comprometido y me ha contestado: «Con dos».

Cuando le dicho «¿Y ellos lo saben?», me ha escrito: «Una sí, la otra no. Son chicas».

Me gustaría ver a Luca esta noche. Shlomo acaba de irse, Giò dormirá fuera y me siento sola. Le respondo: «A mí se me cae como si fueran hojas secas. Abrígate que aquí hace frío».

Desde hace un par de días, encuentro pelos por todas partes: en la almohada, en la cama, en el lavabo... Sobre la mesa mientras como. Los observo flotar como pétalos, igual que una fina lluvia de pétalos livianos. Esta mañana me he peinado con las manos y me las he encontrado llenas de mechones. Los he ido amontonando hasta formar un nido. Este fenómeno me resulta fascinante. Por mucho que me lo hubieran dicho, por mucho que yo supiera que iba a pasar, la primera vez que ocurre es sorprendente. Me recuerda la primera vez que sentí a Giovanni moverse dentro de mí: una sensación tan nueva que no la reconoces, no estás segura de que sea lo que crees que es, por mucho que la estés esperando, por mucho que sepas que va a ocurrir. Cuando sentí a Giò como una especie de aleteo en el vientre, creí que era cosa de la digestión. Al encontrar pelos en el lavabo, he pensado que era una caída normal, como cuando me lavo la cabeza. Tengo muchísimo pelo, una mata encrespada y rojiza, y siempre se me ha caído mucho. Shlomo se quejaba siempre porque encontraba muchos pelos míos en la ducha.

Pero cuando me he visto en la mano aquella especie de nido blando, lo he comprendido. Me habían dicho que con el casco de hielo tal vez se me cayera menos el pelo, pero no que no se me fuera a caer. A esta velocidad, quién sabe qué aspecto tendré cuando termine los ciclos de quimio. Tendría que cortármelo de inmediato, siempre que no se me caiga del todo, claro. He experimentado otra vez esa extraña sensación de cuando sucede de verdad lo que te han pronosticado, como los síntomas de sinusitis con la tercera bolsa de quimioterapia, o las náuseas: una mezcla de certeza y horror.

Luca llega a las cinco de la tarde, al volante de un viejo Citroën. Lleva el pelo recogido en una cola y no parece que lo esté perdiendo. De hecho, a mí tampoco se me nota, a menos que se observe de muy cerca. Nada más bajar del coche, se tumba en el balancín con un pie en el suelo para que no se mueva, y yo me tiendo en la otra punta, con los pies debajo de su trasero.

Nos echamos a reír sin motivo, como dos compañeros del colegio que se encuentran durante las vacaciones.

—¿Sabes que en Wikipedia hay un error? —dice.

—¿Ah, sí?

—Dice que tienes cuarenta y nueve años, pero no puedes tener más de treinta y cinco.

—Pues la verdad es que los tengo.

—No digas tonterías. ¿Con todas esas pecas?

—Los tengo, los tengo. ¿Y tú?

—Treinta y dos, pero como si fueran doscientos.

—¿Y eso?

—Historia de un muchacho pobre: padres separados, hijo único. Un trabajo de mierda y una vida sentimental aún peor...

—Eres joven, lo superarás. Los jóvenes siempre se meten en líos.

—Pues a mí me parece que tú eres más lianta que yo —responde, al tiempo que me hace cosquillas entre las costillas con los dedos del pie.

Es como si nos conociéramos de toda la vida. Al lado de Luca me siento más natural y segura de mí misma de lo que me he sentido jamás con Shlomo, pese a llevar quince años con él.

Nos quedamos dos horas tumbados en el balancín, charlando, y Luca me cuenta toda su vida, hasta el día en que le encontraron el tumor, hace tres meses. Yo le hablo de Shlomo, de nuestros hijos, de mis libros, del desgaste de los monólogos teatrales, de que el tumor en el pecho me sorprendió pero no me angustió y de que el malestar de la quimioterapia, en cambio, me ha dejado exhausta y me ha convertido en una prisionera. Hablamos superficialmente de temas profundos, como si nada importara excepto el hecho de estar tumbados en este balancín, riendo y tomándonos el pelo el uno al otro.

Nos tapamos con la manta que siempre dejo doblada sobre el respaldo, mientras el sol se va ocultando tras las montañas y el aire se vuelve frío. Cuando oigo que el reloj del campanario da las siete, me pongo en pie.

—¡La leña!

—¿Qué?

—Tengo que comprar leña para la chimenea antes de que cierren, ¿me acompañas?

—Vamos en coche.

—Pero si está aquí al lado.

—Pues así compramos más. La leña pesa.

Tiene razón. Los sacos son de quince kilos y compramos dos. En la tienda nos encontramos con Remo, mi amigo nonagenario, que observa a Luca y pregunta:

—¿Y este quién es?

—Un amigo. Remo, Luca. Luca, Remo.

Remo lo saluda, muy serio, y se va sin pararse a charlar, como por lo general suele hacer.

Luca carga la leña en el maletero y, una vez en casa, la coloca junto a la chimenea. Luego la enciende con gestos precisos, sin molestarse siquiera en usar pastillas de encendido.

—¿Fuiste *boy scout*?

—¿*Boy scout* yo? Soy nieto de campesinos, princesa.

—Ya se nota, por esos pendientes de macarra que llevas —me burlo.

—Los macarras son *sexis* —responde, al tiempo que me coge un pulgar y finge retorcermelo.

Empiezo a forcejear con él, riendo y mirándolo a los ojos con aire desafiante, hasta que de repente acerca el rostro al mío y me da un beso en los labios.

No me lo puedo creer. Hace apenas tres horas estaba sola, lidiando con un matrimonio en crisis y una odiosa enfermedad, y de repente estoy coqueteando con un chico guapísimo que me hace reír mucho.

—¿Sabes cuántos años te llevo? —le pregunto.

—¿Sabes lo poco que me importa? —responde, mientras me coge una mano y me besa la muñeca—. No serás de esas que nunca se han enamorado de la persona equivocada, ¿verdad?

Sus palabras me turban, pero hacía muchísimo tiempo que no me sentía tan feliz.

—Estoy casada, tengo dos hijos, bueno tres, y podría ser tu madre.

—Sí, y las estaciones intermedias ya no existen y los negros llevan el ritmo en la sangre.

—Pero ¿qué...?

Luca me acaricia la cara y los labios con el dorso de la mano. Luego me tapa la boca con la palma.

—¿Es que nunca te callas?

Le digo que no con la cabeza.

—¿Me quedo a dormir aquí?

Con la mano le indico que se vaya.

—¿Estás segura?

Le digo que sí levantando un pulgar.

—Qué aburrida eres. Mira, porque mañana tengo la quimio, que si no te crees tú que me iba a marchar.

—¿Mañana tienes la quimio? ¿Y te vas ahora? Llegarás a medianoche.
¿Dónde vas a dormir?

—En un hotel que está cerca del hospital.

—O sea, que no estabas por aquí casualmente.

—Vivo en Turín. Siempre he estado a una hora de aquí, no solo hoy. Pero hoy tenía ganas de hacer algo por mí.

—Entonces, cuando yo vaya el jueves... ¿no estarás?

—No, pero vengo a verte cuando quieras.

Me siento viva, despierta; de repente, todo parece mucho más real que nunca.

—Te preparo un *risotto* antes de que te vayas.

—Prefiero no comer, pero te acepto un beso.

Estoy emocionada. Le doy un beso en la comisura de los labios.

—Eres como una niña —dice.

Me acaricia la mejilla con los dedos y luego le rasca la cabeza a *Novembre*.

Acaba de irse cuando vuelve *Giò*. Le preparo la cena mientras canturreo una antigua canción de *Lucio Battisti* que, a saber por qué, me ha venido a la cabeza.

—*Eh no e no, non è questione di cellule, ma della scelta che si fa, la mia è di non vivere a metà*^[2].

Giò me observa con curiosidad.

Mis células enloquecidas.

—*Non vivere a metà. Io comunque io comunque vada*^[3].

Después de cenar me sirvo dos dedos de *Genepy* y no le hago a *Giovanni* ninguna de las recomendaciones que me había preparado para su noche en la fiesta de la cerveza. Le envío un mensaje amable a *Shlomo* y me duermo pensando en los ojos color aguamarina de *Luca*.

Mañana tengo la segunda sesión de quimioterapia. Pienso que desde la anterior, hace tres semanas, habré tenido como mucho cuatro días buenos. Hoy me siento como si ya hubiera entrado de nuevo en la cárcel: sin energía ni esperanza.

Shlomo ha venido a buscarme. Llegó ayer por la noche y se mostró amable, pero distante como siempre. Ayer yo estaba de buen humor, hoy ya estoy como sé que me sentiré mañana. Puede que mi cuerpo se esté preparando. Mi cerebro me prepara. Y regresa la peor de las sensaciones: la ausencia de futuro. Pienso que cuando todo termine me volveré a poner enferma y me moriré. No estoy angustiada ni preocupada, solo resignada y abatida.

Lo único que consigo hacer es escuchar a Lucio Battisti y leer con morbosidad la crónica de su vida y muerte. Tenía cincuenta y cinco años. Una nefritis crónica le había provocado un tumor en los riñones que se le extendió al hígado y a los pulmones. *Il veliero va, e ti porta via. Fatti un pianto.* Tengo la sensación de que todas sus canciones hablan de mí.

Me despido de Giovanni y del gato *Novembre*, que se quedan aquí en la montaña. Volveré pasado mañana, con una nueva carga de veneno.

19

Me encuentra la vena al tercer intento, después de haber roto las dos primeras. Me hace daño. La doctora amable de mirada alucinada me explica que tengo las venas pequeñas y que le cuesta encontrarlas.

—Lamento hacerle daño. Dígale al doctor Venturi, el que le puso la vía la otra vez, que lo hizo mejor que yo. Se alegrará de saberlo.

Es algo que podría haber dicho yo. Esta mujer parece exhausta y avergonzada de su impotencia. Con sus enormes ojos de un azul misterioso parece decirme: «Estoy aquí y hago lo que puedo, pero el dolor es inevitable».

Es anestesista. La asistente del médico que me introdujo la aguja y evitó el PICC la primera vez. Él está de vacaciones.

—Así que ahora yo soy la responsable del departamento. Y hoy tengo operaciones hasta la noche —dice. Parece muy cansada y resignada—: Cuando estoy yo, siempre hay algo que sale mal.

Me dan ganas de consolarla.

—La primera vez es más fácil. Luego las venas se vuelven listas y se escapan. No se preocupe por mí —le digo.

Shlomo ha ido a admisiones y cuando vuelve me encuentra con la aguja clavada en la mano y los ojos bañados en lágrimas. Cuando nos quedamos solos, me echo a llorar. Por el dolor que he sentido y por el que me espera a partir de ahora cada vez que me saquen sangre. Y me tendrán que sacar sangre durante toda la vida.

Al cabo de media hora llega Tagliavini, el jefe de oncología. Solo lo he visto una vez, normalmente está su ayudante, la doctora Azzurra. No he acudido nunca a él porque es demasiado sincero y preciso: me deprime.

Dice que la analítica ha salido bien, aparte de la hemoglobina un poco baja, y que se puede proceder con la quimioterapia. Le confieso que me he encontrado tan mal que hasta hace una semana no tenía intención de continuar.

—Tiene razón —responde él—. No hay evidencias que nos indiquen si la quimioterapia funciona o no. Es solo una medida de seguridad. Además, el

tipo de tumor que tiene usted es poco frecuente, no sabemos qué es lo mejor, vamos un poco a ciegas.

—Muy tranquilizador —comento.

No creo que capte la ironía, pues me mira como si le hubiera hecho un cumplido.

—Pero en vista de que se ha encontrado muy mal, le vamos a administrar un tratamiento un veinticinco por ciento menos agresivo. Luego iremos viendo cada vez si hay que seguir y cómo.

Lo ha dicho en un tono más dulce, pero sus argumentos racionales y honestos no me reconfortan. Quisiera oírle decir que tienen la certeza de que lo que hacen es útil, que me curaré con total seguridad.

En cambio, no saben nada. No saben si la quimioterapia servirá de algo. No saben si volveré a ponerme enferma, ni cuándo. Proceden basándose en protocolos y estadísticas. Y eso que en este centro trabajan los mejores médicos.

Por tanto, yo no sé cuánto tiempo viviré ni cómo. No sé nada. Tengo que vivir día a día, completar los cuatro ciclos de quimioterapia («En otros centros, para un tipo de tumor como el suyo le habrían dado ocho ciclos») y cruzar los dedos para que el tumor no se me reproduzca en el páncreas, en el hígado, en los pulmones, en los huesos o quién sabe dónde.

La verdad es un agujero negro. No tengo ninguna certeza, excepto que aún estoy viva.

El pelo se me cae a puñados. Doy asco. Tengo una raya de cinco centímetros de ancho y luego unos cuantos pelos ralos, sin brillo, como esas ancianas dejadas que veo a veces cuando voy a comprar. No sé qué me esperaba. Me siento estúpida: infravaloro las cosas importantes y sobrevaloro las que a la postre son irrelevantes. No estaba preparada para el disgusto que me llevo cada vez que me miro al espejo. Toda la vida me he dicho a mí misma que era audaz, que no le tenía miedo a nada, pero en realidad soy como los demás. Peor que los demás. Me da vergüenza que los chicos me vean, no quiero que se pongan tristes. Los jóvenes no tienen anticuerpos para la desolación. No sé qué pensaba: ¿qué me raparía el pelo como Sinéad O'Connor o como Demi Moore en *La teniente O'Neil* y que estaría igual de guapa que ellas? La verdad es que no hay mucho que rapar: estoy desplumada y mi aspecto impresiona. La quimioterapia no tiene nada de heroico. Solo náuseas, miseria, fragilidad y veneno.

A mis cuarenta y nueve años, he descubierto que soy débil. Más que una guerrera, soy una cobarde. No quiero sufrir, no quiero luchar. Para consolarme, pienso en Suiza y en la eutanasia. Si el tumor se reproduce, yo acabo con todo, me largo. No vuelvo a poner los pies en un hospital, huyo, corto la cuerda. Pienso en mis novelas, en cuando hablaba de las enfermedades como si fueran pruebas, oportunidades, incluso momentos de redención. Y es verdad, mientras solo afecten a los personajes. El dolor físico es un asco. Recuerdo que yo misma me ponía inyecciones de antibiótico y me burlaba de quienes no soportaban las agujas: ahora me entran náuseas solo de ver una escena de hospital en la tele. Y le tengo pánico a las náuseas. No quiero hablar de la enfermedad, ni de cómo me encuentro ni de médicos y tratamientos. No quiero recordar las analíticas ni los tratamientos intravenosos. No puedo, me entran ganas de vomitar, como si me estuvieran torturando.

Creía que era valiente, pero no lo soy. Solo soy un animal herido que tiene miedo.

Sin contar las dificultades para encontrar las venas, el segundo ciclo de quimioterapia ha ido mejor que el primero. Mis protestas convencieron al glacial Tagliavini para suministrarme menos ciclofosfamida y casi no tuve molestias, aparte de unas náuseas soportables durante los primeros cuatro días y la desagradable sensación en el cuerpo de la cortisona, que me dilata los vasos sanguíneos y no me deja dormir, además del pipí rojo como la epirubicina que me inyectaron y que me recuerda la asquerosidad que me circula por el organismo.

Solo me siento cansada: es un cansancio mecánico y antinatural, como si el motor de la máquina que me mantiene con vida se hubiera calado.

Shlomo y yo hemos vuelto a la montaña a pasar el fin de semana, solos los dos. Marco aún está en la playa con Sin y Giovanni ha afirmado que no tiene intención de moverse de Milán hasta que empiecen las clases. Dentro de dos semanas arranca el curso y tiene un intenso programa de salidas nocturnas antes de retomar el ritmo estudiantil. Este año tiene la selectividad, así que no le va a quedar más remedio que estudiar.

Tras una tarde entera yo en el balancín que no se balancea y él en el sofá, leyendo y durmiendo, Shlomo se me ha acercado con una sonrisa socarrona.

—¿Cómo te encuentras? No está tan mal, ¿no? —me ha preguntado.

Lo que quería decir es: «No está tan mal no hacer nada, ¿verdad? ¿Estás de acuerdo en que mi estilo de vida es más agradable que el tuyo?».

He tenido que pasar por un cáncer para tener la misma energía que él, pero al menos no discutimos porque yo quiero ir a la montaña a caminar y él no.

No es la primera vez que lo pienso, pero en esta ocasión se lo he dicho, sonriendo, y él ha parecido casi satisfecho.

Sedada por el veneno, sin las fuerzas necesarias para tomar la iniciativa o afrontar discusiones, me parezco un poco más a la mujer que Shlomo querría a su lado: una mujer que no pide, no propone y no tiene expectativas. Una mujer que no se mete donde no la llaman, alguien con quien ir al bar que está

al final de la calle para tomar un café después de cenar o comer un bocadillo tras una mañana sentado delante del ordenador y una tarde tumbado en el sofá.

Estos días hemos estado a gusto en la montaña, sin hijos, sin grandes emociones y sin discusiones. Hemos acabado de ver una serie estadounidense, hemos comido fuera, hemos visto en la tele la mitad de *La dolce vita*... Shlomo ha afirmado que le parecía una película aburridísima.

He pasado mucho tiempo en el balancín que no se balancea, leyendo o dormitando, y también he comido bastante, porque cuando como se me pasan las náuseas. En señal de reconciliación, Shlomo cocinó un risotto en dos ocasiones: una vez blanco, porque le dije que quedaba un sobre de azafrán y resulta que se había terminado, y otra con patatas y calabacín. Intentó colármelo también con salchicha, pero me escaquéé educadamente, sin echarle una bronca.

Una mañana hicimos el amor. Yo tomé la iniciativa y él estaba listo, como siempre, y como siempre fue bonito: es en lo único que nos entendemos de forma natural, sin tener que esforzarnos.

El lunes tenemos que volver a casa: Shlomo empieza a trabajar y aquí en la montaña se anuncian tormentas durante toda la semana. No me siento preparada para la ciudad. Sigo sintiendo la necesidad de estar en medio de la naturaleza y echo mucho de menos el sol, porque aquí ha llovido casi todo el mes.

Se me ocurre que podría reunirme con Marco y Sin en Liguria, pero no sé si me atrevo a viajar sola. No lo he vuelto a hacer desde que me encontraron el tumor. Y ahora, además, tengo que esconder el cráneo pelado, lo que me hace sentir más insegura que nunca.

Llamo a Marco y a Sin para tantear el terreno y entre los dos me cuentan que en el apartamento de la playa también hay sitio para mí. A Marco parece alegrarle la idea de que yo vaya, hasta el punto de que empiezo a sospechar que quizá no está a gusto con su tía.

Sin vive sola desde hace mucho y, en los últimos tiempos, se ha vuelto muy dependiente de sus costumbres: se pasa el día leyendo, no habla casi nunca y, por las mañanas, sigue un largo ritual de preparación para el día. Nada más despertarse hace media hora de yoga, seguida de un largo y lento desayuno a base de té verde y un gran tazón de yogur, muesli, fruta y miel, que saborea con los ojos entrecerrados, tan concentrada como si estuviera celebrando una misa. Luego, haga el tiempo que haga, sale a dar un largo paseo. Se levanta muchas horas antes que Marco, que se reúne con ella en la

playa a mediodía, con los ojos llenos de legañas y sin haber desayunado siquiera. Sin no me lo ha dicho, pero sé que Marco hace eso. Conmigo también lo hacía, pero al menos yo lo obligaba a peinarse, lavarse la cara y comer un poco de fruta, mientras que Sin no se molesta en ponerle ni una sola norma, igual que su hermano Shlomo. ¿Qué tendrán ese par contra las normas? Su padre nunca les puso límites, sobre todo porque nunca estaba. La madre —que murió hace ocho años, discretamente, tal y como había vivido— menos aún.

Shlomo no veía casi nunca a su madre. Margaretha siempre vivió en el *moshav*, en Israel, venerando al hombre que la dejó para irse a fotografiar las condiciones de las mujeres africanas y no volvió nunca. Por lo que Sin me contó, Margaretha era una apasionada solo de sus normas semiortodoxas. Con ellos, en cambio, no era estricta; al contrario, les dejaba hacer todo lo que querían siempre y cuando no la distrajeran de sus oraciones. «Lo único que hacía era rezar, comer su bazofia y leer. No tenía amigas. Solo hablaba con Willy, ¿te acuerdas de aquel cascarrabias? Qué feo era, de verdad. Pero ella lo quería más que a mí».

Willy era feísimo, efectivamente. Bueno, feísima, porque a pesar del nombre era hembra. Una perra de pelo corto y amarillento, mestiza, gorda, con la cabeza pequeña y los dientes salidos. Antes de Willy, yo nunca había visto un perro con los dientes salidos. A la madre de Shlomo la vi muy pocas veces porque, según él, a Margaretha no le gustaba que la distrajeran de sus cosas. Franz también veía poquísimo a su abuela. Margaretha no hablaba inglés, así que la comunicación no resultó fácil en las pocas ocasiones en las que nos vimos, pero sí nos entendimos en cuanto a la comida: la bazofia de la que hablaba Sin consistía, en realidad, en una variedad de aromáticas sopas de cereales, legumbres y verduras de su huerto, que yo siempre elogiaba y comía gustosamente. Margaretha llevaba gafas y zapatos de monja. Tenía el pelo gris y lucía un ridículo flequillo de paje renacentista. Parecía imposible que hubiera sido guapa, pero las pocas fotos de su juventud que conservaba mostraban a una sonriente muchacha con los pómulos estilo Ingrid Bergman, abrazada a un Ben feo pero ya por entonces carismático, con la camisa desabrochada hasta medio pecho, los pies descalzos y una sonrisa fanfarrona. La ausencia de amor es capaz de marchitar muchas cosas: Margaretha tenía la piel traslúcida y, a sus sesenta años, ya desprendía un olor rancio a vieja. Cuando le llevamos a Marco recién nacido —ella no viajó a Milán para conocerlo—, lo observó en busca de algún parecido con Ben, que no encontró: desde ese momento, perdió todo interés por él. Su hogar estaba

tapizado con las fotos africanas del padre de sus hijos, que jamás se había ocupado de ellos y al que, sin embargo, adoraban los tres.

Sin es dos años mayor que Shlomo y no ha tenido hijos. Trabaja como fisioterapeuta, es amable pero un poco tétrica. Alta y rubia, tiene unos músculos largos y definidos, y los ojos azules como Margaretha. Shlomo, en cambio, los tiene de un extraño color topacio, como Ben. Pasa mucho tiempo sola, en Vietnam, Filipinas o en Laos, países de los cuales nunca cuenta nada. Ser tía se le da bien: cuando Franz está en Berlín, puede contar con ella. Cuando Marco era pequeño, a veces venía hasta Milán para echarnos una mano si surgía alguna emergencia. Adora a Shlomo y a mí me tiene mucho cariño.

Hace un par de años se enamoró de Andrea, una de sus pacientes. Andrea también se enamoró de ella y le propuso que se fueran a vivir juntas, pero Sin no quiso. Sienten muchos celos la una de la otra y se pelean a menudo, lo dejan y luego vuelven. Andrea es muy guapa. El año pasado, en junio, vinieron con nosotros de vacaciones a la playa: Andrea estaba espectacular en bañador. Es muy simpática, vital y afectuosa. Le pregunté a Sin por qué no quería vivir con ella y me respondió lo siguiente:

—La única manera de no sufrir es no encariñarse demasiado con nadie. Has visto lo extraordinaria que es Andrea, ¿no? Tengo que mantenerla en ascuas para que no me desplume.

Ese fue exactamente el término que empleó: «desplumar», como si fuera el Pato Donald.

Después de dudarlo mil veces, compro el billete de tren hasta Finale Ligure y me voy, porque después de veinticuatro horas en Milán ya estoy deprimida. Me he dado cuenta de que esta enfermedad y la ciudad son incompatibles. Mientras pueda, es mejor que esté lejos de casa y de la indiferencia de Shlomo y de los chicos, que me ignorarán del todo, me temo, en cuanto se sumerjan de nuevo en la rutina urbana y estudiantil. Aunque no por ello, claro, dejarán de esperar que yo dedique toda mi atención a sus exigencias. Por otro lado, en el mar y en la montaña no resultan tan raros los pañuelos en la cabeza, nadie se fija. Puede que solo sea la enésima reacción de ansiedad ante los cambios, pero no soporto la idea de volver a la normalidad.

Me llevo solo una bolsa con dos bañadores, tres camisetas, unos pantalones cortos y las chanclas de goma. Los únicos pantalones largos los llevo puestos. Total, no me voy a quedar mucho: el sábado por la mañana volvemos todos juntos. Sin se quedará una noche con nosotros y luego regresará a Berlín. Le he preguntado a Marco si quiere quedarse unos cuantos días más en la playa conmigo, pero se ha negado: tiene que ver a sus amigos antes de empezar el colegio y tiene que terminar los deberes. Es tan cabezota como yo, así que ni me molestó en insistir.

A la estación viene a buscarme Gaspare, el librero que nos ha prestado el apartamento en el que están Marco y Sin. Está cerca de la playa de Varigotti, el pueblecito que Shlomo y yo elegimos para nuestras primeras vacaciones juntos. La casa que alquilamos todos los veranos estaba ocupada, y Gaspare se ofreció a prestarnos la suya, un apartamento de dos habitaciones y cocina en lo alto de una pequeña loma. Gaspare se ha convertido en promotor de meritorias iniciativas quijotescas, como llevar escritores a pueblos pequeñísimos que ni siquiera tienen librería. Desde que lo conozco, siempre me ha propuesto actividades surrealistas, divertidas y entrañables en todos los rincones de Liguria, y con el tiempo nos hemos hecho amigos.

Llevo un pañuelo enrollado en la cabeza como si fuera una especie de turbante: Gaspare no pregunta nada y yo no le digo nada. Lo del tumor solo se lo he contado a los amigos más íntimos, y tampoco a todos, basándome en un criterio instintivo e informal. A un par de amigos se lo conté solo porque dieron señales de vida justo en los días de la operación. A la pregunta «Hola, ¿cómo estás?», que me llegó al móvil mientras yacía en la cama del hospital, acribillada por los drenajes, no habría podido responder con un simple «Bien, ¿y tú?» sin sentar un precedente de mentira.

El día antes de ingresar en el hospital tenía una cita para comer, fijada desde hacía semanas, con una conocida. Había estado a punto de cancelarla, pero luego había pensado que no existían motivos para hacerlo. Nos encontramos en la terraza de un restaurante con vistas a los nuevos rascacielos de Milán, pedimos pescado azul y nos enfrascamos en una conversación incesante y espontánea que no tardó en pasar del trabajo a la esfera personal. Ella es jueza, muy implicada en temas sociales, y buscaba ayuda para una iniciativa que le interesaba mucho, relacionada con los jóvenes y la lectura. Le di mi opinión al respecto y le señalé las partes aburridas que yo habría eliminado del proyecto. Mi sinceridad pareció sorprenderla agradablemente —en realidad, antes de aquel día nunca nos habíamos visto a solas— y correspondió contándome que se estaba separando

de su marido y que la separación estaba resultando muy difícil por el hecho de que él era un político caído en desgracia y ella se sentía culpable por abandonarlo, aunque ya no estuviera enamorada. Me contó —y, por las lágrimas que de repente le empañaron los ojos, comprendí el espacio central que aquel sentimiento ocupaba en su vida— que ya desde joven se había entregado a las causas perdidas y que ahora, superados los cincuenta, tenía la sensación de que se merecía un poco de frivolidad, pero que le costaba dejar de anteponer el deber a todo lo demás. Era una mujer guapa, de busto generoso y piernas largas y delgadas, pero vestía sin demasiada gracia: llevaba un traje pantalón pasado de moda que la hacía vieja, unas gafas muy feas y un collar vulgar. Mientras yo imaginaba lo guapa que habría estado aquella mujer vestida de otra manera, me salió de forma natural contarle lo que me esperaba al día siguiente, como si quisiera apoyar la tesis de que no es bueno retrasar los proyectos de felicidad porque nadie nos garantiza que nos dé tiempo a hacerlos realidad. Le impactó mucho que yo hubiera decidido quedar igualmente con ella, pese a la experiencia a la que tendría que enfrentarme apenas dieciocho horas más tarde. Nos alargamos charlando hasta que nos quedamos solas en la terraza, mientras los camareros revoloteaban a nuestro alrededor recogiendo las mesas.

Al sentarnos éramos desconocidas y al levantarnos, amigas íntimas, cómplices y solidarias.

Desde entonces hablamos a menudo, para ponernos al día sobre nuestros respectivos caminos: el mío, posoperatorio y quimioterápico; el suyo, legal y sentimental.

En el último mensaje, me dijo que su marido se había marchado de casa «con mucha dignidad» y que ella se sentía «muy triste pero también disparatadamente entusiasmada».

«Quiérete a ti misma —dije—, el mañana no es una certeza». Ella me respondió con el dibujito del pulgar alzado.

Así, había compartido mi condición de enferma con una persona hasta poco antes desconocida y no con los amigos de toda la vida, solo porque estos últimos no estaban cerca.

Lo que a mí me ha ocurrido no es algo que se pueda contar por correo electrónico o mensaje, y tampoco me apetece llamar y proponer encuentros: prefiero esperar hasta la primera ocasión que se presente, aunque después de tres meses, a las puertas del tercer ciclo de quimio y ya sin pelo, es posible que la revelación deje a los demás sin palabras.

La prótesis de silicona es dura como una pelota demasiado hinchada, el pecho operado es dos centímetros más alto que el otro y lo atraviesa una cicatriz que sale del pezón y asciende hacia la axila. En la cabeza solo me quedan unos cuantos pelos ralos, finos y sin brillo: si no quiero despertar curiosidad ni inspirar compasión, tengo que esconder el cráneo pelado bajo gorros y turbantes. Las marcas de los drenajes, en las costillas, parecen botones cosidos en un sofá capitoné. Puede que en algún lugar, dentro de mí, haya células que se estén dividiendo para provocar nuevas metástasis. Pero sigo siendo yo: no tengo dolores, estoy despierta, alegre y un poco conmovida por esta tarde en la playa.

El sol de septiembre calienta el aire transparente y limpio, el viento sopla despacio; el mar, verde en la orilla y azul en el horizonte, hoy está en calma, pero una ola de espuma rompe a pocos metros de mí. A mi espalda, el cielo está enmarcado por pequeñas nubes posadas en la silueta de las primeras lomas. Las rocas grises, a los lados de la bahía, resplandecen entre el azul claro del cielo y el azul oscuro del mar.

Si tuviera que formar parte de todo esto, ¿qué elegiría ser? ¿Mar, cielo, arena, roca o planta? ¿El mar que cambia día tras día o las rocas que no cambian nunca?

A lo mejor me gustaría ser una nube, existir durante un único instante.

Somos animales demasiado longevos: me gustaría dormirme ahora para siempre, acunada por el ritmo de la resaca, reconfortada por el calor del sol.

Pero me quedo dormida solo unos segundos. Me despierto con otro pensamiento: ¿a qué no sería capaz de renunciar? ¿Al sonido de las olas, al calor del sol o a la caricia del viento? ¿Qué es indispensable para que este día de septiembre siga siendo el día glorioso que es?

Seguramente lo imprescindible es la luz, más que el sonido rítmico de las olas o el susurro del viento. Siempre es la luz lo que marca la diferencia.

Hace casi una semana que estoy sola. No me sentí capaz de volver con Marco y Sin, no estoy preparada para retomar la vida urbana. Gaspare me dijo

que podía quedarme en la casa todo el tiempo que quisiera, así que decidí quedarme un poco más yo sola. Después de tres días eufóricos, durante los cuales hice la compra, llevé el ciclomotor al mecánico, reordené y adecenté la casa de Gaspare —en la que Sin había recreado la atmósfera austera de su apartamento de Berlín—, hoy, por primera vez, me he despertado de mal humor. A mí me van los principios y los cambios, no las rutinas, y estas improvisadas vacaciones en la playa ya no me parecen una aventura.

Me he sacudido de encima el malhumor, provocado en gran parte por una desagradable llamada telefónica de Shlomo antes de acostarme —como de costumbre, una discusión sobre los hijos— y he decidido ir con el ciclomotor al pueblo de al lado, Finale, para comprar toallas y alfombrillas nuevas para el baño de Gaspare. En la tienda me he encontrado a Elisabetta, una chica que le había hecho de canguro a Marco cuando era pequeño. Me he acordado de su nombre cuando ya hacía un rato que estábamos charlando. Sé que me caía bien, que quería mucho a Marco y me acordaba hasta de sus padres, pero no de cómo se llamaba ella. Elisabetta me ha saludado muy afectuosamente y me ha invitado a tomar un café en el bar de al lado. Me ha parecido más guapa de lo que recordaba: tiene el pelo negro, largo y brillante, y lo lleva recogido en lo alto de la cabeza en un gran moño. Su piel es lisa, ambarina, sin un solo defecto. Ha engordado, pero de un modo armónico y femenino. Parece una joven matrona. En el momento de pagar, la camarera ha dicho «Ya está pagado» y ella se ha dado la vuelta despacio hacia un treintañero con entradas y una gran sonrisa. Con una caída de pestañas le ha dicho:

—No hacía falta, Beppe.

Mientras salíamos, me ha contado que Giuseppe iba con ella al instituto y que ya entonces la invitaba siempre a merendar.

Le he preguntado dónde podía comprarme unos pantalones cortos, porque hace una semana que llevo los mismos, y Elisabetta me ha acompañado hasta la tienda de una amiga suya, que me ha vendido a precio de ganga unas preciosas bermudas marineras de color azul. Mientras me acompañaba de vuelta al ciclomotor, se ha referido a su relación con un chico de Génova, que no salió bien, y hemos acabado hablando acerca de cómo son los hombres.

—¿Por qué no sales con Beppe? —le he preguntado.

Ella ha bajado la cabeza y se ha encogido de hombros.

He vuelto a casa de buen humor, como me ocurre cada vez que hablo con alguien sobre temas íntimos, he trabajado tres horas y luego he bajado a la playa.

Voy al bar de Sandro para comer algo antes de volver a casa. No quiero beber —desde que llegué aquí, he tomado vino todas las noches—, pero Sandro me trae un cestito de focaccia, y es imposible no acompañarlo con una cerveza. Veo una puesta de sol espléndida y distinta cada día: ahora mismo, el mar parece de mercurio resplandeciente y en el cielo se dibujan arabescos anaranjados. La playa ya está vacía, a excepción de un pescador sentado junto a la orilla y una barca de vela anclada en la rada. El bar está desierto y Sandro, que está recogiendo para cerrar, no hace más que traerme caprichitos para que los pruebe: un higo chumbo pelado, aceitunas taggiasche, un poquito de vino de hielo...

Termino comiendo y bebiendo demasiado también esta noche, pero entro en una especie de agradable y tranquilizador bienestar.

Le envío a Luca, con quien hablo todos los días, una foto de la puesta de sol. Él me responde enseguida: «Mantenlo así hasta que yo llegue».

Shlomo y los chicos no me contestan nunca cuando les mando fotos.

Quiero volver a casa antes de que sea demasiado oscuro, porque ayer se me cruzó un enorme jabalí negro y me asusté. Pensé que si me caía con la moto, no sabría a quién pedir ayuda. En realidad, hay un montón de personas a las que podría recurrir en caso de emergencia: a Sandro, a Elisabetta, a Gaspare y hasta a los chavales bengalíes y senegaleses que venden ropa y bisutería en la playa. Algunos de ellos duermen en una casa que no está muy lejos de aquí y siempre se muestran muy amables conmigo. Les compro algo a todos, para contribuir al negocio, y ellos me invitan a tomar el té, me preguntan por Shlomo y los chicos y se preocupan cuando no me ven en la playa. Uno de ellos, Sami, me preguntó si estoy bien y por qué siempre llevo gorro. Es demasiado educado como para insistir, pero tengo la sensación de que lo sabe, porque todos los días quiere regalarme algo: un día un anillo, otro día un largo collar de cuentas de colores... Me habla de su mujer y de sus hijos, me dice que no trabaje mucho y concluye cada conversación con un «Inshallah».

Enfilo la breve recta ascendente que lleva a casa de Gaspare y me vuelve a salir un jabalí, pero esta vez es una cría de pocos meses: tiene el pelo gris con manchas negras igual que Tom, un perro de caza que conocía de pequeña. Lo sigue su madre, una jabalina de pelaje marrón y tamaño pequeño.

Les hago luces a la madre y al hijo para saludarlos y recibo como respuesta un educado gruñido. Cuando eres amable con el mundo, el mundo es amable contigo.

Mientras aparco el ciclomotor, me llega un mensaje y el teléfono vibra. A estas horas, solo pueden ser Shlomo o Luca. Espero hasta entrar en casa para leerlo.

«Duerme, que mañana contemplaremos juntos la puesta de sol». Entonces, Luca no estaba bromeando. De repente me siento feliz y me voy a dormir pensando en él.

Esta noche, Shlomo no llama.

He pasado la aspiradora por todas las habitaciones, he lavado los platos, he limpiado el baño y la cocina, y he cambiado las sábanas de la pequeña cama de matrimonio en la que duermo y de las camas individuales de la otra habitación. Es bonito esperar a un hombre.

No quiero dormir con Luca, pero me siento como si estuviera esperando a un amante.

Como en el bar de Sandro, a pie de playa, y pido pulpo con patatas. Aparto instintivamente el ajo, aunque no tengo intención de besar a Luca.

Si beso a un hombre, hago el amor con él, escribió Marina Tsvietáieva: «Si se da un beso, ¿con qué pretexto no ir más allá? ¿Sentido común? —¡Una bajeza! Me despreciaría. ¿Después lo amarás menos? No se sabe, puede que menos, puede que más. ¿Fidelidad?— Entonces mejor no besar».

No quiero engañar a Shlomo, por mucho que se lo merezca. Soy yo quien no se lo merece. Le conté que Luca había venido a visitarme a la montaña y le hablé de nuestra incipiente amistad. No le dije que Luca me corteja, pero igualmente lo entendió.

—¿Qué Luca? ¿Aquel chico de los pendientes? —me interrumpió.

—Da clases en un instituto, tiene treinta y dos años y es muy inteligente —le respondí.

—Ah, entonces vale —comentó él, sin preguntar nada más.

Una noche, sin embargo, Shlomo intuyó que nos estábamos enviando mensajes por WhatsApp y me hizo un gesto con una mano.

—¿Otra vez el Luca ese?

Sé muy bien lo que piensa Shlomo. Puedo hacer lo que me dé la gana, excepto engañarlo. Así que esta vez he decidido no hablarle de la visita de Luca. Shlomo y yo mantenemos las distancias desde hace demasiadas semanas y no quiero que este encuentro adopte un significado que no tiene. A diferencia de lo que me ocurría en el pasado en las raras ocasiones en las que he coqueteado con alguien sin contárselo a Shlomo, ahora no me siento culpable. No sé si es por la intimidad natural que ha surgido entre Luca y yo,

como si fuéramos familia, o porque la enfermedad me ha concedido un crédito de felicidad y diversión que en el pasado no me permití.

Me baño en la playa y me tumbo al sol a secarme. Ya queda poca gente, pero de todas formas ni siquiera en el agua me quito el pañuelo a rayas que llevo atado a la cabeza.

Leo un libro de McEwan que he encontrado en casa de Gaspare: quién sabe por qué habré leído todas sus novelas excepto Sábado. Puede que llevara años esperándome aquí, en casa de Gaspare.

Al principio de Sábado, tengo que superar la irritación que me producen las descripciones de hospitales, pues el protagonista es neurocirujano. Luego tengo que vencer los celos que me inspira su matrimonio perfecto y tratar de no compararlo con el mío. Pero pasadas treinta páginas, me sumerjo hasta el cuello en la historia del fatídico sábado de Henry Perowne. Leo hasta las seis de la tarde y utilizo el libro para protegerme de los rayos oblicuos de sol, que me molestan en los ojos. Luego voy a casa a prepararme para mi cita con Luca.

Me doy una ducha para quitarme la sal y me lavo los cuatro pelos que me quedan con un champú delicado. Me aplico crema hidratante en todo el cuerpo, me pongo los pantalones nuevos, una camiseta rosa bastante escotada, todos los collares que me ha regalado Sami y una gorra con visera estilo años setenta, a lo John Lennon. Luego bajo al bar de la playa. Le he enviado a Luca, con una precisión casi obsesiva, todas las indicaciones para llegar hasta aquí y me hace mucha ilusión la idea de quedar con él. Hace dos semanas que no nos vemos, pero hablamos infinidad de veces al día.

Hace tres días, me escribió para decirme que había soñado conmigo dos noches seguidas.

Cuando le pregunté «¿Qué has soñado?», me respondió con un lacónico «Cosas de hombres» y yo cambié enseguida de tema.

Consulto el teléfono una y otra vez. Me entretengo olisqueando los lirios de mar, que a esta hora desprenden un perfume sublime.

Luca aparece veinte minutos antes de la puesta de sol. Tiene la frente oculta bajo una gorra de algodón a cuadros y ya no lleva barba, pero sí los aros de pirata en las orejas. Viste unas bermudas amplias con grandes bolsillos, que le llegan hasta las rodillas, y una camisa arrugada. Está más delgado y pálido, lleva un libro en la mano, y me parece aún más guapo de lo que recordaba. La camarera del bar lo observa y luego me mira a mí con un gesto de aprobación.

Me acerco a él sonriendo. Nos besamos en la mejilla y las viseras de nuestras gorras chocan. Enseguida nos echamos a reír. Nos sentamos a una mesa justo delante de la puesta de sol; Luca pide una cerveza y yo un spritz. Nunca bebo spritz, pero hoy me apetece algo fresco, dulce y de un color alegre.

—¿Qué tal el viaje? —le pregunto.

—Bien. Había una luz preciosa. Liguria es muy bonita, no vengo nunca por aquí —dice, al tiempo que me pellizca el muslo justo por encima de la rodilla.

Entre nosotros fluye una corriente de alegría y complicidad, mucho más en persona que cuando nos escribimos.

—¿Y eso? —digo, imitando el acento de por aquí.

—Ya te dije que soy pobre. Tendrás que invitarme a dormir. He obligado a uno de mis alumnos a que me preste el coche: mi presupuesto solo da para la gasolina y la cena, que lo sepas.

—Puedes dormir en la habitación de los niños —le digo, devolviéndole el pellizco en el brazo.

—Ya veremos. ¿Cómo estás?

Me coge la mano derecha y me observa la palma, como si quisiera averiguar algo.

—Bien, aparte de lo del pelo. ¿Y tú?

—El pelo me lo he cortado, pero el recuento de glóbulos blancos es demasiado bajo para hacer la próxima quimio. O sea que estoy la mar de bien.

—¿Cuándo te han hecho la analítica?

—Ayer.

—¿Ayer? A mí el lunes.

—Lo sé, por eso he venido antes —responde.

—Aún no sé si es que eres un seductor en serie o estás obsesionado con las arpías.

—No me toques las narices.

—¿Crees que es buena idea viajar con los glóbulos blancos tan bajos? ¿Y si pillas una infección?

—Tampoco es que esté bajo mínimos, pero siguen siendo pocos para hacer frente a la quimio.

—¿Quién te hizo la analítica, el enfermero malo o Sabry?

Sabry es una joven enfermera siciliana, esquelética, toda ojos, un personaje tragicómico que no consigue sacar sangre y se olvida de administrar

el antiemético, pero le pone muchas ganas a todo y hemos decidido que es nuestra preferida.

—Sabry.

—¿Te pincharon muchas veces?

—Al tercer intento me dijeron que tenían que ponerme el PICC.

—¿Y?

—Les dije que se fueran a cagar. Entonces lo volvieron a intentar y encontraron una vena decente en la mano.

—Y después de tanto pincharte... ¿el resultado es que no pueden hacerte el tratamiento intravenoso?

—Pues sí.

—Joder.

—Joder nada, estoy aquí. Mira, la puesta de sol.

Los últimos rayos de sol se apagan tras la silueta lila de las lomas y el mar resplandece como el acero. La playa ya está vacía y en el bar de Sandro, que lava los vasos y escucha por décima vez consecutiva un disco de Paolo Fresu, solo quedamos Luca y yo. El perfume penetrante de los lirios de mar nos envuelve. Ya no recordaba el olor de las noches de septiembre en los días sin viento. Ahora entiendo qué es lo que me ha traído aquí, lo que me ha impedido volver a la ciudad. La promesa, o el recuerdo, de este perfume.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

—Sí —responde él, mientras resigue mi brazo con el pulgar y el anular derechos, desde la mano hasta el hombro.

Es como si no pudiéramos dejar de tocarnos, aunque sea medio en broma.

—¿Pescado o carne? —le pregunto.

—Carne tuya —contesta, mientras se acerca mi mano a la boca y trata de morderme la muñeca.

—Vale ya, obseso.

Nos entra la risa, las ganas de pellizcarnos y tocarnos. Pero de una forma ligera, serena y un poco tonta, sin tensiones.

—Te he traído un regalo —dice, mientras me ofrece un delgado libro blanco.

Reconozco la colección de poesía de Einaudi, la Bianca. Es un libro de Pedro Salinas, un poeta al que jamás he leído. Se titula La voz a ti debida.

Leo en voz alta el principio del poema que aparece en la cubierta.

—«Y estoy abrazado a ti / sin preguntarte, de miedo / a que no sea verdad / que tú vives y me quieres». —Luego añado—: Caray, va fuerte.

Nos observamos durante unos segundos con mirada sonriente.

—Vamos a cenar, tontorróna.

Hemos venido a Finale Ligure con el coche de Luca, el viejo Citroën que afirma haberle arrebatado a uno de sus alumnos. Me he decidido por el restaurante en el que he comido el mejor pescado de por aquí, aunque es tan feo que Shlomo siempre se ha negado a poner los pies en ese sitio. Está medio escondido en una callejuela e iluminado por fluorescentes. Las mesas están cubiertas por pretenciosos manteles de falso damasco y adornadas con polvorientos ramos de flores de plástico. Las sillas son de piel falsa y las paredes están pintadas de un verde bilioso; una nevera llena de agua y refrescos emite un ruidoso zumbido, pero se come un pescado muy fresco. El chef es de Spotorno y no hace otra cosa que ensalzar las excelencias de su pueblo. Es un sesentón rubicundo, marcado por la buena mesa y el buen vino, de piernas delgadas, hombros anchos y barriga de bebedor. Se intuye que cocinar es para él una gran pasión y que se adora a sí mismo: después de cada frase, guarda silencio y lanza una mirada a su alrededor, como si esperase el aplauso de su público.

Pedimos bacalao agridulce, pescado frito y ensalada.

Mientras esperamos, Luca me sirve una copa tras otra del delicioso vermentino de la casa. Nos comemos toda la *focaccia* del cesto pensando en lo que dirían nuestros respectivos oncólogos si nos vieran desmadrarnos juntos.

—¿Qué piensan tus novias de tu escapadita a la playa? —le pregunto, desinhibida por el alcohol.

—Las he dejado —dice, mientras roba el cesto de *focaccia* de la mesa de al lado.

—¿A las dos? —digo, sorprendida.

Últimamente, cuando nos escribíamos, Luca me contaba con detalle los problemas que tiene con sus dos novias, una demasiado dulce y aburrida, y la otra fascinante pero tonta. Sin embargo, nunca ha insinuado que quisiera dejarlas.

—Sí, ¿por qué? —pregunta, observándome con la mirada baja—. ¿Te sabe mal?

—Ah, no, es cosa tuya. Pero me sorprende.

—Piensas que soy un capullo, ya lo sé, pero te recuerdo que aquí la única capulla eres tú.

Me gusta dejar que Luca me tome el pelo, me gusta que vea mi lado más divertido. Shlomo me hace sentir aburrida, me describe como la persona pesada y victimista que solo soy en parte y solo con él. Para los demás, todos somos la proyección de algo. Puede que para Shlomo yo sea una proyección de su madre, siempre tan seria. No sé cómo será la madre de Luca, casi coetánea mía. Solo me ha contado que lee mucho, pero intuyo que tienen una relación muy estrecha.

Llega el chef con el bacalao cubierto por una salsa agri dulce de ajo.

—El pescado es increíble. Y el sitio también —dice Luca, admirado—. Y tú también —añade, al tiempo que me da una patadita por debajo de la mesa y me llena el vaso.

—¿Qué van a decir tus glóbulos blancos de tanto vino y tanto pescado frito? —le pregunto.

—Estarán contentísimos. Piensa tú en tus glóbulos blancos.

—Hasta ahora, los míos se han portado bien.

—No tanto como los míos. Si no hubieran bajado tanto, esta noche no estaría aquí. En el lugar del mundo donde más me apetece estar.

—¿Con estos fluorescentes?

A diferencia de Shlomo, que siempre se toma muy en serio mis palabras, a Luca le parece divertido todo lo que digo.

—Sí, fluorescentes, flores de plástico y un chef loco. Me encanta este sitio.

—¿Tú crees que está loco?

—Pues claro, ¿no te has dado cuenta?

—A mí me cae bien.

—Y a mí.

Me coge la mano izquierda y me besa la cara interior de la muñeca.

—Estoy colado por ti —dice despacio, mirándome a los ojos.

—¡Pero si parezco el monstruo de Frankenstein, calva y con una teta falsa! —le respondo.

—Estoy colado por el monstruo de Frankenstein.

—Al final te voy a creer.

—Créeme, cariño.

—Estás borracho.

—Sí, y digo la verdad. Bebe tú también y dime lo mucho que te gusto.

Nos echamos a reír los dos y yo lo salpico de vino. Y justo en ese momento, cuando él extiende los brazos y se mira la camisa, como si yo hubiera hecho la cosa más graciosa del mundo, vuelve el chef y nos propone un tiramisú recién hecho.

—¿Ves como sí que está loco? —dice Luca, señalándolo.

—Claro que estoy loco —asiente él, con una sonrisa radiante y un centelleo en los ojos. Sacando barriga, añade—: ¿Os apetece probar el *passito*^[4] que hace mi primo?

¿Qué he hecho mal? ¿Dónde me he equivocado?

Todo el que enferme de gravedad se formula esa pregunta, de forma más o menos consciente, con mayor o menor urgencia.

Según lo racional que sea, pensará que su enfermedad es una consecuencia de las ondas electromagnéticas, de la contaminación, del estrés, del trabajo, de las personas a las que ha amado, de las decisiones que ha tomado, de lo que ha comido... Experimentará una mezcla de sentimiento de culpa, por el error que ha introducido en su cuerpo la discordancia y la enfermedad, y de esperanza: identificando ese error, conseguirá taponar la grieta, recuperar la integridad, encontrar de nuevo el rumbo correcto.

«No comeré más alimentos que me envenenan, no dormiré con el móvil en la mesita de noche, eliminaré los metales, las relaciones nocivas, los malos hábitos, saldré en busca de todos los errores de mi vida y de todos los problemas no resueltos y lo arreglaré todo». El enfermo se ilusiona creyendo que puede depurar su enfermedad y recuperar la salud. Es una ilusión comprensible. Pero ya no hay remedio para la enfermedad. Los milagros son cosa del destino y la única posibilidad es confiar en la ciencia. La quimioterapia da asco, pero es lo único que tal vez pueda ayudar.

Pese a todas las evidencias —niños que mueren, accidentes absurdos, hambre, guerras, epidemias—, no conseguimos aceptar la insensatez de la enfermedad. Tal vez no podamos porque si siempre fuéramos conscientes de todas las cosas terribles e injustas que ocurren en el mundo a cada instante, nos volveríamos locos. Y tal vez no debamos, porque la voluntad de curarse es, desde luego, más útil que el deseo de abandonar. Cuando sigo la dieta que me ha prescrito la oncóloga antroposófica, que consiste en eliminar grasas animales, levaduras, alcohol y azúcares, enseguida me siento mejor, más fuerte y lúcida. Tal vez me encontraría aún mejor si fuera capaz de comer poco, pero de todo. Lo que ayuda es limitar los azúcares, las grasas y la comida en general, no eliminar ciertos alimentos. Aun así, siempre vamos en

busca de una solución radical. Esto sí y lo otro no, blanco o negro, correcto o incorrecto: si tenemos unas reglas que seguir, todo parece más fácil.

Necesitamos encontrar causas, significados, soluciones.

Si no me hubiera matado a trabajar, si me hubiera protegido más, si hubiera comido un poco de todo, si hubiera actuado con moderación, de forma racional, si no hubiera planteado preguntas difíciles, si no me hubiera metido en todas las batallas y no hubiera aceptado todos los desafíos, si no me hubiera casado con un hombre que me hace sufrir, si me hubiera conformado con disfrutar del viento entre las ramas y no me hubiera obligado a superar mis límites, tal vez mi cuerpo habría sido capaz de mantener a raya la enfermedad. Pero no lo hice. Mis errores son lo que queda. Las alegrías, los impulsos, las emociones y las pasiones, los riesgos que he asumido..., todo eso es mi vida. Los errores han hecho de mí lo que soy.

Puede que se esté mejor, como dice Sin, cuando no se desea. Pero, en el fondo, ¿a quién le importa cómo se está mejor, si solo tenemos una vida?

¿Nos hemos equivocado? Puede ser, pero si pensamos que no existe más verdad que la nuestra, y que está indisolublemente ligada a quienes somos en ese momento, entonces el concepto de error también deja de tener sentido. Me he equivocado, pero soy. Y amo y vivo, de momento.

Odio este hospital. Al principio, cuando venía después de la operación para que me quitaran los drenajes y el suero de las heridas, o para la fisioterapia, me sentía como en casa. Tenía ganas de saludar a los médicos, a los enfermeros, a las empleadas de admisiones. Mi cuerpo aún se sentía confiado. Ahora ya no. La quimioterapia lo cambió todo. Me basta percibir el olor del hospital, ya en la entrada, para sentirme en peligro.

Hoy también me han torturado para sacarme sangre. La ecografía ha revelado que la vena del primer tratamiento intravenoso se ha cerrado, está trombosada, y la del segundo está inflamada. Ahora entiendo por qué me dolía tanto el brazo. No consigo estirarlo, noto un dolor constante que va de la muñeca al codo. Solo para averiguar si estoy en condiciones de soportar el nuevo ciclo de quimio me han pinchado ya cuatro veces, y me ha dolido. A la quinta, me caían lágrimas de los ojos como si fueran gotitas de agua. Lo han intentado una enfermera y un anestesista y finalmente lo ha conseguido un radiólogo con la ayuda del ecógrafo. Pero ahora que la analítica ha demostrado que los glóbulos blancos son suficientes, me doy cuenta de que no saben dónde clavar me la aguja del tratamiento intravenoso.

Oigo a Tagliavini maquinando con Azzurra.

—Podríamos probar en la yugular...

Ella me observa con preocupación. Me ha cogido cariño y le sabe mal hacerme sufrir. Shlomo ha salido de la habitación cuando ha llegado el médico, por discreción. Me siento impotente, el dolor físico me anula. Intento pensar en Luca para distraerme. En cómo nos despertamos después de haber dormido juntos.

Luca no durmió en la cama pequeña, sino conmigo. Insistió y yo se lo consentí, pero con la condición de que aceptara la prueba que las damas imponían a sus caballeros en la época medieval: dormir juntos sin tocarse. La idea de la prueba le pareció divertida, porque le gusta jugar. Le recité el poema de Beatriz de Día: «Cómo querría una tarde tener / a mi caballero, desnudo, entre los brazos, / y que él se considerase feliz / con que solo le

hiciese de almohada», pero no quise besarlo, como se admitía entre trovadores, porque sabía que no me contentaría con un beso. Nada más despertarnos, tras unas pocas horas de sueño inquieto para los dos, nos quedamos en la cama charlando y cuchicheando, pegados como si fuéramos antiguos amantes o hermanos, yo con una pierna enredada en su rodilla. Luego nos levantamos, desayunamos en la terraza mientras nos contábamos qué habíamos soñado, y bajamos a la playa. Lo llevé a ver las rocas grises por un largo sendero entre los matorrales, bordeando un acantilado. A la vuelta, él se fue a nadar y yo a leer el periódico. Cuando Luca se secó, fuimos a comer un plato de espaguetis en el restaurante de la playa, porque el alcohol de la noche anterior nos había dado ganas de comer hidratos de carbono. Después de la comida, volvimos a casa y cada uno se fue a dormir a su habitación, sin hablarlo siquiera, porque los dos éramos conscientes de que necesitábamos dormir. Al despertarnos, nos sentíamos alegres y reposados.

¿Así es como viven las personas que son felices juntas? ¿En sintonía, sin discutir, compartiendo pequeños placeres, protegiéndose entre sí? Para mí es una novedad. Pero... ¿cuánto tiempo puede durar una relación así, sin sexo, sin proyectos, sin preocupaciones?

No quiero preguntármelo, pero le dije a Luca la verdad: aún sigo enamorada de Shlomo. No pareció sorprendido ni herido.

—Supe desde el primer momento que me ibas a romper el corazón —dijo—, pero no pasa nada. No puedo volver atrás.

No sé cuándo bromea y cuándo habla en serio. Me digo que nuestra enfermedad es como una nave espacial que nos permite vivir fuera del tiempo.

Ya han tomado una decisión. Por la expresión disgustada de Azzurra, deduzco que han elegido la yugular. Solo de ver la bolsa llena de líquido rojo noto un sabor metálico en la boca y una sensación de malestar.

—¿Me va a doler? —pregunto.

—Poco, le pondremos un poco de anestesia local.

Los enfermeros malos tenían razón, tendría que haberme puesto el PICC. Me habría ahorrado la vena trombosada, la flebitis y el dolor de los pinchazos. Esa idea me deprime aún más. Se lo digo a Tagliavini, en busca de expiación.

—Es culpa mía, tendría que haberme puesto el PICC desde el principio.

En esta ocasión, su racionalidad me sirve de consuelo.

—No necesariamente, depende. La ecografía revela que tiene usted las venas congénitamente pequeñas y que recientemente se han espesado, puede que a causa del gotero de hierro que le pusieron después de la operación. A lo mejor ni siquiera le habríamos podido poner el PICC.

«Depende» es la palabra preferida de Tagliavini: para él solo existe lo que constituye una prueba irrefutable. Todo lo demás —conjeturas, suposiciones, conspiraciones— carece de sentido. Ahora entiendo por qué es un médico tan apreciado, yo también me fío de él. Es como Shlomo, no promete lo que no puede cumplir.

—Se hace lo que hay que hacer —digo, mientras cierro los ojos y levanto la barbilla.

Y me parece oírlo suspirar.

Tumbada en la cama de casa, echo de menos el balancín que no se balancea.

Las náuseas eran más soportables delante del cielo que entre estas paredes de color arena.

Mi único consuelo es *Novembre*, que duerme encima de mi barriga. En la montaña, le gustaba más el sofá. Desde que estoy enferma le tengo más cariño, pero la verdad es que nunca le había hecho demasiado caso. Es un gato con poca personalidad. Ronronea mucho y maúlla para que le abramos el grifo cuando quiere beber, pero por lo demás tiene una mirada apagada. No se parece a mi anterior gato, Marcello, que tenía unos ojos risueños y nos deleitaba con sus numeritos: parar pelotas, jugar con cualquier objeto pequeño, tenderse de espaldas para mostrar la barriga, subirse a los muebles, meterse por debajo de mis mantas... *Novembre* también hace todas esas cosas, pero solo de vez en cuando y menos convencido. Es un gato soñador, pero por primera vez en siete años tengo la sensación de que nuestra relación es más profunda. Él no ha cambiado, pero ahora que yo me siento más débil y necesitada, y que paso más tiempo en casa, le agradezco su perseverante afecto. Me sigue a todas partes y si me siento o me tumbo, él se acomoda encima de mí y empieza a ronronear.

—Es porque es viejo —dice Marco.

Él y Marco creen que la juventud es un activo, que el mundo se divide entre viejos y jóvenes y que todos los que tenemos más de veintisiete años somos viejos. Según el cálculo de la vida de los gatos, *Novembre* tiene cuarenta y nueve años, como yo. Una momia.

Luca también es una certeza. Me escribe continuamente cosas que ya no estoy acostumbrada a que me digan. Que soy guapa, simpática, que le gusto. Habla de mis pecas, del color de mis ojos, de mi nariz y de mis rodillas.

Me pregunta cómo me encuentro, de qué humor estoy, si me duele el brazo. Se preocupa si no sabe nada de mí durante tres horas. Desde que murió mi madre, nadie se preocupaba tanto por mí.

Bromea y me dice que él es mi servidor y yo su dama, que el nuestro es un «amor cortés», que su deber es complacerme, serme fiel y ensalzar mis virtudes.

Luca tiene la quimioterapia dentro de unos días. Hemos decidido vernos de aquí a dos semanas, cuando yo vaya a Turín para un encuentro del Círculo de lectores fijado ya hace mucho. Ese día deberíamos estar bien los dos: a estas alturas, el malestar ya no dura más de una semana.

Le tomo el pelo diciéndole que podría ser su madre. Responde que el único problema entre nosotros es que él es un muerto de hambre. Mantenemos largas conversaciones telefónicas. Hacía años que no hablaba tanto por teléfono, pues normalmente envió mensajes. Nos llamamos cuando Shlomo no está, aunque en realidad no está casi nunca.

No me siento mal por no hablar de Luca con Shlomo. Total, ¿qué iba a decirle? ¿«Hay un chico que me llama, dice que soy guapa, nos hemos hecho amigos»? Shlomo pensaría que Luca me tira los tejos y no le faltaría razón. Pero no estoy dispuesta a renunciar a Luca, así que es mejor que no diga nada.

—No hay que tomar decisiones en tiempos de guerra —me ha dicho la doctora Parenti cuando le he contado que el director al que leí mi monólogo quiere dirigirme y que yo voy a rechazar su oferta—. Espere a decir que no, posponga la decisión, puede que dentro de un tiempo le guste la idea de tener un proyecto nuevo —me ha aconsejado.

Es sabia y tiene razón, pero la oferta del director me ha provocado ansiedad y me siento más tranquila si la rechazo de inmediato. Nunca se me ha dado bien tomarme un tiempo y posponer las decisiones, excepto con Luca, pero ni él ni Shlomo me piden que decida nada y yo siento que no tengo nada que decidir.

La frase de la doctora, sin embargo, se me ha quedado grabada: «No hay que tomar decisiones en tiempos de guerra». Ni en el trabajo ni en el amor.

Marco ya ha empezado el colegio. Se ha apuntado a judo, pero a cambio ha dejado el atletismo. Todas las tardes tiene alguna actividad: lunes y miércoles guitarra, martes y jueves judo. Los viernes los tiene libres y aprovecha para ir al cine o al parque con sus amigos. Nunca hace los deberes, dice que le basta con estar atento en clase. Giò tiene este año la selectividad y finalmente se ha puesto a estudiar, así que está muy ocupado. Dos noches por semana juega al baloncesto y en cuanto tiene un momento libre, se pone los auriculares y ve en su ordenador alguna serie de televisión.

Los dos parecen tranquilos, alegres y entretenidos, de modo que estoy contenta. Nos vemos en la mesa; el resto del tiempo están encerrados cada uno en su habitación, a menos que hayan salido. Necesitan que yo esté aquí, verme igual que siempre pero sin pasar demasiado tiempo conmigo. Y yo también necesito que me dejen el tiempo necesario para lamerme las heridas.

Estos días, Shlomo está haciendo un trabajo que le gusta: una villa en el lago de Como, para un matrimonio estadounidense. Se marcha temprano y vuelve tarde. Solo deja de trabajar para acompañarme al hospital el día que tengo quimio; el resto del tiempo, incluidos sábados y domingos, trabaja. Solo Franz, desde Berlín, llama más que de costumbre. Me envía fotos, links de canciones, me pregunta cómo estoy. De nuestros hijos, Franz es el más sensible. Yo lo tranquilizo, me hago la loca, no le doy cuerda. Pienso que es una suerte que los otros dos —tres, contando a Shlomo— no hagan como Franz, porque entre todos me asfixiarían.

Pero el único que de verdad tiene tiempo para mí es el gato *Novembre*. Le rasco la cabeza entre las orejas hasta que hay pelo suyo por todas partes.

A mí el pelo ya se me ha caído del todo y he decidido ponerme una peluca: este verano he podido ir pasando con pañuelos y gorros, pero ahora mis turbantes llaman demasiado la atención y aún no me siento preparada para compartir lo que me está ocurriendo. Quién sabe si llegaré a estarlo algún día.

He pedido hora en un centro que se dedica a las prótesis fijas de pelo natural.

—Son extensiones, como las que llevan las actrices —me ha dicho por teléfono el responsable.

Ojo con usar los términos «peluca» o «prótesis». Yo, en cambio, tengo claro que ahora, además de un pecho falso, también llevaré pelo falso. Tengo la sensación de entender a quienes han perdido un miembro. Nunca me ha hecho falta llevar gafas ni aparato en los dientes, pero ahora que me estoy disfrazando de mí misma, ahora que he perdido para siempre la sensibilidad en un pecho, en la axila y en la parte superior del brazo, empiezo a entender a los discapacitados. La verdad es que antes los consideraba distintos a mí, por mucho que me mostrara natural y desenvuelta cuando tenía que relacionarme con alguien que iba en silla de ruedas o con muletas, o que llevaba audífono. He aprendido que las discapacidades pueden afectar a cualquiera.

Y ahora que estoy calva, que tengo un pecho de silicona y un brazo defectuoso... ¿soy menos yo misma? Aunque de vez en cuando el malestar me mantenga prisionera, después de la primera quimioterapia no ha vuelto a

sucedirme lo de no sentirme yo misma. El dolor extremo secuestra tu identidad, pero el que se puede soportar se soporta y casi se olvida. Lo que espero no olvidar nunca es que existe un mundo paralelo de enfermos que viven junto al mundo de los sanos. No hay ninguna diferencia entre enfermos y sanos, excepto una: que los enfermos tienen más ganas de vivir.

Las tres de la tarde y Luca aún no ha llamado ni ha enviado ningún mensaje, ni tampoco ha contestado a los míos: no había ocurrido nunca, desde el día en que vino a verme a la montaña, ya hace casi tres meses. Normalmente me escribe por la mañana, varias veces, luego llama a la hora de comer. Y si no llama, escribe. ¿Qué le habrá ocurrido? ¿Ya no me quiere? ¿O no puede llamarme? La ansiedad se ha despertado y me muerde el pecho.

Me doy cuenta de que nuestra amistad, que parece haberse convertido en algo vital para los dos, depende del móvil. No tenemos amigos en común, ni lugares en los que podamos encontrarnos casualmente. No sabría a quién pedir noticias de Luca, a no ser que llamara a su instituto. Tendría que ir a buscarlo en persona.

Ni siquiera tengo su número de casa, suponiendo que tenga fijo. No frecuenta las redes sociales, no sé cómo se apellida su madre. Se me ocurre entonces que tampoco me sé su móvil de memoria: si perdiera el teléfono, no sabría cómo llamarlo. Voy enseguida a coger mi móvil y apunto su número en una pequeña agenda que tengo en la cocina, donde anoto los números imprescindibles: emergencias, policía, centro de toxicología, bomberos y, ahora, L.P.

Lo único que tengo para buscar a Luca es su número de teléfono y su dirección de correo electrónico.

Pienso en nuestro último intercambio de mensajes, ayer por la noche. Los borré de forma automática, pues nuestros mensajes son cada vez más íntimos y si Shlomo los leyese, se quedaría atónito.

Antes de desearnos buenas noches, hablamos de la terapia hormonal que me ha prescrito el oncólogo y que debo empezar en cuanto termine la quimioterapia. Le dije que me volveré vieja y gorda de golpe, que me crecerá una barriga de gorrión, que me saldrán arrugas y me colgará la piel, y que tendré los sofocos de la menopausia. Su respuesta fue: «¿Te reducen los estrógenos? ¡Qué gran noticia! Por fin te volverás tratable y coherente». Luego añadió: «Es broma: nada puede mejorarte, mejor de lo que estás es

imposible. Pero también es verdad que si envejeces un poco, te parecerás más al resto de los humanos».

¿Habrá cambiado de idea? ¿Se habrá dado cuenta de que está dando esperanzas a una mujer en declive? ¿O tal vez ayer vio a alguna de sus dos novias y ahora está con ella? No recuerdo si el miércoles trabaja. No sé casi nada de sus actividades. Se queja a menudo de las clases, de los alumnos ignorantes y de los colegas aburridos, pero sin dar demasiados detalles.

Son las seis de la tarde y Luca todavía no me ha escrito. Si mañana aún no he sabido nada de él, ¿qué hago? He encontrado el número del instituto en el que trabaja, intentaré llamarlo allí. Estoy nerviosísima.

A las nueve, Luca aún no ha contestado. Le envió el tercer mensaje: «Si ya no me quieres, paciencia, pero al menos dime que estás vivo, estoy preocupada».

¿A qué hora se podrá llamar al instituto, a las nueve de la mañana? ¿Y si me dicen que no saben dónde está? Ni siquiera tengo su dirección, solo sé que vive en una buhardilla cerca de la plaza Bodoni y que debajo de su casa hay un cine.

¿Se habrá encontrado mal?

¿Y si llamo a nuestro hospital? No, jamás me darían información sobre otro paciente y mucho menos a estas horas.

¡Sabry! Ella me ayudará. Le diré que Luca y yo nos hemos hecho amigos, pero que he perdido su número de teléfono. Sí, le diré que me han robado el teléfono. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Sabry es la solución. Pero yo no necesito el teléfono de Luca, lo que necesito es la dirección de su casa. ¿Me la dará? Sabry sí, pero a cambio de explicárselo todo. O no, le diré que tengo que enviarle un regalo, que es una sorpresa.

Debo de tener un aspecto raro, porque cuando me estoy desnudando para meterme en la cama, Shlomo me pregunta si me encuentro bien.

Le respondo que sí, que solo me duele un poco el brazo. Lo saludo con un beso en la mejilla, él se vuelve hacia la pared y después de dos minutos me doy cuenta, por su respiración, de que ya duerme. En algunos momentos, es una ventaja que Shlomo me dedique tan poca atención.

Me trago medio Xanax: no lo hacía desde que me operaron, cuando los drenajes me impedían conciliar el sueño. Me duermo mientras consulto en el móvil los horarios de trenes a Turín.

Me despierto a las siete, descansada y relajada. Gracias al Xanax, he dormido muy bien. Cuando descanso así, me siento otra persona.

Tras unos cuantos segundos despierta, recuerdo la desaparición de Luca. Consulto el teléfono: no hay mensajes. Menos mal que anoche me tomé el Xanax.

Decido prepararme un té negro antes de llamar a Sabry. Aún no puedo tomar café, que me gustaba mucho, pero necesito despertarme un poco.

Shlomo duerme. En la cocina solo está *Novembre*, que se me restriega contra las piernas. Marco y Giò llegarán dentro de diez minutos, mudos y pálidos como zombis. Ayer por la noche les dejé el desayuno preparado en la mesa: lo único que hago ahora es sacar la leche de la nevera para Giò y pelar y cortar un kiwi para Marco, que está resfriado y necesita vitamina C. Abro el grifo del agua corriente para *Novembre*.

Me descargo la prensa en el iPad y me preparo tostadas sin levadura y compota de arándanos sin azúcar. La única trasgresión será la miel que me voy a poner en el té.

El primero en llegar es Marco. Se ha engominado el pelo, lleva unos vaqueros rotos a la altura de las rodillas y una camiseta fina que yo solo me pondría en agosto para ir a la playa. El Xanax es útil también en estas situaciones: en lugar de recibirlo con un «Ponte una sudadera», le digo que con ese peinado está muy guapo.

Giò va con prisas, entra en la cocina abriendo de golpe la puerta, no se sienta, coge una manzana del aparador y se marcha.

—Adiós, mamá, hoy no vuelvo a mediodía, comeré un bocata con los de la asociación.

Si Giò está dispuesto a comerse un bocata y renunciar a un primero y segundo con guarnición, significa que la asociación esa lo apasiona de verdad.

Acompaño a Marco hasta la puerta de casa y, sin que yo tenga que decir nada, lo veo ponerse una sudadera gris gigantesca. Me da un beso en la

mejilla, como si quisiera agradecerme que no lo haya reñido por ir poco abrigado.

Son las ocho: ¿será demasiado pronto para llamar al hospital?

Decido esperar a que Shlomo salga de casa.

Voy a leer la prensa en el estudio y me llevo el té. *Novembre* me sigue y en cuanto me siento se me sube a las rodillas. Poco después oigo a Shlomo levantarse, abrir las contraventanas, ir al baño y poner música a un volumen altísimo. Cualquiera otro día, me molestaría que fuera a ducharse sin darme siquiera los buenos días, pero esta mañana no me importa, lo único que quiero es que salga de casa lo antes posible.

Cojo el teléfono para buscar el número del hospital de día, donde espero encontrar a Sabry.

Tengo un mensaje de Luca de hace diez minutos: no lo he oído porque anoche bajé el sonido.

Dice: «¿Cómo estás, amor mío? Ayer no me funcionaba el teléfono, estaba muerto o bloqueado, y yo desesperado, no sabía qué hacer, no había apuntado tu número en ninguna parte, pasé un día horrible, estuve a punto de ir a Milán, pero ni siquiera sé dónde vives. Y esta mañana, milagrosamente, se ha desbloqueado. ¡Gracias a Dios! ¿Estás sola? ¿Puedo llamarte?».

Nunca me había llamado «amor mío». La emoción de encontrarlo de nuevo y de leer sus palabras perfora la serenidad química del Xanax. Soy feliz.

Algunas cosas no puedo contárselas a Luca. Por ejemplo, que he empezado a envidiar a los viejos. Leo en el periódico la noticia de una partisana que ha muerto a los cien años y pienso: «Ya era hora».

Mis amigos me hablan de sus padres nonagenarios, más o menos lúcidos pero vivos, y pienso: «¿Por qué ellos sí y yo no?». Cuarenta años más de vida no son precisamente pocos.

Leo sobre escritores y premios Nobel que pasan de los ochenta, directores de orquesta, ex jefes de Estado, ex nazis, directores viejísimos que aún trabajan, y reflexiono sobre el hecho de que nunca llegaré a su edad. O, por lo menos, es lo que yo pienso: tarde o temprano, el tumor vuelve y te mata. Me doy cinco años, diez como máximo. No llegaré a los sesenta.

No puedo hablarle de todo eso a Luca, que tiene diecisiete años menos que yo, porque sería lo mismo que decirle que a mi edad estará muerto.

No sé muy bien si su tumor tiene más recidivas que el mío, pero el hecho de que Luca sea joven no ayuda: cuanto antes enfermas, antes mueres.

Desde que estuvimos desconectados un día entero, hemos decidido que cada uno debe hablar del otro a un amigo, y que tenemos que intercambiarnos el número de la persona a la que llamar en caso de algún accidente o contratiempo.

Yo he decidido darle el número de mi hermano Piero, porque sé que nunca se le escapará nada delante de Shlomo. Está acostumbrado a omitir y mentir, pues tiene una amante desde hace más de diez años. Es una compañera de trabajo, abogada como él, y se quieren, aunque ni él ni ella están dispuestos a dejar a sus respectivas familias. Se ven un par de noches por semana en casa de ella, que vive en Varese pero tiene un pequeño estudio en Milán para cuando se queda a dormir en la ciudad por trabajo.

Cuando le hablo a Piero de Luca, me dice enseguida que si algún día necesito el estudio de Antonella nos lo pueden prestar. Parece alegrarse de que yo también lleve una doble vida, como él. Cuando le cuento que Luca y yo nunca hemos hecho el amor, me mira como si estuviera loca.

Me siento como si tuviera que pedir disculpas.

—No se nos ha presentado la ocasión —le digo.

No tengo valor para contarle que ni siquiera nos hemos besado. Le doy el número de Luca y le explico que si me atropella un coche o me sucede algo que me impida telefonar, tiene que enviarle un mensaje a Luca.

—¿Recuerdas lo que hacíamos con mamá, cuando teníamos que estar siempre localizables? Vale, pues tú imagina que Luca es como mamá.

Piero parece sorprendido, pero sé que en caso de necesidad hará lo que le he pedido. Es un mentiroso, un traidor y un oportunista, pero también la persona más fiable que conozco. El método Gemma lo volvió sensible a las debilidades de los demás. A su manera, posee un gran sentido del deber, como yo.

Luca me ha dado el número de una vecina que es muy amiga suya. Se llama Lissandra, vive en el edificio de enfrente y trabaja en el bar del cine que está debajo de la casa de Luca. «Llámalas si alguna vez no me encuentras. Su ventana está justo delante de la mía. Y cada vez que salgo de casa, la saludo a través de la cristalera del bar. Si me pasa algo, ella será la primera en saberlo».

Sonrío ante la idea de que en Turín exista una Lissandra que está al corriente de lo importantes que somos Luca y yo el uno para el otro.

Mi hermano no cuenta. Piero me conoce muy bien, sabe que soy capaz de todo y más. Y aunque le tiene cariño a Shlomo, cree que me hace sufrir demasiado y la idea de que nos separáramos no le desagradaría del todo, excepto por los niños.

Él y Teresa no tienen hijos. Compraron una casa en Monferrato, a la que Teresa se ha ido trasladando poco a poco para cultivar sus rosas antiguas. Tiene quinientas variedades de rosas y trabaja todo el día, de sol a sol: poda, planta, abona... Por cada rosa tiene una historia que contar. En invierno se pasa tres meses subida a una escalera para cortar trepadoras y sarmentosas. Pese a lo mucho que trabaja, le ha salido barriga porque prepara tartas, bebe vino y come lo que le apetece. Somos de la misma edad, pero ella tiene el pelo gris, lleva gafas y parece mucho mayor que yo. Ella y Piero solo se ven durante el fin de semana y se llevan muy bien. Creo que Teresa sabe lo de Antonella, que es diez años más joven, y también creo que no está celosa. Tal vez piense que la existencia de Antonella le permite hacer lo que a ella le gusta: ocuparse del jardín, engordar y dejar de teñirse el pelo. Sospecho que la terapia hormonal me hará parecerme a ella, a una anciana. Pero aún no me siento preparada, por mucho que envidie su serenidad.

Piero hace todo lo que puede para que Teresa no sepa nada de Antonella. Pasa con ella todas las vacaciones, la llama todos los días por la mañana y por la noche... Es un marido muy atento: creo que después de haberse criado con nuestra madre es hipersensible a los estados de ánimo femeninos y que le está agradecido a su esposa por ser tan equilibrada y tener tan buen carácter. Teresa lo reconforta, Antonella en cambio le gusta. Y yo le preocupo, aunque esté acostumbrado a mis excesos.

Por suerte, está muy entretenido con la frenética vida que lleva: trabaja muchísimo y se ocupa de dos mujeres. Para ser hijos de Gemma, la verdad es que tampoco somos tan infelices.

La mujer de Thai Sinopoli me ha invitado a comer.

—Solo nosotras dos —ha especificado.

No se me ha ocurrido ninguna excusa para no ir.

Conservo un buen recuerdo de Marina Sinopoli y de su mirada sincera. Y aquí estoy, subiendo de nuevo la escalera de su casa como hace cuatro meses.

Pienso en mi yo de entonces y tengo que reconocer que he cambiado. Soy más consciente de lo que quiero, estoy menos dispuesta a sufrir, menos confusa. Antes de enfermar, sabía perfectamente lo que quería; la diferencia es que no lo hacía.

Pienso de nuevo en aquel día. Me puse un vestido incómodo y sandalias altas, de tacón, y sentía ansiedad por algo que ni siquiera quería, como si mi valor dependiese de la opinión de Thai. Como si tuviera veinte años en lugar de casi cincuenta.

Llamo al timbre y oigo los ladridos de un perro; un segundo después, Marina abre la puerta. Está tan radiante como la recordaba. Guapísima. Ella también lleva gafas y tiene el pelo gris, como Teresa, pero el suyo es liso y brillante. Las gafitas ovaladas de montura metálica le dan el aire de una intelectual centroeuropea en la Viena del siglo xx. Marina es tan alta como yo y delgada. Da la sensación de que ha combinado prendas sacadas al azar del armario, pero el resultado es fascinante. No sé por qué quería verme, pero con ella me siento cómoda, a diferencia de lo que me ocurre con su marido.

—El monstruo sagrado está en Roma durante toda la semana —dice sonriendo—, así que hoy podemos comer en paz.

Ha colocado un mantel blanco y platos rústicos de color trigo en una pequeña mesa ovalada, junto a la ventana que da a la iglesia de la plaza de enfrente. Es una plaza por la que he pasado mil veces para ir al parque de aquí al lado, cuando los niños eran pequeños, o para comprar telas en una tienda de toda la vida que está justo debajo de su casa, pero es una plaza tan bonita que no imaginaba que se pudiera vivir aquí. No sé por qué siempre le he puesto límites a la belleza, como si a mí no se me hubiese concedido demasiada.

Como si me estuviera prohibida, aparte de la belleza de la naturaleza, que es de todos. Cuando era joven, los sitios y ambientes lóbregos me parecían fascinantes porque me hacían sentir en comunión con el mundo real, y no me dejaba seducir fácilmente por las cosas bonitas pese a que hubiera podido hacerlo.

Este apartamento, en cambio, está repleto de cosas bonitas, de libros viejos, de cuadros extraños, de alfombras de colores y de pequeñas esculturas. El suelo es de madera de cerezo. Sobre los sofás blancos duermen tres perros: un setter, un perdiguero y un mestizo blanco, de talla mediana y pelo hirsuto. Están tumbados entre cojines de terciopelo de todas las tonalidades del azul violeta. Una gran puerta de cristal y madera blanca que está abierta da a una estancia llena de lienzos y caballetes, como si fuera el *atelier* de un pintor.

Sobre la mesa, entre los vasos de vidrio soplado azul, hay un pequeño jarrón de cristal lleno de rosas de distintos colores, cortadas de un jardín. Las huelo. Desprenden un perfume a melocotón, como algunas de las variedades que cultiva Teresa.

—¿Cómo estás? —me interroga Marina observándome.

Me pregunto si se habrá enterado por alguien o si mi turbante de color rosa ha despertado sus sospechas. Mañana voy a ponerme las extensiones, sean lo que sean.

—Bien. ¿Y tú cómo estás?

—¿Por qué no quieres trabajar con Thai para tu monólogo? —desea saber de repente, sin preámbulos.

De un cuenco de madera sirve la ensalada mezclada con hinojo, naranja, almendras y pequeñas flores amarillas, discretamente aliñada con una salsa de yogur y mostaza. En la mesa hay una jarra de agua con una rama grande de cedro.

Mastico una almendra antes de contestar.

Marina me cae bien, no me apetece contarle mentiras. En realidad, no quiero contar más mentiras a nadie.

—Tengo miedo —contesto.

—Eso ya lo sabía. Pero Thai siente mucha curiosidad y este verano ha devorado tus libros. Dice que te necesita.

Mastico una rebanada de pan de aceitunas. Podría decirle a Marina que me estoy recuperando. Me gustaría decirle que descubrí la enfermedad justo después de entrevistarme con ellos. En cierto modo, tiene relación con ellos. Pero no sería verdad: si no quiero trabajar con Thai, no es por el tratamiento.

Tengo miedo de que me agote. Es tan enérgico, carismático y fascinante... Demasiado.

—Tengo miedo de que Thai sea demasiado absorbente. No sé si me veo capaz de trabajar con alguien que sabe más que yo. Creo que no me apetece —respondo.

Ella curva la comisura de los labios en una especie de gesto burlón. Parece divertida.

Me fijo en que luce un espléndido anillo antiguo en el anular derecho, junto a la alianza. Es una pequeña esmeralda cuadrada rodeada de brillantes.

—¿Te ha pedido él que quedaras conmigo? —le pregunto.

—No. Sentía curiosidad. No es muy frecuente que alguien no quiera dejarse dirigir por Thai. O, por lo menos, hasta ahora nunca había pasado. Y, además, tenía ganas de volver a verte. El día que viniste aquí irradiabas una especie de luz misteriosa.

Recuerdo que al salir de su casa me sentía inquieta. El entusiasmo de Thai por mi monólogo me había alterado. Entré en una tienda cercana a probarme biquinis y compré tres, idénticos, que nunca he llegado a ponerme. Cuando encuentro una prenda que me gusta, y no sucede demasiado a menudo porque casi nunca tengo tiempo ni ganas de ir de compras, me compro dos o tres iguales, en distintos colores. Me entra la ansiedad de equivocarme de color, por lo que tiendo a exagerar. Luego me pongo siempre el mismo color. Me había pasado lo mismo con las sandalias que llevaba la otra vez que vine aquí: unos días antes, me había comprado dos pares en una tienda cercana, unas negras y las otras grises. Después de aquella vez, no me las he vuelto a poner.

—¿Y si me niego?

—Quiere entrar en tu mundo, ver qué es lo que te mueve. Cuando se le mete algo en la cabeza, se vuelve obsesivo.

—Eso no me tranquiliza —respondo sonriendo.

Las palabras de Marina me intrigan. ¿Quién soy yo para negarme a trabajar con Thai Sinopoli? Y, sobre todo, ¿acaso no resultaría divertido?

Marina ha traído a la mesa una copa llena de alquequenjes para mojar en una salsa de chocolate fundido.

Se lo digo.

—La verdad es que solo me apetece hacer cosas divertidas. No tengo ganas de esforzarme. Es una fase.

—Haces bien —dice ella—, pero creo que con Thai te divertirías.

—¿Por qué?

—Porque sí. A él le atrae tu trabajo, y también le atraes tú. Como autora, ¿eh? Somos monógamos, no vayas a pensar cosas raras.

Marina abre la ventana y enciende un fino cigarrillo blanco. Es guapísima y elegante, no me extraña que Thai le sea fiel. Tiene un aire seductor, una gracia misteriosa.

—¿De dónde eres? —le pregunto.

—De Nova Gorica.

—Ahora lo entiendo.

—¿El qué?

—Me parecías poco italiana.

—En realidad, mi familia es de Gorizia. En el 47 estaba allí instalada, no sé cómo. Nos trasladamos a Milán unos años más tarde.

—Ni siquiera sé a qué te dedicas.

—Era modista, ahora estoy jubilada y me dedico a pintar esos cuadros horrorosos que ves colgados por ahí.

—Pues a mí me parecen bonitos. ¿Jubilada? —pregunto, perpleja.

—Tengo sesenta y seis años. Diecisiete más que Thai. Cuando nos conocimos, yo trabajaba con la diseñadora de vestuario de uno de sus espectáculos.

¿Diecisiete años de diferencia? ¡Como entre Luca y yo!

Marina parece tener mi edad, o un par de años más. Y, en cambio, es mucho mayor que yo. Y también mucho más guapa.

—¿Qué edad teníais cuando os conocisteis? —pregunto, sin poder evitarlo.

—Thai tenía veintiocho y yo cuarenta y cinco. Tardé un poco en confiar en él, pero al final dejé a mi marido. No podía evitarlo, tenía que estar con Thai: estamos hechos el uno para el otro.

De repente, comprendo por qué estoy aquí: Marina tiene un mensaje para mí. Se puede amar a un hombre mucho más joven. Y, sobre todo, se puede ser feliz a su lado. El amor que no duele existe.

Me siento como si hubiera bebido vino en lugar de agua con cedro.

Marina me sonrío con curiosidad.

—¿Estás bien? —me pregunta—. ¿Quieres un café?

No sé qué cara debo de haber puesto.

—No bebo café desde el 3 de agosto —le respondo, sin explicar los motivos. Ella no me pregunta nada.

Recuerdo en ese momento que el día de la primera quimioterapia fue el día en que conocí a Luca. Tres de agosto. Hoy es 3 de octubre. Solo han

pasado dos meses. Y dos meses antes supe que tenía un tumor.

En cuatro meses ha cambiado todo y no ha cambiado nada. Sigo siendo yo, solo que tengo un pecho falso, se me ha caído el pelo y siento una gran necesidad de ser yo misma. ¿Sería yo misma sin Shlomo? ¿Y junto a un chico diecisiete años más joven que yo?

«No hay que tomar decisiones en tiempos de guerra». No debo olvidar las palabras de la doctora Parenti.

Esta noche veo a Luca. Mañana por la mañana tengo el encuentro del Círculo de lectores y los organizadores me han reservado habitación en un hotel, pero antes cenaré en su casa.

—¿Tienes zapatero en tu casa? —me ha preguntado por teléfono.

—Algo así, ¿por qué? —le he contestado.

—Solo quería prepararte para que sepas que mi casa es igual de grande que tu zapatero.

Viene a buscarme a la estación, algo que Shlomo solo ha hecho una vez en quince años.

No puedo dejar de establecer comparaciones entre Luca y Shlomo, de preguntarme si podría o debería dejar a mi marido y probar cómo me va con Luca. Luego me digo que en tiempos de guerra se permite todo, que existen leyes especiales. Que puedo coquetear con Luca y quererlo y, al mismo tiempo, estar bien con Shlomo.

Le he dicho a Shlomo que ceno en casa de Luca.

—Si os hacéis novios, acuérdate de avisarme antes —ha dicho.

Antes de llegar, voy al lavabo del tren a ponerme un poco de polvos faciales y corrector de ojeras. A estas alturas, el bronceado ya ha desaparecido, pero el pelo nuevo me sienta bien. Es del mismo color rojizo que el mío, pero más liso, como yo siempre había querido tenerlo. Me transformaron en apenas cuatro horas. Shlomo me dijo que parecía más joven y creo que hasta se emocionó un poco al verme otra vez con pelo. No había hecho ningún comentario acerca de mi calvicie, a excepción de la primera vez que me vio sin pañuelo y dijo: «Podría ser peor». Unas pocas semanas antes, ese comentario me habría ofendido, pero desde que pienso en Luca, la rudeza de Shlomo ya no me hace sufrir tanto.

Hemos quedado al principio del andén. Veo su gorra desde lejos, pues es mucho más alto que todas las personas que esperan en el andén. Mientras me acerco, intuyo que ya no tiene pelo, ni barba. Está aún más delgado, pero

sigue siendo guapísimo, con esos hombros anchos y esos ojos de etrusco. Me sonrío.

—¡Sorpresa! —canturrea, al tiempo que se quita la gorra.

Se ha rapado al cero y ahora casi parece mayor que yo. Él también se ha dado cuenta.

—Ese peinado te quita otros diez años, no es justo. Estoy celoso.

—Háztelo tú también, en pocas horas volverás a ser el de antes —le dijo.

—Tontorrón, estoy celoso porque estás muy guapa, no porque ahora seas más guapa que yo. Siempre lo has sido.

—Estás loco, pero mejor así —le digo mientras le cojo el brazo.

Es la primera vez que nos vemos en la calle de una ciudad. Luca lleva una chaqueta negra de cuero, pantalones negros de pana y botas. Yo también llevo botas, con un poco de tacón, y somos igual de altos. Cuando salgo con Shlomo siempre me pongo zapatos planos, para no ser más alta que él.

Hace tres semanas y una quimio que no nos vemos. La última vez, él aún tenía el pelo largo y yo estaba casi calva. Me coge la bolsa y dice:

—¿Vas bien abrigada? He venido con la Vespa de uno de mis alumnos.

—¿Sigues con esa costumbre tuya de explotar a tus alumnos? —bromeo.

—A la fuerza —responde—. Por cierto, prepárate, hace días que tengo a la madre de un alumno pullés cocinando para ti.

—Pero yo pensaba que íbamos a comer galletas y a beber ron, como los piratas.

Me pone el casco despacio.

—¿Te molesta? —pregunta.

—Ni lo noto —digo, enderezando los hombros, pero me gusta que me lo haya preguntado.

Muy despacio, tira de un mechón de pelo que se me sale por debajo del casco.

—Mi sueño siempre ha sido ligarme a un transexual con peluca y tetas de silicona.

—Tú ríete, pero así es exactamente como me siento.

—Basta, que me pongo cachondo.

—Serás tonto...

Luca arranca. Está casi oscuro, son las siete y hace frío.

Qué bonito es Turín. Tiene el ritmo, el olor y el sonido de una ciudad pequeña, por lo menos a esta hora. Las luces de las farolas iluminan tenuemente las aceras mojadas por la lluvia de esta tarde. Llegamos al centro, justo debajo de casa de Luca, en menos de diez minutos.

No consigo desabrocharme el casco y levanto la barbilla para que lo haga él. No se ha vuelto a poner la gorra y sin pelo lo veo distinto, más maduro y viril. Me gusta aún más que antes.

—¿Tu amiga Lissandra está en el bar?

—Sí, mañana te la presento.

—¿Y por qué no ahora? Esta noche duermo en el Vittoria, mañana por la mañana me reúno con los estudiantes y luego me voy.

—A lo mejor te quedas conmigo para siempre.

—No te lo aconsejo. —Sonrío.

Se para con el casco en la mano, como si de repente hubiera recordado algo importante.

—Me siento tan bien contigo... —dice.

—Yo también, ¿sabes? —le contesto.

En ese momento aparece una ambulancia al final de la calle, con la sirena puesta, y se acerca con un aullido cada vez más ensordecedor.

Y nos besamos allí mismo, delante de la cristalera del bar del cine, delante de esa Lissandra a la que ni siquiera he visto aún, bajo la luz de la farola, con los cascos en la mano y mi bolsa entre ambos, con la cabeza vacía de pensamientos mientras el aullido de la sirena nos envuelve. Nos besamos porque no podemos evitarlo y porque en este momento no hay nada más importante.

Subimos a pie las cinco plantas del edificio. Es un edificio antiguo, imponente, sin ascensor. Al llegar a la primera planta ya estoy cansada.

Luca me lleva de la mano, pero él también parece cansado por la subida.

Los descansillos están un poco abandonados y oscuros, ni mucho menos a la altura de la hermosa fachada.

Subimos despacio, sin soltarnos de la mano, inmersos en un silencio que tiene algo de solemne, como si estuviéramos subiendo los escalones de una iglesia para casarnos. Nos acompaña el sonido rítmico de los tacones de nuestras botas y de nuestra respiración.

No pienso en nada. Noto el estómago tenso de la emoción.

Luca abre la única puerta del último rellano, más pequeño y oscuro que los anteriores, y me deja pasar. Las luces están encendidas, aunque no hay mucho que iluminar: Luca vive en la casa de mis sueños, la buhardilla de huerfanita con la que yo fantaseaba de pequeña. Es un estudio muy pequeño en forma de L, prácticamente la mitad está ocupado por una cama de matrimonio con un edredón blanco. La luz entra por una minúscula ventana que da a los tejados de las otras casas. El techo, inclinado, es de viejas vigas sin pintar ni lijar.

En el lado largo de la L hay una pequeña nevera, un hornillo de tres fogones que descansa sobre un armario, una mesita de madera barnizada en blanco con dos sillas de taberna de las que tienen el asiento de paja. Sobre un estante veo unos cuantos platos, tazas y vasos. Y delante de la ventana, un escritorio rectangular rebosante de libros.

—¿Pensabas que era broma? —dice en voz baja.

—Es maravilloso. Ya sé que no me vas a creer, pero es la casa con la que soñaba de pequeña, solo faltan los cabos de vela y el ratoncito amaestrado.

—Están por alguna parte, mira en el cuarto de baño.

—¿También hay cuarto de baño?

Luca abre una puerta gris más baja que él y me muestra un cuarto de baño de dos metros por dos, como mucho: el suelo es de cemento, y consta de un

lavabo, un váter y un plato de ducha. Debajo del lavabo hay un cubo. El trapo y el mocho apoyados en un tragaluz provisto de barrotes indican que hay que recoger el agua del suelo después de ducharse. De la pared, encima del lavabo, cuelga un pequeño espejo. En la repisa del tragaluz hay un producto para limpiar el baño, una esponja, una vela grande y un vaso con un cepillo de dientes y un tubo de dentífrico.

—Es un váter de cárcel —dice Luca.

A los pies de la cama descansa un baúl de ropavejero. Me siento en él y miro a Luca, que ha colgado la chaqueta de cuero en un gancho que está detrás de la puerta. Yo aún no me he quitado el impermeable.

—Ron no tengo. ¿Vino o Coca-Cola? —pregunta.

En ese momento me suena el móvil. Está dentro de la bolsa y tardo un poco en encontrarlo. Es Shlomo. Shlomo no llama nunca, como mucho escribe un mensaje. Puede que mi cena en casa de Luca no le sea tan indiferente. Me incomoda hablar con él delante de Luca y me dan ganas de no contestar.

Pero contesto.

—Ey, ¿qué pasa?

Responde con voz baja y seria.

—Será mejor que vuelvas, tengo que marcharme esta noche a Roma. Mañana por la mañana salgo para Lagos en avión.

—¿Para dónde? —pregunto, convencida de no haber escuchado bien.

—Lagos, en Nigeria. Ben ha tenido un accidente, parece que grave, pero no he entendido nada. Marco se puede quedar esta noche con Giò, pero será mejor que mañana te encuentre aquí, al menos cuando vuelva del colegio.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué accidente?

Luca se ha quedado inmóvil mirándome, con la botella de vino en la mano y la frente arrugada.

—Me acaban de avisar de la embajada, no he entendido si ha sufrido un accidente o si lo ha atacado alguien, lo único que sé es que tengo que ir. Mañana por la mañana sale un avión desde Roma, tengo que irme enseguida.

—Te acompaño. Yo también voy. Salgo ahora mismo.

—Lea, cálmate. Tú tienes que quedarte con Marco.

—Yo he estado en África, tú no la soportas. Quiero ir contigo, te ayudaré, quiero saber cómo está Ben.

—Lea, aunque solo sea por esta vez, haz lo que te digo, ¿vale? —dice levantando la voz—. Tú no puedes ir a África. Llámame en cuanto sepas a qué hora llegas a casa, tengo que ir a coger el tren.

—Puedo pedirle a Piero que se ocupe de los chicos —insisto.

—¿Lea? —dice susurrando, como cuando se enfada—. No hablemos más, tengo que irme, adiós.

Luca ha dejado la botella sobre la mesa.

—¿Problemas? —pregunta.

—El padre de Shlomo. Es fotógrafo: estaba en Nigeria y ha tenido un accidente, tengo que volver enseguida a casa.

Estoy muy nerviosa. Hurgo en la bolsa sin saber qué es lo que busco. Miro a Luca, luego miro la puerta, me pongo en pie y me abrocho el cinturón del impermeable.

—¿Te llevo a la estación con la Vespa? —me pregunta.

—Sí, gracias —digo, mientras me retuerzo el pulgar entre el índice y el dedo medio.

Luca se pone la chaqueta y luego se me acerca, pero no consigo disfrutar de su abrazo. No tendría que estar aquí.

Bajamos la escalera deprisa, yo delante.

Al llegar a la calle, me doy cuenta de que ha empezado a llover.

—Será mejor que llame a un taxi —digo.

Luca no dice nada. Se queda quieto bajo la lluvia mientras yo me resguardo en una marquesina para llamar al radiotaxi. Lo veo bajar la cabeza, concentrarse en algo del suelo y luego levantar de nuevo la mirada. Me giro a derecha y a izquierda, ansiosa, para tratar de adivinar por qué esquina aparecerá el taxi, dentro de un minuto.

—Como quieras —responde.

Me observa mientras subo al taxi y levanta una mano como si se dispusiera a saludarme. Luego se la acerca a la boca, se acaricia la barbilla y vuelve a bajarla, sin sonreír. Ahora llueve con fuerza.

Metó la llave en la cerradura tratando de hacer el mínimo ruido posible, pero *Novembre* está sentado delante de la puerta, como siempre que vuelvo a casa. Supongo que oye el ruido del ascensor, pero no entiendo cómo sabe que soy yo.

La habitación de Marco está a oscuras, pero por debajo de la puerta de *Giò* se filtra luz. Llamo suavemente y entro.

Está sentado a su mesa con los auriculares puestos, a oscuras, leyendo algo en su portátil. Enciendo y apago la luz de la habitación para no asustarlo acercándome de repente por detrás.

—Eh, mamá... —dice, al tiempo que se vuelve hacia mí en su silla giratoria de piel.

La quiso como regalo de Navidad: es de IKEA, pero parece un sillón de director. *Giò* adora las comodidades.

No sé si *Shlomo* le habrá dicho algo de *Ben*. He intentado llamarlo desde el tren, pero saltaba el contestador: supongo que en el *Frecciarossa* que va a Roma no tenía mucha cobertura. Le he dicho que me llame en cuanto llegue, no creo que falte mucho. Le pregunto a *Giò* qué hace.

—Estaba mirando dónde está *Madagali* —responde.

Está pálido y parece cansado.

—¿*Madagali*? —pregunto.

—Es donde está el hospital de *Ben*.

Parece que sabe más que yo. Supongo que se disponían a cenar cuando han llamado de la embajada. Se me ocurre entonces que les había dejado la salsa de tomate preparada y también unos muslos de pollo con salsa, a saber si se los han comido. Me acerco, me inclino y lo abrazo por detrás. *Giò* es el hombre que más me tranquiliza en este mundo. No tengo dudas respecto a nuestro amor.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

Le tiene mucho cariño a *Ben*, lo mismo que *Marco* y *Franz*, aunque no lo vean mucho. O tal vez precisamente por eso. Nadie lo llama abuelo, solo yo

para burlarme de él.

—Bien, bien.

—¿Y Marco?

—Se ha ido a la cama hace un rato.

—¿Qué os ha contado Shlomo?

—Que Ben ha tenido un accidente o algo así y que está en no sé qué hospital del estado de Adamawa. Estaba mirando que Madagali queda más cerca de la capital de Camerún que de Lagos. Desde Lagos hay mil quinientos kilómetros, quería decírselo a Shlomo.

—Ah, muy bien. Pero supongo que Shlomo está haciendo lo que le han dicho los de la embajada. ¿Habéis conseguido averiguar cómo está Ben?

—No —dice al tiempo que me observa, preocupado—. ¿Y tú cómo estás? —pregunta.

No ocurre a menudo, pero el accidente de Ben lo ha puesto nervioso.

—Yo bien. El lunes tengo la próxima.

Giò sonrío con los labios apretados y asiente un par de veces, como si quisiera convencerse de que va todo bien.

—Y ahora a dormir, si no mañana por la mañana parecerás un zombi, ¿vale?

—Vale, buenas noches, mamá.

Cierro despacio su puerta para no molestar a Marco, que duerme en la habitación de enfrente, cuelgo el impermeable y me voy a mi habitación seguida de *Novembre*. Me quito los zapatos y me tumbo en la cama. Estoy preocupada. Llamo a Shlomo y esta vez responde.

—Hola, me acaban de llamar otra vez, buenas noticias —dice rápidamente.

—¿Qué te han dicho?

—Que Ben se ha roto la pierna y el brazo izquierdos, pero que no tiene nada grave, es el conductor el que ha salido peor parado, aunque menos de lo que parecía al principio. De todas formas salgo mañana por la mañana, voy a recogerlo.

—Menos mal —suspiro.

Casi no me lo creo. Por la voz de Shlomo, imaginaba que iba a ser algo mucho peor. Me he pasado todo el viaje en tren desde Turín temiendo que Ben hubiera fallecido.

—Sí, menos mal. Oye, estoy muerto, mañana el viaje es larguísimo. Me quedo a dormir en casa de Jan.

Jan es un amigo suyo israelí que trabaja como periodista en Roma. Es su único amigo israelí.

—Pero ¿has averiguado qué ha pasado?

—Solo que estaba haciendo un reportaje sobre las jóvenes secuestradas por Boko Haram. El jeep ha volcado en una pista de tierra. No sé nada más. Te dejo, que mañana salgo de casa a las seis. Explícaselo a Marco cuando se despierte, esta noche estaba nervioso.

—Y Giò también. Mañana dame más detalles cuando veas a Ben. Un beso, buenas noches.

Me levanto para ir a tranquilizar a Giò, pero veo que ha apagado la luz. Ya se lo contaré mañana por la mañana.

Vuelvo a estirarme, cojo aire y lo expulso para liberarme de la sensación de opresión que noto en el pecho desde hace horas. *Novembre* ha subido a la cama de un salto y me observa.

Ben es la única persona de la familia de Shlomo con la que mantengo una relación natural y espontánea. Con Shlomo, Sin y Franz tengo que pensar, adaptarme, pero con Ben todo resulta fácil siempre. Me lo imagino en el hospital nigeriano, con la pierna y el brazo enyesados, haciéndose amigo de médicos y enfermeras, encontrando la forma de ayudar a otros pacientes, dejando en todos ellos un recuerdo indeleble. Conseguirá divertirse incluso allí.

Noto una sensación de calor entre el pecho y el estómago. Como si de repente me diera cuenta —después de años dedicados a idealizar mi infancia, a procesar el luto por mis padres, a comparar su calidez con la aparente frialdad de Shlomo— de hasta qué punto mi marido y mis hijos son mi verdadera familia y mi vida entera. Hasta qué punto nos han unido los problemas superados y los que nos quedan por superar, el tiempo que hemos pasado juntos, las preocupaciones por los niños, verlos crecer, las discusiones, los esfuerzos, las alegrías. Hace quince años que Shlomo y yo estamos juntos y nunca he dejado de sentir algo por él. Nunca he dejado de llevarlo conmigo, de tratar de descifrar esa alma suya, tan misteriosa y tan distinta a la mía. De intentar verme con sus ojos y ponerme en tela de juicio. He sufrido mucho con él, pero también me he convertido en mejor persona. Y, en estos momentos, lo echo muchísimo de menos. Me lo imagino en mitad de ese viaje agotador, él que detesta África y la falta de comodidades, pero sé que lo hará todo de la mejor forma posible, como cada vez que se ve obligado a hacer algo. Shlomo no vende humo, no promete, no tiene arranques, pero cuando es necesario hace lo que debe hacer sin lamentarse ni culpar a los demás.

En las últimas horas no he pensado en Luca. No he vuelto a decirle nada desde que he subido al taxi, delante de su casa.

Le escribo: «El padre de Shlomo se ha roto un brazo y una pierna, pero parece que no es nada grave. ¿Tú cómo estás?».

Responde enseguida: «Me he enamorado de ti».

Mientras hablo por teléfono con Piero empiezo a sudar. Noto los pantalones de seda que me se pegan a la silla y la camiseta empapada en las axilas y en la espalda. Lo escucho mientras me habla de Antonella, que le ha propuesto un viaje en Año Nuevo, pero él no quiere dejar sola a Teresa. Mientras él sigue hablando, me toco el pecho, muy caliente y sudado. Acabo de entrar en la menopausia.

Ya me habían avisado de que con la quimioterapia me iba a pasar y que era bueno, porque el tumor es reactivo a las hormonas, aunque no sé qué quiere decir eso. No me he informado, no he preguntado por ahí ni he leído nada en internet: quiero hacer solo lo que dicen mis médicos y si encuentro en el periódico algún artículo sobre el cáncer, paso rápidamente la página. Prefiero no saber: podría descubrir que en alguna parte hay algo que se puede hacer y que yo no he hecho.

Este es el primer mes que no tengo la menstruación. Aunque lo sabía —es más, tendría que haberme sucedido después del primer ciclo de quimio—, no entendí al momento qué estaba ocurriendo, ni siquiera cuando me desperté dos noches seguidas a las cuatro de la madrugada y ya no conseguí volver a dormirme. Los sofocos, en cambio, son inequívocos, pero no tan molestos como pensaba. A mí me gusta el calor: tengo anemia desde que era niña y he pasado frío durante toda mi vida.

En los últimos meses, tenía la sensación de que mi ansia había disminuido, como si la enfermedad la hubiera neutralizado, pero desde hace unos días vuelvo a sentirme inquieta. Hoy también me he despertado con una especie de nudo en la boca del estómago y esa dificultad para concentrarme que suelo experimentar en los peores momentos, esos en los que no hay nada que me permita canalizar la ansiedad. Lo peor de cuando se vuelve a estar mal es tener la sensación de haber estado siempre así y de que así será para siempre.

Me digo que estoy nerviosa por Shlomo, que ya hace una semana que se fue, pero yo sé que hay otras cosas: las hormonas, la quimioterapia que estoy

a punto de acabar, la nueva terapia que voy a empezar, Luca...

Ya no tengo ganas de bromear con él, como si el beso hubiera roto un hechizo. Me da miedo que se haga ilusiones, no quiero hacer sufrir a un muchacho enfermo, no quiero hacer sufrir a nadie. No estoy segura de poder amarlo, pero solo lo comprendí cuando me escribió y me dijo que se había enamorado de mí: no sentí alegría, sino miedo.

Tengo ganas de que Shlomo vuelva a casa.

Regresa a Europa el viernes, con Ben, y lo acompaña a Berlín. Han decidido que Ben se quede a vivir con Sin una temporada. Ben no tiene casa, deja sus cosas en los garajes de sus amigos: en el nuestro guardamos decenas de cajas de diapositivas, de la época en que aún no existían las cámaras digitales.

Estos días debo de tener una expresión hosca, porque los chicos mantienen las distancias. Ya no le escribo a Luca todas las mañanas y todas las noches, me limito a responder a sus mensajes, cada vez menos alegres.

Es como si hubiera terminado una fase pero aún no hubiera empezado la siguiente: estoy atascada en mitad de la nada. Ya no estaba acostumbrada a sentir el peso insoportable de la ansiedad, la necesidad de huir, los pensamientos obsesivos sobre las cosas que no funcionan. No hago más que pensar en lo que no funciona: los problemas con Shlomo, las expectativas de Luca, el miedo a que la menopausia haga aflorar nuevas molestias físicas y psicológicas... Ya hace más de una semana que no consigo escribir, como si el flujo creativo se hubiese secado al mismo tiempo que mis venas trombosadas. Me digo que necesito vivir en el campo, ver el cielo, los pájaros y los atardeceres. Pierdo horas buscando en Airbnb casas de alquiler en Liguria para escapar de aquí.

El lunes tengo el último ciclo de quimioterapia. Le he escrito a Shlomo para preguntarle si podrá acompañarme. «Como siempre», se ha limitado a responder.

No soporto esta habitación del hospital de día. Tiene nombre de flor, Amapola. Justo enfrente de la cama hay una fotografía grande y feísima de amapolas anaranjadas que, supuestamente, deberían animar al paciente. A mí me provocan un efecto siniestro.

Desde que, en vista de los resultados, ya no me pongo el gorro helado para prevenir la caída de cabello, me dejan estar sola. El seguro de Shlomo reembolsa el tratamiento y, como paciente que paga, me corresponde esta triste soledad. El intercambio de correos con Azzurra me ha hecho sospechar que hoy no están muy seguros de hacerme la cuarta quimioterapia. Preferirían empezar de inmediato la terapia hormonal, porque están más seguros —o, como dicen ellos, tienen más «evidencias»— de que ayuda a contrarrestar las células tumorales que podrían estar circulando por mi organismo.

Me siento como si hubiera llegado al final del trayecto. Tengo el brazo izquierdo hinchado y dolorido. El otro, el del lado operado, no se puede usar para el tratamiento intravenoso. La vena yugular, donde me pincharon la otra vez, queda descartada. Mi cuerpo ya no quiere saber nada de agujas ni de venenos.

Tendría que estar contenta, he llegado al final. Por lo menos, al final de la quimioterapia. Pero me siento vacía y desanimada. Las otras veces me traía de casa una bolsa con los periódicos, un termo de té, calcetines de lana, una manta... Hoy me he guardado el teléfono en el bolsillo y nada más. Quiero pasar aquí el menor tiempo posible. Sé que hoy me van a hacer daño. Aunque decidan anular la quimioterapia, tienen que sacarme sangre, y encontrar una vena útil se ha convertido en el mayor problema.

Shlomo, tan eficiente como siempre, me ha acompañado. Ha encontrado aparcamiento y me ha guiado por los pasillos. Ha vuelto de África cansado y silencioso. No ha contado gran cosa, excepto a Marco. Parece absorto en sus pensamientos, de los que yo no formo parte.

Espero no volver a ver nunca la fotografía de esas amapolas, pero sé que no podré olvidarla jamás.

No me tiendo en la cama, me quedo en la silla. No me quito la chaqueta. Shlomo se queda de pie delante de la ventana que da a un patio y consulta el teléfono. Entra la enfermera y dice que no hemos hecho la admisión que sirve para poner en marcha el protocolo. Nos hemos olvidado de lo más importante.

—Voy ahora mismo —dice Shlomo, y sale de la habitación.

Un minuto más tarde, entra el doctor Tagliavini.

Han pasado cuatro meses desde la primera vez que lo vi, cuando me aterrorizó con el relato de los efectos secundarios de la quimioterapia. En realidad, lo peor ha sido lo imprevisible: la reacción anormal tras el primer ciclo, el insoportable dolor de muelas, la tromboflebitis y la caída del pelo pese al casco. La dificultad para encontrar las venas. Y lo peor aún está por llegar. Lo peor es hoy.

Como ya sospechaba, Tagliavini ha decidido no hacer la cuarta quimio. Dice que, según un estudio reciente, la diferencia entre tres y cuatro ciclos — en el caso de carcinomas como el mío— no es tan relevante como para afrontar los riesgos evidentes de nuevas tromboflebitis. Confío en él. Estoy cansada. No tengo ganas de hacerme la simpática ni la ingeniosa, no tengo fuerzas. Tagliavini me explica que la terapia hormonal podría provocarme fuertes dolores en las articulaciones, pero en este momento lo único que me importa es que dentro de poco tienen que sacarme sangre.

Vuelve Shlomo y Tagliavini le comunica también a él la decisión que ha tomado. Luego se va y entra el médico que tiene que encontrarme la vena. Los enfermeros buenos ya se han rendido y los enfermeros malos, los del día que me negué a que me pusieran el PICC, mantienen las distancias. El médico es amable, pero yo me siento demasiado vacía como para apreciarlo. En estos momentos, los modales bruscos serían más eficaces. Me estoy desmoronando. Me dice que va a intentar sacarme sangre de una arteria del brazo del lado operado, usando un poco de anestesia local, porque el izquierdo no se puede usar. Entra una enfermera con la goma y una jeringa muy grande. No miro. La anestesia escuece. La aguja de sacar sangre es larguísima, pues la arteria es profunda. Grito. Me dice que no ha conseguido sacar bastante sangre. Lo intenta de nuevo. Vuelvo a gritar y me echo a llorar. Estoy tendida en la cama, temblando.

—Lo siento —repito una y otra vez.

—¿El qué? Si tiene usted razón —responde él una y otra vez.

No es la técnica adecuada conmigo. La enfermera nos observa, preocupada. La sangre no es suficiente. Solo ha conseguido llenar media jeringa.

No puedo más. Sé que tengo que resistir, pero no puedo dejar de temblar.

—Está demasiado tensa —oigo que le dice el médico a la enfermera.

Lloro como cuando era pequeña y Gemma me gritaba, lloro sin contenerme y me tapo la cara con el brazo. Llega Azzurra.

—Dadle treinta gotas de Ansiolin. La dejamos descansar un rato y lo intentamos más tarde.

Los oigo salir a todos. Me levanto de la cama y me acurruco en la silla. Shlomo se arrodilla delante de mí y me abraza. Yo también lo abrazo, pero no puedo dejar de temblar ni de llorar.

—No puedo más, ya no lo soporto, no lo conseguiré —repito una y otra vez.

Sé que tengo un ataque de ansiedad, pero soy incapaz de controlarme. Shlomo se ha quedado mudo, parece petrificado. No sabe qué hacer, lo mismo que yo. Me duele el hueco del brazo derecho, donde me han clavado la aguja. Entra la enfermera con un vaso de plástico y se lo da a Shlomo. Es Ansiolin, aunque tiene un extraño color rojo.

—¿Lo quieres? —me pregunta.

Le digo que no con la cabeza. Necesito llorar un poco más. Lloro, sudo, tiemblo. Luego me calmo un poco.

Vuelve el médico que me ha agujereado la arteria, seguido de otro que empuja un ecógrafo.

—¡Le he traído un regalo! —dice—. La máquina no se equivoca. Ahora probaremos con la arteria femoral. Le pondré un poco más de anestesia.

Pienso rápidamente si tengo alguna posibilidad de huir. No la tengo. Esta vez tengo que superarlo. Le digo a Shlomo que me dé el Ansiolin, me lo bebo de un trago y voy a tenderme en la cama. Me bajo los pantalones y cierro los ojos. Intento respirar hondo. Intento verme a mí misma desde lo alto, como me enseñaron en el curso de parto. Me dicen que me aparte un poco las braguitas. Siento un pellizquito en la ingle. Es la anestesia. Luego un pinchazo profundo. Grito, pero sigo respirando.

—Decidme que la habéis encontrado.

—La hemos encontrado.

Respiro. Este instante no acaba nunca.

—¿Queda mucho? —pregunto.

—Un tubo más —dice la enfermera—, también tenemos que hacer el análisis hormonal.

Respiro. Me duele por dentro.

—Decidme que ya está.

—Ya está —dice el médico, un instante después.

Me ponen un esparadrapo. Me subo los pantalones y bajo despacio de la cama. Ya está.

«Te he perdido».

El mensaje lo ha enviado Luca hace una hora.

«*Ti ho perso ieri ed oggi ti ritrovo già*^[5]».

Es un fragmento de otra canción de Battisti, *La compagnia*, pero él es demasiado joven para conocerla. Y yo, a estas alturas, me he alejado lo bastante de él como para que ya no me importe si capta o no las bromas.

Pero responde enseguida:

«*Tristezza va*^[6]».

La conoce. Y añade: «Sé que te has ido». Eso no es de Battisti.

Tengo que tomar una decisión.

Una enfermedad grave obliga a intentar resolver los problemas de forma más urgente, sin concesiones. Sea porque el tiempo que queda podría ser menos del previsto, o porque la persona que eras antes ha sido terreno abonado para esa enfermedad y te engañas pensando que cambiar de terreno tal vez mantenga a raya las recaídas.

Durante estos días, me he preguntado muchas veces cómo me habría ido con Luca si Ben no hubiese tenido el accidente y Shlomo no hubiese llamado. Y la respuesta es que Luca solo es una vía de escape, de esas que no conducen a ninguna parte. Si fuera un amor verdadero, estaría con él. En cambio, no hago más que pensar en Shlomo.

Le escribo a Luca: «Cuando vengas a verme, hablamos».

Responde: «Hoy tengo el día libre, ¿quedamos para comer?».

«Sí».

«Cojo el tren y voy».

No nos vemos desde la noche en que salí a toda prisa de su casa, hace ya tres semanas.

Hoy en Milán luce un sol espléndido. Es un noviembre precioso y lo estoy disfrutando poco. He quedado con Luca en un restaurante del Naviglio Grande y decido salir antes de casa para ir andando: lo único que me ha recomendado el doctor Tagliavini es que camine mucho. Me pongo unos

zapatos cómodos con cordones, de hombre, y pantalones largos. La última vez que me arreglé para ver a Luca, cuando fui a Turín, no pensé en la comodidad. Uso un poco de corrector de ojeras y luego me observo la cara con el espejo de aumento. Hace cuatro meses que no me depilo, pero tampoco es que me haya hecho falta. La quimioterapia, además de matar células y dejar la piel suave y resplandeciente, no solo hace que se caiga el pelo de la cabeza, sino también el vello. Las cejas y las pestañas se me habían enrarecido, pero parece que se están empezando a fortalecer otra vez. Satisfecha, me arranco con las pinzas algún que otro pelillo suelto.

Me dijeron que el pelo empezaba a crecer de nuevo unas ocho semanas después de la última quimioterapia. Calculo que ya han pasado siete y me bajo los pantalones para observarme las piernas bajo la luz que entra por la ventana. Nunca había tenido la piel tan lisa, pero noto una pelusilla suave y finísima que hace unos días no estaba.

Mañana tengo la segunda visita para el mantenimiento de la peluca. Tengo que ir una vez al mes para que me la quiten, la laven por dentro y por fuera, me limpien bien el cuero cabelludo y me la vuelvan a fijar. La última vez pedí que taparan los espejos, como si fuera una diva del cine mudo, porque durante la anterior sesión la imagen de mi cráneo blanco e implume me resultó una experiencia más traumática de lo que había imaginado. La operación duró varias horas en total; después de darme muchas explicaciones técnicas, me raparon completamente, me tomaron infinidad de medidas, me marcaron puntos en el cráneo con un rotulador y luego, con tijeras y un bisturí, recortaron el casquete de silicona de una peluca de pelo natural, largo y de un rojo apenas un poco más oscuro que el mío. Luego me la colocaron como si fuera un gorro de piscina, desenrollándola centímetro a centímetro y fijándola al cráneo con una cola médica. Por último, la peluquera y yo decidimos el corte y el peinado, que yo quería lo más natural posible.

Al terminar, me sentía agotada como después de una operación con anestesia local, pero me consoló y conmovió la inesperada turbación que intuí en Shlomo cuando me vio otra vez con pelo. Efectivamente, el resultado de aquellas extensiones era increíble. En apenas cuatro horas, me había transformado de paciente en tratamiento de quimioterapia a una versión más guapa y joven de mí misma. Nunca me había parado a pensar en lo mucho que la calidad del pelo refleja la edad, la salud y la belleza: ese conocimiento, que seguramente muchas mujeres poseen de un modo innato, para mí fue un inesperado descubrimiento. Ni siquiera el escenario me había ayudado a comprender a fondo la importancia de la ropa, el maquillaje y el peinado, la

posibilidad de utilizarlos para transformarse o parecerse a la imagen de uno mismo que se quiere dar: me había hecho falta un cáncer para entenderlo.

El restaurante tiene una cristalera que da al canal navegable, suelo antiguo de baldosas de gravilla blanca y negra, una decoración años cincuenta y unas cuantas mesas de mantel blanco. La propietaria es una anciana que se tiñe los rizos de color rojo fuego, costumbre que me parecía extravagante antes de comprender que cuando el cuerpo envejece o nos traiciona, es normal querer seguir existiendo en la mirada de los demás.

Luca está sentado a la mesa que tiene un lado pegado a la pared. Lleva una gorra gris y un viejo jersey azul de cuello redondo. Tiene un hombro apoyado en la pared y mira fijamente la puerta. Cuando entro no se levanta ni sonrío: se limita a coger el móvil, que estaba sobre la mesa, lo apaga y se lo guarda en el bolsillo sin dejar de mirarme. Me quito la chaqueta, la cuelgo y me siento delante de él. Se le han caído las pestañas y las cejas más que a mí, y tiene la piel de un color entre amarillo y ceniciento, pero sigue siendo el chico más guapo al que yo haya besado jamás. Ha pedido agua con gas.

—¿Cómo estamos? —pregunto.

—Tú bien, parece. Yo hecho una mierda.

—¿Por qué?

—¿Hace falta que te lo diga?

—¿Amor, trabajo o salud? —trato de bromear.

—Todo un asco, gracias.

Cruza los brazos y aparta la silla de la mesa. Tiene una expresión agresiva que nunca le había visto. Parece más viejo y cansado.

—¿Cuándo tienes la próxima? —le pregunto.

—No sé si la haré —responde.

—¿Y eso?

—Estoy hasta los cojones.

Casi nunca hemos hablado de nuestra enfermedad. Era algo de fondo, como si compartiéramos un plan de estudios en la universidad. Hemos puesto verdes a médicos y enfermeras, pero nunca hemos hablado de nuestros tratamientos ni de nuestros miedos. A alguien que está en la misma situación que tú no puedes contarle rollos como a los demás, no puedes minimizar, no puedes hacer trampas. El riesgo de verse reflejado en un espejo es tan grande que es mejor evitar la conversación. Además, sabemos muy bien qué se siente, sabemos cuáles son las dudas y las tentaciones.

Pero la actitud de Luca tiene un aire infantil y chantajista que no me gusta. Tiene treinta y dos años, no catorce, y es perfectamente consciente de cómo

se está, cuando se hace este viaje, como para cargarme más mochilas a mí.

—Pero todavía te quedan dos, ¿no?

—Tú también tenías que hacer otro ciclo y no lo has hecho.

—A mí me lo propuso mi oncólogo, no fue una decisión mía.

—No me vengas con sermones, hago lo que me da la gana.

—¿Lo ves? Ya me tratas como si fuera tu madre. ¿Qué te dije? Que solo era cuestión de tiempo.

Me estoy poniendo nerviosa. Puede que me sienta culpable, pero... ¿de qué? Luca es tan adulto como yo.

Llega una camarera visiblemente embarazada y nos pregunta si ya sabemos qué vamos a pedir. Yo elijo sopa de habas con achicoria y Luca chuleta a la milanesa. Mientras va bajando la mano por el menú, me fijo en que en el anular luce un gran anillo de plata que nunca le había visto antes.

—¿Con cuál de las dos te has vuelto a prometer? —bromeo, señalando el anillo.

—Con Rebecca, la noche en que saliste huyendo —responde. Él no bromea.

Me quedo sorprendida. No me molesta que haya vuelto con su novia, pero el tono caprichoso me irrita. Revela un lado superficial y me siento tonta por no haberlo visto antes.

—¿Rebecca es la buena o la mala? —pregunto, al tiempo que sonrío con los labios apretados.

Su manera de comportarse me molesta, pero facilita las cosas.

—La mala, pero no tanto como tú.

—¿Te estás haciendo el seducido y abandonado?

—¿Y por qué no? Es lo que soy.

Luca contempla su plato mientras gira el anillo en torno al dedo. Nuestra complicidad ha desaparecido, junto a la frivolidad, y tengo que darle la razón. Es cierto que aquella noche yo interrumpí la comunicación sin decírselo siquiera: él lo supo en el momento exacto en que sucedía y decidió defenderse. ¿Qué esperaba yo que hiciera? Quizá algo más correcto en lo que a Rebecca se refiere. Se me ocurre en ese momento que Shlomo jamás utilizaría así a una mujer. Yo, en cambio, puede que utilizara a Luca, aunque no creyera estar haciéndolo. Se nos da muy bien buscar excusas para hacer lo que nos apetece hacer.

—Así aprendes a no tontear con mujeres casadas —le digo.

No quiero hablar de amor. Sería cruel y no quiero oírme decir frases banales. Que era un juego, que estaba confusa, que los amores fáciles no

existen. Y, sobre todo, que estoy enamorada de Shlomo y que lo he comprendido definitivamente gracias a Luca. No es algo agradable de decir, ni de escuchar. Pero aunque no lo diga, es una verdad que flota a nuestro alrededor, entre nosotros, pesada como la chuleta que Luca no se está comiendo. A mí nada me hace perder el apetito y ya he terminado la sopa de habas y achicoria, aunque estaba hirviendo. Empiezo a sudar, no sé si por el guiso o por la menopausia.

Me entran ganas de decírselo, para parecer ridícula o para que me consuele.

—Te has enamorado de una mujer menopáusica.

—Al menos no corría el riesgo de dejarla embarazada —responde.

Qué infantil me parece ahora.

—Tengo que volver a casa —digo.

Él no dice «¿Ya?» ni me pregunta por qué, se queda en silencio observándome. Tiene la mirada irritada pero también triunfal de quien confirma sus sospechas. Me fijo en que tiene el orificio nasal derecho más dilatado que el izquierdo y el borde de la camiseta blanca, que asoma bajo el jersey, manchado de gris. En la muñeca ha aparecido una pulsera que hasta ahora no le había visto. Nunca me han gustado los hombres con pulseras.

Me pongo en pie y vacilo, mientras me pregunto si debo pagar la cuenta. La otra vez que comimos juntos lo hice con naturalidad y nos reímos los dos, pero hoy parecería fuera de lugar.

—Invita el pobre desgraciado, no te preocupes.

Luca me saluda con un gesto de la mano y saca el teléfono del bolsillo. No hemos perdido del todo la capacidad de bromear. Puede que, dentro de algún tiempo, podamos ser amigos.

Me guiña el ojo y con la mano me indica que me largue. Y es justo ahora cuando me gustaría quedarme, ahora que veo de nuevo al Luca ingenioso y seguro de sí mismo. Pero lo quiero lo bastante como para dejarlo marchar.

Salgo por la puerta sin volverme. La orilla soleada del canal es la de enfrente: subo el puente para atravesarlo y caminar por el otro lado de la calle, al sol.

—Somos pobres almas en busca de nuestro camino —concluye Teresa.

Hoy he salido pronto y la he llamado a ella, la única persona a la que sé que puedo encontrar despierta a las ocho de la mañana de un domingo.

Incluso cuando Piero está en casa, ella se levanta a las siete, baja a la cocina a desayunar y luego se va a trabajar al invernadero hasta mediodía. Cuando está sola, que es casi siempre, sale a dar un paseo después de comer. Dice que las rosas la tranquilizan y que caminar le sirve de inspiración.

La vida de Teresa es solitaria, ordenada y rutinaria. Su única trasgresión es consultar el horóscopo todas las mañanas, comparando la información de varias páginas, mientras espera que suba el café. Cuando llega Piero, el sábado, le prepara una tarta de nueces, pero no renuncia al paseo ni al trabajo en el invernadero. El domingo comen juntos en el restaurante pero Piero regresa a Milán por la tarde para poder cenar con Antonella. Dice que se va pronto «para no conducir con niebla». Y lo dice incluso en verano, cuando no hay niebla.

—¿Y tú cómo estás? —la acoso—. ¿Qué tal con Piero?

—Ya sabes cómo es tu hermano, no va a cambiar a estas alturas —se limita a decir—. Yo estoy como siempre, cuido las rosas.

Teresa no lucha, acepta estar con un hombre que quiere a otra. Piero también quiere a Teresa, aunque de una forma distinta. Y a ella le basta con ese modo distinto de quererla.

¿Seré alguna vez como Teresa? ¿Puedo volverme como ella? No me creo capaz. Ni sé si quiero ser así. No estoy preparada para dejar a Shlomo ni para aceptarlo como es. «No hay que tomar decisiones en tiempos de guerra».

Es casi Navidad y aún no ha nevado. Hemos venido a la montaña a pasar el fin de semana, pero si no hay nieve, en invierno la montaña es triste. Los prados y los huertos desnudos parecen quemados; los árboles, aparte de pinos y abetos, se vuelven grises y esqueléticos. El pueblo es una aldea fantasma y los habitantes, afligidos, solo hablan de la nieve que no llega. Todos los años es lo mismo: solo cuando nieva desaparece esta lúgubre tensión.

Cuando abro la casa y percibo de nuevo su olor, noto en la garganta el sabor del pasado verano. Me gusta esta casita blanca, pero no sé si conseguiré olvidar lo que aquí he vivido: los efectos de dos ciclos de quimioterapia, el pelo que se me caía a puñados, la discusión con Shlomo en agosto...

Las cosas con él empezaron a ir mejor cuando dejé de ver a Luca. Me sentía como si lo hubiera vuelto a elegir a él, pero ahora estamos en el mismo sitio de antes, o peor, porque las recidivas acaban con la esperanza.

Creo que a Shlomo le molesta todo de mí: mi carácter y mis gustos. Sobre todo, le molesta mi ansiedad, mi inquietud, mis cambios de humor. Me soporta como si yo fuera un destino que le resulta difícil cambiar porque está demasiado distraído o desilusionado, pero si hago algo que lo irrita, entonces su rencor se manifiesta de repente, con violencia.

¿Sigo en guerra? ¿Durante cuánto tiempo más?

La doctora Parenti me dijo que hacen falta tres años para superar la experiencia de un tumor. Tagliavini, en cambio, dijo: «La mutilación, el trauma, la quimioterapia... Hace falta por lo menos un año para dejar todo eso atrás». Si fueran dos años, la media entre las dos previsiones, ni siquiera habría recorrido aún una cuarta parte del camino.

Hace unas cuantas noches, en la cama, se lo dije a Shlomo antes de dormirme:

—Según Tagliavini, hace falta por lo menos un año para superarlo. Según Parenti, tres.

—¿Superar el qué? —respondió, somnoliento. Y enseguida se quedó dormido.

Son las diez de la mañana. En casa están todos durmiendo y hace demasiado frío para salir. Me tumbo en el sofá del salón —echo de menos el balancín que no se balancea— y retomo el libro de Svetlana Alexiévich sobre las mujeres que combatieron en la guerra.

Es un libro precioso de entrevistas a las mujeres soviéticas que en 1941, siendo jovencísimas, corrieron al frente para luchar contra los nazis. Una de ellas, excomandante de un pelotón de ametralladoras, le contó a la autora: «Si eres demasiado humano, no te salvas. ¡Enseguida bajas la cabeza! En la guerra, tienes que recuperar algo que llevas dentro, muy escondido, de cuando los humanos aún no eran del todo humanos...». Yo también tendría que volverme más dura, o más cruel.

Estos dos últimos meses han sido más difíciles que los de la operación y la quimioterapia. Entonces tuve que soportar el dolor de la intervención, luego las náuseas y el cansancio, y la tortura de las analíticas... Ahora, en cambio, solo tengo que volver a ponerme en pie y no sé muy bien cómo hacerlo. Sé que tendría que reorganizar mi vida de manera que resulte menos estresante, pero no sé por dónde empezar. No me siento confusa como las primeras semanas después del último tratamiento, pero tampoco del todo lúcida. Por la mañana me siento fuerte, física y mentalmente, pero por la tarde me paso horas en el sofá. Me siento como si estuviera en suspenso. He cancelado la gira de teatro y le he pedido a mi agente que me diera tiempo. Hace semanas que no da señales de vida, supongo que por discreción. Nuestro mundillo es así: cuando trabajamos en un proyecto, somos una familia y estamos en contacto permanente; pero cuando se sale de esa burbuja, nos perdemos de vista en un santiamén.

¿Cómo saber cuándo ha terminado la guerra?

Cuando intenté explicarle a Shlomo cómo me sentía, me respondió que me habría sentido menos sola si no me hubiera dedicado a torturarlos, a él y a los chicos, con un montón de normas absurdas. No soporta que le diga a Marco que no pase tanto tiempo con el teléfono, que estudie, que se duche..., las mismas cosas que repiten todas las madres. Las discusiones familiares más normales lo sacan de quicio. Me resultó increíble que, mientras yo le confesaba lo triste y desorientada que me siento, él se dedicara a enumerar en tono agresivo las cosas que más detesta de mí. Me hizo tanto daño que me comporté como si no hubiera sucedido nada. A lo mejor las mujeres maltratadas por sus maridos también reaccionan así: fingen normalidad para apaciguarlos, por miedo a que les peguen otra vez.

Ayer hablé con Luca. Está terminando los ciclos de quimio y se ha ido a vivir con su novia, la mala «pero no tanto como yo». Vuelve a ser ingenioso y frívolo. ¿Tendría que haber dejado a Shlomo para estar con él? Si no lo hice cuando nos besamos, es que no debía hacerlo. No podría estar con un hombre que a la primera dificultad se consuela con otra, como hizo Luca la noche en que yo volví a Milán por lo del accidente de Ben. Una reacción de ese tipo es señal de una debilidad que yo no podría tolerar. Shlomo nunca haría algo así. Es un imbécil solo conmigo, con los demás se comporta bien. ¿Puedo soportar a un hombre agresivo pero no a uno débil? ¿Qué clase de mujer soy? Una pobre alma en busca de su camino, como dice Teresa.

Antes de ponerme enferma, me decía que mi inquietud era el motor de todo lo que construía. Pero ahora no sé si alguna vez volveré a tener fuerzas para escribir un libro, subir a un escenario, ni siquiera sé si alguien me pedirá que lo haga... ¿Quién soy, sin lo que hago?

Cuando me siento deprimida, hay algo que me consuela: la idea de que si muriese estaría mejor, dejaría de sufrir y de hacerme preguntas. Por tanto, no debo tener miedo de que se reproduzca el cáncer, porque, si se reprodujera, lo peor que podría pasarme sería morir, pero si muriese dejaría de atormentarme, por tanto el cáncer no debe asustarme. Mejor aún, es casi como un paracaídas, un seguro, aunque un seguro de muerte más que de vida.

Parece una idea retorcida, pero posee una lógica epicúrea y me ha ayudado en algunos momentos tristes.

—Ya verás, el año que está a punto de terminar será el año en que caes o te levantas —se despidió Teresa, refiriéndose a no sé qué conjunción astral de mi signo.

Es un día gélido, aquí arriba hace un frío cortante que me recuerda a Berlín, cuando llevábamos a Franz a casa después de las vacaciones de Navidad. Christine no estaba casi nunca y lo dejábamos con Sin, que lo llevaba al colegio hasta que la madre volvía de Tailandia.

Sin y Shlomo no son muy aficionados a los rituales, pero Franz y yo los obligábamos a llevar a cabo uno que servía para exorcizar el momento de la separación: no nos marchábamos sin antes haber ido los cuatro juntos a comer una chuleta en el Café Einstein.

Ahora Franz ya vuelve solo a Berlín y yo hace mucho que no voy. Es una ciudad que siempre me ha gustado y allí he hecho algunas presentaciones de las traducciones de mis libros al alemán. A los alemanes les gusta mi alma romántica, y a mí la suya. Me entran ganas de llamar a Franz para decirle que cuando vaya a ver a Ben —lo cual tengo pensado hacer antes de Navidad—, él y yo iremos al Einstein, como en los viejos tiempos, a comernos una buena *Schnitzel mit Bratkartoffeln*.

Responde enseguida, con voz aguda.

—*Hallo* Lea! Por fin tú. ¿Cómo estás?

—Muy bien —respondo para tranquilizarlo—. ¿Y tú?

—Yo también, me divierto con Ben.

—¿Lo ves mucho?

—Claro que lo veo, vive aquí —dice riendo.

¿Con Franz? ¿Cómo es eso?

—Pensaba que vivía con Sin —le digo, sorprendida.

—No, la tía vive ahora con Andrea, ¿no lo sabías? Ben está aquí, conmigo y con Christine. Lo cuidamos nosotros —explica en tono triunfal.

Shlomo no me lo ha dicho. No me ha contado casi nada del viaje a África para ir a buscar a Ben. Y menos aún de Berlín, donde se quedó tres días.

Esta noticia me inquieta, pero finjo que no pasa nada.

—¿Os apañáis bien? ¿Ben está en cama?

—El Páter nos ayudó a llevar el sillón a la cocina y lo pusimos junto a la ventana que da al sauce. Ben reina desde el sillón y nosotros somos sus súbditos. Yo le leo la prensa y le bajo películas. Y Christine prepara la cena. Increíble.

Franz se echa a reír, parece feliz. El abuelo al que no ve nunca vive en su casa y su madre cocina, todo a la vez.

Me despido de él diciéndole que salude a Ben y a Christine de mi parte. Noto una sensación de peligro en la boca del estómago. Subo a la habitación para ver a Shlomo y lo encuentro ya vestido, leyendo en el sillón. Sin molestarme en darle los buenos días, le hago una pregunta:

—¿Cómo es que no me has dicho que Ben está en casa de Christine?

—Andrea vive ahora en casa de Sin —responde, sin apartar la vista del libro.

—No, te pregunto que por qué no me lo has dicho.

—¿Era importante?

Por sus movimientos impacientes cuando cierra el libro, comprendo que no le apetece hablar conmigo. Darme cuenta de que soy un fastidio para él me resulta insoportable, me hace perder la cabeza.

—Pues claro que es importante, estuviste en su casa tres días, has dejado a tu padre con Franz y Christine en lugar de traerlo aquí o dejarlo con Sin, me parece raro que no me hayas dicho nada —estallo.

Yergue la espalda, me observa con una mirada furiosa y levanta la voz.

—¿Qué es lo que te parece raro? ¿Estás celosa de Christine? ¿Recuerdas que me dejó dos años antes de que tú y yo nos conociéramos?

—Sí, pero a ella la amabas —le respondo sin pensar, dejándome llevar por un impulso.

Me arrepiento al instante. Sé que he dicho algo peligroso, pero no podía imaginar hasta qué punto.

—Si hay algo que te agradezco es que nunca me hayas hecho perder la cabeza, como ella. Enamorarse te vuelve imbécil —dice fríamente, con voz más serena.

Ya está, lo ha dicho. El corazón me late deprisa. Finalmente, ha dicho la verdad.

No está enamorado de mí. Quién sabe si ha llegado a estarlo alguna vez.

Se me llenan los ojos de lágrimas y empiezo a llorar.

Shlomo aprieta los puños y ahora me mira como si me odiase.

—¡Estoy harto! Ya no soporto tener que medir siempre las palabras contigo. No soy tu madre, Lea. Cada cual debe cuidar de sí mismo. Cada cual es responsable de su dolor. ¿Quieres sufrir? Pues adelante. Sufre todo lo que quieras, pero tú sola.

Sale de la habitación. Lo oigo bajar la escalera y escucho sus pasos que llegan hasta la puerta de casa. Luego no siento nada más, excepto el pánico a perderlo.

Esta noche he dormido en el sofá, frente a la chimenea. He tenido que tomarme un Xanax para poder conciliar el sueño, pero ahora me siento mejor.

Mientras atizo el fuego veo a Shlomo bajar la escalera, en pijama. Ni me mira ni me saluda.

Ayer, después de lo que me gritó, salí al bosque a pasear. Por la noche había nevado y mis huellas fueron las primeras en dejar marca en el sendero. Solo vi el rastro de algún animal, puede que un corzo o un perro.

«Cada cual es responsable de su dolor», me había dicho Shlomo.

Tiene razón. Con su amor incondicional y autoagresivo, Gemma me indujo a creer que cuando alguien ama de verdad es capaz de todo, pero no es cierto. Le he exigido demasiado a Shlomo. Tendría que haberme contentado con lo que él me ofrecía, pero lo he estropeado todo al pedirle más.

Lo observo mientras coge la cafetera y la deja en su sitio. Luego abre la nevera y la vuelve a cerrar, como si no hubiera encontrado nada de su agrado. Normalmente, por la mañana voy a comprarle leche y bollos, pero hoy no lo he hecho.

Le propongo que volvamos a Milán después de comer.

—Como quieras —responde.

A los chicos les alegra volver a su wifi unas cuantas horas antes de lo previsto. Tras una comida a base de sobras, animada solo por la idea de nuestra marcha inminente, procedo a recoger la cocina y cerrar las contraventanas: es entonces cuando me invade una repentina euforia al pensar que si descontamos el matrimonio en crisis, la enfermedad y las pocas amistades que siempre he sacrificado por el trabajo, quedo yo y quedan nuestros hijos, que ahora mismo están preparando la maleta y deshaciendo sus camas sin dejar de resoplar. Quién sabe si también quedará Shlomo.

Y de pronto, mientras circulamos en caravana por la carretera, mientras una hilera de garcetas sobrevuelan las naves de las fábricas a ambos lados de la

calzada y a nuestra espalda el disco naranja del sol del atardecer perfora la niebla blanca, noto un escalofrío de entusiasmo y me siento como cuando era niña y no tenía nada, excepto toda la vida por delante.

Empezaré a trabajar otra vez y será mejor que antes, lo sé, porque ahora que he visto el otro lado tengo un motivo más para seguir adelante. Y, en primer lugar, trabajaré con Thai Sinopoli. ¿Por qué he de tenerle miedo? Me enfrentaré a él. Le diré lo que pienso. Y trazaré una línea.

Aprenderé a cuidarme, a anteponer mis deseos y no los de los demás. Total, hacer lo contrario tampoco funciona. ¿Cuándo lo he olvidado? De joven sabía que para que te amen primero tienes que amarte a ti misma. No dejaba de pensar en mi madre, ni en sus inútiles sacrificios, ni en su incómoda dependencia de mi padre, de mi hermano, de mí. Quería ser distinta: independiente, fuerte, feliz. Y sin embargo, ¿cuándo me he vuelto como ella? ¿Qué es lo que me ha fastidiado? ¿Cuánto tiempo llevo en guerra? ¿Treinta años? El cáncer no es la última batalla, ni tampoco ha sido la más difícil. La batalla más difícil y sangrienta es la que he luchado contra mí misma. Soy mi peor enemigo.

Y, de repente, soy la huérfana de la buhardilla, solo tengo una punta de lápiz y una vela y el hecho de no poseer nada me proporciona una sensación embriagadora de fuerza y libertad. El nuevo monólogo, el matrimonio, los hijos adolescentes, la enfermedad: nuevas batallas.

Ahora que me siento sola en el bosque, libre para volver a empezar, el futuro ha regresado.

Ahora que lo he perdido todo, la ilusión de ser inmortal, de ser joven, de ser amada, ahora que estoy sola y hambrienta y me siento valiente como un animal salvaje en la jungla, ahora sí que soy libre.

La niebla se vuelve más densa: ante nosotros, una larga caravana de vehículos oscuros con los faros antiniebla traseros encendidos; a mi lado, Shlomo silba; en los asientos posteriores, Marco y Giò están concentrados en sus respectivos teléfonos.

Gracias a su misterioso radar, Shlomo capta mi bienestar y, como siempre, se deja apaciguar: sin mirarme, me acaricia una rodilla con la mano derecha mientras con la izquierda sujeta el volante.

Por el espejo retrovisor veo a los chicos compartir los auriculares y escuchar algo juntos, al tiempo que sonrían con los ojos cerrados.

EPÍLOGO

La doctora Parenti tenía razón, hacen falta tres años para superarlo. La gira con Thai Sinopoli duró un año y fue todo un éxito, tan agotador como emocionante. No haré ninguna más.

He dejado los espectáculos, ahora solo escribo y de vez en cuando, sobre todo en el extranjero, me llevan a escena otros actores mejores que yo.

Trabajo menos y hago solo lo que me gusta. Cocino, si me apetece. Cuando Marco vuelve del colegio, comemos juntos: a veces se encierra en sus pensamientos y comemos en silencio, otras veces hablamos y reímos. Ha empezado otra vez a tocar la guitarra, que había abandonado: en aquel momento, ni siquiera me di cuenta.

Giovanni estudia en Bruselas, ha engordado, tiene amigos en toda Europa y vuelve a casa solo durante las vacaciones.

He perdonado a Shlomo por no haberme protegido de mí misma. Y me he perdonado también a mí.

Franz estudia fisioterapia, se ha prometido con una profesora danesa y dice que quieren tener un niño. Sin dejó a Andrea, no sabemos por qué. Se ha vuelto aún más solitaria y silenciosa.

Christine pasa buena parte del año en Tailandia: Franz y su novia fueron a visitarla a Ko Samui y nos mandaron una foto de los tres muy sonrientes en una playa, con una cerveza en la mano. Vito y Su, casualidades de la vida, también nos enviaron una foto de la misma playa.

Ben empezó a viajar de nuevo y no lo vemos nunca. Nos escribe larguísima correos en los que habla de lo hermosa y desastrosa que es África.

De vez en cuando voy a la montaña y paseo por el bosque. En junio y en septiembre, si puedo, voy a la playa. Me fui de viaje a Japón con Teresa, que hacía veinte años que no subía a un avión. Piero y Antonella ya no se ven.

Este verano llamé a Lissandra porque hacía un mes que Luca no respondía a mis mensajes. La pobre no sabía cómo decirme que había muerto el mismo día en que cumplía treinta y cinco años.

Los mejores días son los de invierno, cuando paso tardes enteras leyendo en casa, como cuando era pequeña.

Esas tardes, el tiempo se dilata y noto dentro algo que me calienta, pero es una lumbre, no una llama. Proyecta una luz preciosa.

AGRADECIMIENTOS

Esta vez, me dije, las gracias las daré en privado. Pero esta mañana, cuando falta apenas una hora para que me arranquen la novela de las manos y la envíen a la imprenta, me he despertado con un deseo muy fuerte de dar públicamente las gracias por lo menos a algunas de las personas que más cerca de mí han estado mientras escribía.

A su manera, Damien Rice ha estado muy cerca, porque durante el segundo borrador escuché de forma casi obsesiva una de sus canciones: *My Favourite Faded Fantasy*.

Pero el primer amigo «real» es Carlo Carabba y él sabe por qué. Luego está Linda Fava, a quien no se le escapa nada y me soporta incluso cuando me pongo insoportable. Y mis queridos Antonella Lattanzi, Stefano Sgambati, Dario Voltolini, Emanuela Portalupi y Manuelita Mazza. Mi hija Emilia leyó la primera versión y me hizo ver qué le faltaba. El abuelo Adriano me discutía las comas y Luca, que fue el último en leerlo, dijo que le había gustado todo menos Luca. «¿Qué le ve Lea a ese tío?», preguntó.

Quiero dar las gracias también a Antonio Franchini, que fue el primero en animarme; a Marco Missiroli, que llevaba tres años esperando; y al entrañable Severino Cesari, que en una tarde de dudas me escribió: «Será igual de extraordinario que el título, ya verás, estás tocando cuerdas decisivas».

Siempre he confiado en vosotros, incluso cuando parecía que no: gracias.



DARIA BIGNARDI, nació en Ferrara, el 14 de febrero de 1961. Es periodista, presentadora de televisión y escritora.

Periodista de negocios desde los años ochenta, debutó en 1991 en Rai con Gad Lerner en la transmisión de *Milán, Italia*. En 1995 se mudó a Mediaset convirtiéndose en directora de programas culturales y programas de entrevistas (*Modern Times* y *Big Brother*). Con La7 realizó *Las invasiones bárbaras*. Como periodista, ha colaborado con *Vanity Fair* y ha dirigido *Donna* y desde 2009 ha debutado como escritora (sus novelas son publicadas por Mondadori). Ha sido la directora de Rai 3 desde febrero de 2016 hasta julio de 2017.

Con medio millón de lectores en Italia, sus novelas, entre las que se encuentran *L'acustica perffeta*, *Un karma pesante*, *Non vi lascerò orfani* o *Santa degli impossibili*, han sido traducidas a varios idiomas y publicadas en más de diez países. Fruto de estas, la autora ha obtenido varios galardones, como el premio Rapallo, el premio Elsa Morante y el premio Città di Padova.

Actualmente reside en Milán.

Notas

[1] Plato típico de las montañas del norte de Italia, a base de polenta (harina de maíz) cocida con mantequilla y queso. (N. de la T.) <<

[2] «Y no y no, no es una cuestión de células, sino de la elección de cada cual, la mía es no vivir a medias». (N. de la T.) <<

[3] «No vivir a medias. Por donde vaya por donde vaya». (N. de la T.) <<

[4] Vino elaborado a partir de uvas pasificadas. (N. de la T.) <<

[5] «Ayer te perdí y hoy ya te he encontrado». (N. de la T.) <<

[6] «Tristeza vete». (N. de la T.) <<